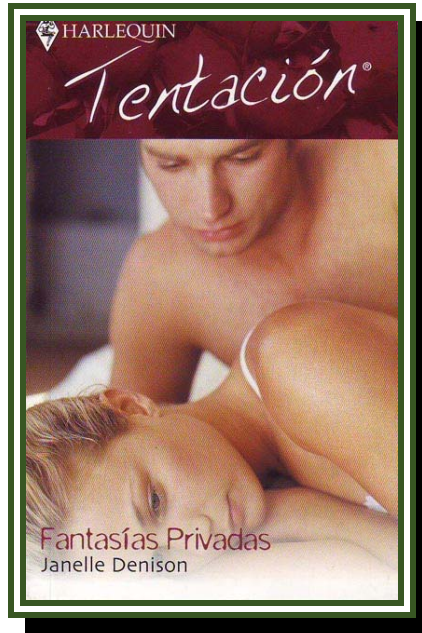


Fantasías Privadas

Janelle Denison

2º Stevens



Fantasías Privadas (2006)

Título Original: Private fantasies (1998)

Serie: 02 Stevens

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello/Colección: **Tentación 219**

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Kyle Stephens y Jade Stevens

Argumento:

Aquel hombre se adelantaba a todos sus deseos... a todas sus fantasías.

Kyle deseaba a Jade. Pero, aunque la atracción sexual que había entre ellos estaba a punto de descontrolarse, algo frenaba a Jade. Fue entonces cuando Kyle encontró por casualidad un diario en el que ella había detallado todas sus fantasías privadas... y decidió hacer realidad todas y cada una de ellas.

Jade no se fiaba de los hombres... de ninguno. Pero el guapísimo Kyle Stephens parecía empeñado en hacerla cambiar de opinión. Parecía el hombre perfecto... hasta que se dio cuenta de que había utilizado una información muy personal para seducirla...

Capítulo 1

Estaba leyendo su correspondencia otra vez.

Jade Stevens entró en el edificio de apartamentos y lo vio sentado en el sofá del portal, al lado de los buzones, hojeando su catálogo de Victoria's Secret. Kyle Stephens tenía demasiado descaro y demasiado encanto. Y además tenía demasiado interés en ella.

Cualquier otro se habría rendido hacía mucho tiempo, pero él no. Después de treinta y tres rechazos, todavía seguía intentándolo. Tenía la palabra «problema» escrita en aquel cuerpo magnífico, con su impúdica sonrisa y sus seductores ojos azules de niño. Su manera de abordarla habría debido irritarla, pero en lugar de ello, la estimulaba. Lo cual la obligaba a mantener constantemente una mínima distancia emocional. Y, hasta el momento lo había conseguido.

Durante los seis últimos meses, habían llegado a conocerse algo. Y no por voluntad suya, sino obligada por las circunstancias. Dado que ella se apellidaba Stevens y él Stephens, y sus direcciones eran respectivamente Camilla 321 y 312, el cartero se equivocaba continuamente con su correspondencia. Soltando un profundo suspiro, se preparó para un nuevo y problemático encuentro.

—Hola, Kyle.

—Mmmm —le devolvió el saludo, distraído.

Lo cual no era de sorprender, dada la atención que parecía estar prestando a aquel catálogo. Cuando volvió la página, soltó un suspiro de admiración. Más o menos del mismo tipo que le había soltado directamente a ella un par de veces.

Jade dejó su maletín en el suelo y buscó la llave del buzón en su bolso.

—Supongo que el nuevo cartero ha vuelto a equivocarse.

—Sí —respondió con su voz profunda, y bajó el catálogo apenas lo suficiente como para Jade pudiera ver el brillo malicioso de sus ojos. De pelo castaño y demasiado largo, cortado a la moda, llevaba lo que parecía ser su atuendo habitual: tejanos y camiseta negros con el logotipo de su bar estampado en su amplio pecho: La Oveja Negra. Y botas de piel, en aquel momento apoyadas con negligencia sobre la mesa baja.

—Desde luego, ha tenido el detalle de meterme esto en el buzón. Y yo que pensaba que eras una chica buena y modosita... ¿Sabes una cosa? Encuentro todo esto extremadamente excitante.

Estremeciéndose involuntariamente, Jade le dio la espalda para abrir su buzón.

—Ni en sueños, Kyle.

—No sería la primera vez que soñara contigo, corazón —rió entre dientes—. Pero estoy seguro de que la realidad será diez veces mejor que cualquier sueño.

La seguridad que aquel hombre tenía en sí mismo no dejaba de asombrarla.

—Te aconsejo que no pierdas el tiempo pensando en ello. Eso no va a suceder.

—Oh, no te creas. Uno de estos días acabarás mandando al diablo esa famosa

prudencia tuya y me pedirás que salga contigo. Y cuando finalmente cedas... lo que te extrañará será precisamente que hayas esperado durante tanto tiempo.

—¿Es que nunca aceptas un no por respuesta? —abrió el buzón y sacó su correspondencia.

—¿Es que nunca bajas la guardia lo suficiente como para dejar que se te acerque un hombre?

«Ya no», pensó Jade. Ignorando su mirada de desafío, volvió a concentrarse en el fajo de correspondencia que tenía entre manos, para seleccionar la que era suya y la que no. De todos los hombres que había conocido desde su ruptura con Adam tres años atrás, que habían sido muchos, y todos en el Roxy's, el local nocturno que solía frecuentar... Kyle era con diferencia el más directo y atrevido.

—Yo también tengo unas cuantas cosas tuyas en mi buzón —dijo para cambiar de tema.

Lo oyó levantarse del sofá para caminar hacia ella. Ignorando el acelerado latido de su corazón, en vano se esforzó por concentrarse en la correspondencia. Podía sentirlo a su lado. No la tocaba, pero tampoco tenía ninguna necesidad de hacerlo. A pesar de toda su resolución, se sentía atraída por Kyle Stephens. Tentada.

Contuvo el aliento, agarró el fajo de cartas y esperó, preguntándose por lo que haría a continuación. De pronto Kyle bajó la cabeza y le puso delante de los ojos el catálogo de Victoria's Secret, abierto por una página en la que se anunciaban cremas caras, jabones de olor y selectos perfumes. Jade reconoció su perfume favorito, jacinto de melocotón.

—Ahora ya sé por qué siempre hueles a melocotón —murmuró, acariciándole la oreja con su aliento. Inclinandose aún más, le rozó ligeramente el cuello con la barbilla—. A melocotones maduros y jugosos. Por eso no puedo evitar preguntarme si tú sabes igual de dulce...

Soltó de golpe el poco aliento que le quedaba. Tras arrancarle aquella acusadora prueba de la mano, se volvió para entregarle bruscamente su correspondencia.

—Ahí tienes —se la lanzó al pecho. ¿Cómo podía tener ese aspecto tan tranquilo y sereno, divertido incluso, cuando ella estaba hirviendo por dentro? —. El lunes por la mañana me aseguraré de llamar a correos para que informen al nuevo cartero de este problema.

—A mí no me importa que se confunda — repuso él mientras se guardaba las cartas en un bolsillo.

Desde luego que no, pero a ella sí. Sobre todo teniendo en cuenta que cada vez le resultaba más difícil combatir la atracción que sentía por él. Dándole nuevamente la espalda, cerró el buzón y sacó la llave. Pero antes de que pudiera alejarse, dos grandes y fuertes manos se cerraron sobre sus hombros y empezaron un lento, sensual masaje. Jade se tensó inmediatamente, sorprendida por tan íntimo contacto.

—Estás muy tensa —observó, burlón—. ¿Mucho trabajo en la oficina?

Aquellas manos estaban obrando verdadera magia sobre su piel. Mordiéndose el

labio, contuvo el impulso de ladear la cabeza para facilitarle acceso a su nuca...

—Er... Yo... sí —murmuró a su pesar, con una especie de ronroneo que le subía por la garganta—. Ha sido una semana muy larga...

Kyle continuó con aquel maravilloso masaje.

—¿Por qué no te pasas esta noche por La Oveja Negra, te tomas una copa y te relajás un poco? Le diré a Bruce que cierre antes y así podremos dar un paseo por la playa y charlar...

Jade sabía que harían mucho más que charlar, inevitablemente. Se lo estaban diciendo aquellas manos. De repente se apartó, antes que pudiera terminar haciendo algo increíblemente estúpido.

—Tengo otros planes —replicó, utilizando aquel tono frío y distante que reservaba a los clientes que se ponían demasiado insistentes en el negocio del que era copropietaria con su hermana, Casual Elegance.

—¿Piensas ir a Roxy's? —adivinó. Más de un viernes por la noche, la había sorprendido saliendo de aquel local.

—Tengo trabajo que hacer, y además no es asunto tuyo.

Necesitaba tomar un largo baño caliente. Estaba tensa, pero no por la semana de trabajo que había tenido. Recogió su maletín y atravesó el portal... Kyle la siguió.

—¿Es que no sabes que tanto trabajo es malo? Terminarás apagándote.

—Tú ya aportas demasiada excitación a mi «apagada» existencia, gracias.

La tomó suavemente de un codo, de modo que no tuvo más opción que detenerse. Mientras le acariciaba con el pulgar la cara interior del brazo, le preguntó:

—¿De veras?

Jade se olvidó entonces de lo que estaban hablando, hipnotizada por el oscuro brillo de sus ojos azules.

—¿De veras qué?

—Que si de veras yo apporto excitación a tu existencia.

Más de la que imaginaba. Y más de la que ella estaba dispuesta a admitir. Suspirando, liberó su brazo.

—Lo que quería decir es que... que nunca sé qué esperar de ti.

—Si salieras conmigo, lo sabrías exactamente —sonrió—: una estupenda diversión.

—Eres muy insistente. Demasiado.

—Sólo cuando veo algo que me gusta.

—¿Y si te dijera que no estoy interesada, ni esta noche ni nunca?

Kyle pareció reflexionar sobre su pregunta:

—Entonces yo te respondería que esa boca tuya tan bonita está mintiendo.

Involuntariamente, sin darse cuenta, Jade se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua.

—¿Sabías que tienes un ego gigantesco?

—Tienes toda la razón —se acercó aún más—. Pero... ¿por qué debería rendirme

cuando estoy tan cerca de vencer tu resistencia?

—La respuesta sigue siendo no. Que pases una buena noche, Kyle —se alejó sin mirar atrás.

—Cariño... —se llevó una mano al pecho con gesto apenado— Me estás rompiendo el corazón.

—No creo que sea la primera. Ni la última.

Kyle se sonrió mientras la veía alejarse por el pasillo. Con la cabeza ladeada, no dejó de admirar el lento y sensual contoneo de sus caderas, con aquellas piernas increíblemente largas, resaltarlas por la falda de seda escarlata y rematadas por sus zapatos de tacón de aguja. Se le encogió el estómago mientras un centenar de fantasías desfilaba por su mente, una muy en particular: Jade luciendo uno de aquellos conjuntos de lencería que había visto en el catálogo, mientras se dejaba desnudar lentamente....

«Ni en sueños, Kyle», recordó de repente sus palabras, y volvió a sonreírse. Era la mujer más excitante y enigmática que había conocido, llena de un fuego y de una frescura que no dejaban de sorprenderlo. Por desgracia, estaba aquella maldita barrera emocional de la que se rodeaba y que no conseguía derribar. Llevaba medio año intentándolo.

Vio que doblaba la esquina hasta desaparecer de su vista. Pero seguía presente en el pensamiento de Kyle. Como de costumbre.

—Uno de estos días, Jade, descubriré tu secreto —murmuró en el portal desierto—. Y cuando lo haga, serás toda mía.

Kyle contemplaba incrédulo el diario de tapas color rojo burdeos, lleno de toda clase de fantasías íntimas, sorprendido de que algo tan personal y revelador hubiera llegado a parar a sus manos... en el mercadillo que solían organizar los vecinos del complejo de apartamentos en el jardín central.

En cuclillas delante de una caja llena de libros de cocina y novelas de amor, de espaldas a los demás residentes que curioseaban el resto de los objetos puestos en venta, abrió el diario. El nombre de Jade Stevens estaba escrito en la portada, junto con una fecha de sólo tres años de antigüedad. Aspiró profundamente y, cediendo a la curiosidad, empezó a leerlo. La primera entrada decía así:

La espera había terminado.

Salió de las sombras para acercarse a la orilla del estanque donde ella estaba nadando, con la luz de la luna recortando su silueta alta y esbelta. Era todo lo que había soñado en un hombre. Una mezcla de malicia y sensualidad que quitaba el aliento.

Gloriosamente desnudo, se metió en el agua fresca y empezó a bucear. El corazón se le aceleró mientras lo esperaba. Emergió muy cerca de ella. Su oscuro magnetismo la cautivaba y fascinaba, sin inspirarle temor alguno.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurró.

—Me has invitado, ¿recuerdas?

Sí, ella lo había invitado. Muchas veces. Sólo que nunca había esperado que fuera.

—Eres una fantasía. Nada más.

—Tú me creaste, Jade —le tendió la mano—. Nademos juntos.

Consciente de que conservaba el completo control sobre aquella fantasía suya, aceptó su mano. El contacto de su piel desnuda resultaba maravillosamente excitante. Sintió un delicioso cosquilleo en los senos en el instante en que rozaron su duro pecho. Un fuego líquido comenzaba a acumularse en su bajo vientre.

—Ahora cierra los ojos... Y siente —le dijo él al oído.

Ahogando un gemido de placer, sucumbió a la caricia de sus manos, a la sensación de sus labios en su cuello, descendiendo cada vez más. Anhelaba liberarse de sus inhibiciones. De sus reservas. Y con él sabía que no las habría...

Atravesado por una punzada de deseo, Kyle cerró el libro. Una sonrisa asomó lentamente a sus labios. La presencia de un diario cargado de fantasías íntimas en un mercadillo de objetos usados sólo podía explicarse por un descuido de Jade. Un descuido del que estaba decidido a aprovecharse. Lo que en aquel momento tenía en sus manos era una verdadera ventana abierta al interior de Jade Stevens, la mujer que tanto se esforzaba por ocultar el fuego y pasión que, con toda seguridad, latía bajo aquella apariencia. No, Jade no había conseguido engañarlo, y ahora tenía la prueba de ello. Por fin, conocía su secreto.

Volvió a guardar el libro en la caja, puso unos cuantos encima y miró de reojo a Jade. Su relación había comenzado como un simple flirteo debido a un equívoco del cartero, para convertirse en una recíproca atracción que ella se empeñaba en seguir negando. Para Kyle, en cambio había derivado en una verdadera obsesión. Ahora, sin embargo, empezaba a tener esperanzas.

Tras atender a una de las vecinas, Jade se puso a charlar con una joven madre, rubia, que llevaba un bebé en brazos. Los rayos de sol que penetraban a través de los árboles dibujaban un halo dorado en torno a su corta melena. Llevaba una camiseta fucsia que le dejaba el ombligo al descubierto y unos pantalones cortos azul turquesa que enfatizaban sus largas y bronceadas piernas.

Justo en aquel instante la madre señaló a Kyle con el dedo y Jade se volvió para mirarlo. Un brillo de sorpresa asomó inmediatamente a sus ojos verdes. Le dijo algo a la otra mujer y arqueó una ceja, como preguntándose qué diablos andaba haciendo allí.

Nada más entrar en el mercadillo, su primera intención había sido entregarle otra de las cartas que el cartero había dejado por error en su buzón. Pero en aquel momento había estado demasiado ocupada negociando con un vecino el precio de una estantería, de modo que tuvo que esperar turno. Para distraerse, se puso a curiosear en una caja de libros... donde realizó su gran descubrimiento.

Cargando con la caja bajo el brazo, se acercó hacia ellas.

—Dime que no piensas mudarte de casa... —fue lo primero que le dijo, señalando todos los muebles que había puesto en venta—... o me romperás el corazón.

—No. Me quedo con todas las cosas nuevas y me deshago de las viejas —explicó, bajando la mirada a la caja llena de libros—. Estoy redecorando mi casa.

—Me alegro. ¿Cuánto quieres por estos libros?

Jade miró la caja, con las novelas de amor y textos de cocina asomando por entre las solapas, y frunció el ceño. Obviamente le sorprendía su selección de lecturas.

—¿Quieres llevarte la caja entera?

Kyle era consciente de que no podía sacar el diario delante de ella y esperar que se lo vendiera.

—Bueno, a mi tía le gustan las novelas de amor y a mí me encanta cocinar —le explicó, escamoteándole el pequeño detalle de que su tía abuela vivía en Detroit, bastante lejos de California, y que veía menos que un murciélago.

Jade se puso a rebuscar en los libros. Kyle resistió el impulso de apartarse, esperando que el diario rojo burdeos consiguiera pasar desapercibido.

—¿No son tuyos algunos de estos títulos, Mariah?

—Casi todos son los que me dijiste que sacara de la estantería que acabas de vender. Pero yo también aproveché para deshacerme de algunos viejos libros de cocina. De esos que no he vuelto a utilizar después de casarme con Grey.

Jade simuló un exagerado estremecimiento:

—Casi estoy dispuesta a pagar por librarme de ellos. Odio ese tipo de libros.

Kyle se echó a reír, mirando a Mariah.

—No es muy buena cocinera, ¿eh?

—No a no ser que te guste indigestarte con los postres —explicó la rubia, arrugando la nariz. Acababa de extender una manta en el suelo para sentar allí a la niña.

Jade la fulminó con la mirada, pero se notaba que se llevaban bien. De hecho, parecían grandes amigas.

—Deduzco que has tenido una experiencia de primera mano con la cocina de Jade —comentó Kyle, cambiándose la caja de brazo.

—Oh, desde luego. Te lo aseguro: no merece la pena arriesgar la vida de esa manera —le tendió la mano, sonriente, y procedió a presentarse—. Soy Mariah, la hermana de Jade.

Kyle dejó la caja a un lado y le estrechó la mano.

—Y yo Kyle Stephens, con «ph» —precisó con una sonrisa—. Soy vecino de Jade. Es un placer conocerte —bajó la mirada al bebé, que desde la manta lo estaba mirando con los mismos ojos azules que su madre—. Supongo que esta princesa debe de ser tuya...

—Sí, es mi hija, Kayla.

Poniéndose en cuclillas para estar a su nivel, Kyle cedió el impulso de acariciar los rizos dorados que enmarcaban su rostro angelical. Con un rizo entre los dedos, aspiró

el aroma a talco de bebé. Se había olvidado del dulce olor de los bebés y del enternecedor efecto de sus sonrisas. Habían transcurrido bastantes años... diecisiete para ser exactos.

El sutil anhelo que lo asaltó no pudo menos que sorprenderlo. Y le hizo arrepentirse, por un fugaz instante, de las elecciones que había hecho en el pasado.

—Hola, preciosa —murmuró con ternura, procurando no asustarla.

Kayla soltó un gritito de deleite.

—Es tan guapa como su mamá.

—Vaya, gracias —repuso Mariah, ruborizada por aquel cumplido.

—Personalmente creo que ha salido a su tía —Jade se agachó para hacerle cosquillas—, ¿verdad, corazón?

Kayla se echó a reír, agarrando las pulseras de colores que veía brillar en la muñeca de su tía.

—¡Sí, sí...! —sonrió de oreja a oreja.

—¿Lo ves? ¡Ya te lo había dicho yo! —le dijo Jade a su hermana.

—Lo único que ha heredado de su tía es su mal genio —replicó Mariah.

Kyle sonrió al pensar que aquellas dos hermanas parecían compartir una maravillosa complicidad. Una complicidad que él jamás había tenido con su hermano y su hermanastra. Irguiéndose, dejó resbalar la mirada por las bien torneadas piernas de Jade, la curva de sus caderas, la redondez de sus senos... hasta que la miró a los ojos.

—Me cuesta imaginarte enfadada y de mal genio.

Jade se ruborizó. Antes de que pudiera decir algo, su hermana se le adelantó:

—Pues prueba a vivir con ella. Te lo aseguro: tiene un genio terrible.

Jade puso los ojos en blanco.

—¿Qué tal diez dólares por la caja de libros? —inquirió, cambiando de tema.

—Trato hecho —Kyle sacó su cartera de un bolsillo antes de que pudiera arrepentirse y le ofreció el dinero.

—Que disfrutes de los libros —le dijo Jade mientras lo aceptaba.

—Oh, pienso hacerlo —hasta de la última sensual fantasía», añadió para sus adentros—. Ah... se me olvidaba —sacó el sobre que llevaba en el otro bolsillo de los tejanos—. Parece que hoy he recibido por error tu factura de la luz.

—Ésa sí que podías habértela guardado.

Kyle hizo girar el sobre entre los dedos, como si todavía no quisiera entregárselo.

—¿Sabes una cosa? Creo que sólo hay una manera de solucionar permanentemente este problema nuestro que tenemos con el cartero.

Jade desvió la mirada hacia su hermana para ver si estaba o no pendiente de aquella conversación. Lo estaba. Luego miró a Kyle a los ojos: sabía que estaba a punto de flirtear. Una vez más.

—¿Cuál?

—Que ambos nos vayamos a vivir juntos — sonrió.

Jade frunció los labios para reprimir una sonrisa y extendió una mano.

—¿No te parece que sería una solución algo... extrema?

—Sí, pero muy conveniente —tamborileó con el canto del sobre en su palma antes de volverse sonriente hacia Mariah—. Para el cartero, claro está.

—Por supuesto —repuso Mariah con un brillo malicioso en los ojos.

Jade se aclaró la garganta, sin retirar la mano extendida.

—¿Vas a darme mi factura o no?

Kyle le puso el sobre en la mano, pero no llegó a soltarlo. La miró fijamente a los ojos. La fantasía que acababa de leer en su diario unos minutos atrás seguía fresca en su mente, animándolo a expresar su desafío.

—¿Qué te parece si quedamos esta noche para bañarnos en la piscina a la luz de la luna?

Una expresión sobresaltada se dibujó en sus rasgos, pero sólo duró un instante. En seguida recuperó la compostura.

—Creo que a ti te sentaría mejor una ducha fría.

—Eso no lo dudes ni por un momento, Jade —se echó a reír.

Aquella impúdica admisión la tomó desprevenida. Volvió a ruborizarse y, cuando esa vez tiró del sobre, Kyle lo soltó. Sacarle los colores era algo que no conseguía a menudo, y supuso que se debería a la presencia de su hermana. Decidió aprovecharse de aquella ventaja.

—¿Qué tal a medianoche?

—¿Qué tal nunca? —replicó.

Kyle bajó la mirada a su maravillosa boca, preguntándose, no por primera vez, a qué sabría.

—Bueno, por intentarlo que no quede —comentó con un ronco susurro—. Nunca sabes cuándo te van a responder que sí.

—¿Quizá en otra reencarnación?

—Bueno, si cambias de idea... —repuso mientras recogía la caja de libros—... avísame.

Capítulo 2

Mientras lo observaba alejarse, Jade intentaba ignorar la inquietante sensación que la agitaba por dentro. Ese día había visto algo diferente en aquellos ojos color azul oscuro. En la manera que había tenido de mirarla, había vislumbrado una extraña certidumbre, como si conociera sus más íntimas y secretas fantasías y quisiera al mismo tiempo hacerlas realidad. Incluida la de un baño a la luz de la luna.

Se estremeció, a pesar del calor del día. Aquel hombre derrochaba atractivo. Su camiseta blanca de algodón resaltaba la anchura de sus hombros, sus viejos vaqueros ceñían un trasero magnífico y unas piernas musculosas. En el instante en que se volvió para entrar en el complejo de apartamentos, Jade distinguió un tatuaje de los marines en su brazo izquierdo. Supuso que se trataría de un recuerdo de su paso por el servicio militar. Aquello excitó aún más su curiosidad, ya que no parecía un tipo dispuesto a aceptar reglas, aparte de las suyas propias.

Mariah lo señaló con la cabeza.

—Conque Kyle Stephens, ¿eh? —comentó, divertida—. ¿Se llama realmente así?

—Desde luego —respondió Jade, aparentando indiferencia.

—La verdad es que es difícil que un cuerpo así te pase desapercibido.

—Hey, tú también tienes un gran cuerpo en casa que admirar...

—¿Me lo dices para que te deje el tuyo en paz? —inquirió Mariah, arqueando las cejas.

—No es mío —declaró lacónica mientras se guardaba en el monedero el dinero que le había dado Kyle.

—Bueno, pues a mí me parece que él está más que deseoso de serlo —Mariah se agachó para ocuparse de Kayla. Como su hermana no le había respondido, alzó la mirada y le hizo la pregunta del millón—. ¿Qué es lo que pasa entre vosotros dos, por cierto?

—Aparte de algún ocasional encuentro en el vestíbulo del edificio por culpa de aquel asunto de la correspondencia, nada de nada.

—Ya.

Ignorando a Mariah, Jade se volvió hacia una mujer que quería saber el precio de una lámpara. Utilizando aquella distracción como ventaja, se concentró en la tarea que tenía entre manos. Tantas eran las ganas que tenía de desprenderse de sus viejos muebles como de escapar al interrogatorio de Mariah.

Una vez que desapareció la primera oleada de compradores, volvieron a quedarse solas hasta la llegada de la próxima. Reacia, regresó a la zona de sombra del jardín. Instalándose en una tumbona al lado de su hermana, sacó un refresco de la pequeña nevera portátil que habían llevado. Mariah levantó en brazos a la pequeña Kayla y le dio a beber de su botella de zumo de manzana.

—Así que... —una vez que su hija se hubo tranquilizado, retomó el anterior tema de conversación—...¿esta noche vas a disfrutar con él de ese baño a la luz de la luna?

Maldiciendo la insistencia de su hermana, Jade bebió un largo trago de refresco.

—No iba en serio, Riah. A Kyle le gusta flirtear por flirtear, nada más.

—A mí me ha parecido que iba bastante en serio. Eres tú la que se lo está poniendo difícil —Mariah suspiró—. Tu problema, precisamente, es que no sales con nadie.

—No te preocupes por mí, hermanita. Sólo estoy esperando a que aparezca el hombre perfecto —se recordó que lo peor de todo era que una vez creyó haber encontrado a Mister Perfecto.., hasta que se dio cuenta de su error. Qué ciega había estado.

—Me tienes muy preocupada. ¿Cómo esperas encontrar a Mister Perfecto cuando siempre estás comparando a cada tipo que conoces con Adam?

A Jade se le encogió el estómago ante aquella mención del hombre que había destruido su autoestima y su confianza en las intenciones del género masculino en general.

—Lo de Adam ya lo he superado. Desde hace tres años, cuando le dije que se fuera al diablo.

—Oh, eso no lo dudo. Pero también es cierto que te dejó, bueno... bastantes cicatrices emocionales.

Jade abrió la boca para defenderse, pero su hermana la interrumpió alzando una mano, harta de escuchar sus viejas excusas.

—No sales con nadie, y a cualquier hombre que se muestra mínimamente interesado por ti, lo ahuyentas... Como a ese tipo de antes. Ambos podríais tener un montón de cosas en común.

Su hermana siempre era la optimista de las dos, sobre todo en lo que se refería a los hombres. Lo único que Jade tenía en común con Kyle Stephens era un apellido similar y un tatuaje, sólo que el suyo era menos visible y más femenino.

—¿A cuántas mujeres crees que un tipo como Kyle les dice lo mismo que a mí en un solo día?

A mí me parecía sincero, pero es que tú no le has dado la menor oportunidad —Mariah sacudió la cabeza, exasperada—. Desde lo de Adam, no has salido con nadie.

—Me gusta la vida que llevo. Sin complicaciones. Voy a donde quiero, me compro lo que me gusta, me visto como me place... y lo mejor de todo— es que no tengo que dar cuentas a nadie.

—¿No te sientes un poquito... sola?

—No.

Era una mentira muy grande... que seguía esperando que algún día se convirtiera en verdad. El anhelo de compañía la asaltaba generalmente por las noches, cuando se quedaba a ver la televisión, o cuando se metía en la cama... Mientras permanecía despierta, incapaz de dormir, se sorprendía a sí misma ansiando unas manos cálidas que recorrieran su cuerpo, aliviándola de aquella dolorosa inquietud. Entonces cerraba los ojos y pensaba en él... y se sumergía en una deliciosa y satisfactoria fantasía,

donde todo estaba permitido y su imaginación no conocía límites.

—¿Por qué habría de sentirme sola? Me he pasado los tres últimos años ayudando a construir una sólida reputación para nuestro negocio de diseños de interior. Casual Elegance me mantiene tan ocupada, que apenas me queda tiempo para pensar en los hombres. Y cuando tengo necesidad de mezclarme con gente y amigos, me paso unas cuantas horas en el Roxy's. Eso habitualmente acaba con cualquier deseo que pueda tener de compañía masculina.

—Entiendo perfectamente por qué —repuso Mariah, irónica, que también había tenido su propia experiencia con los parroquianos varones del Roxy's—. ¿No se te ha ocurrido que quizá puedas estar frecuentando el lugar equivocado?

«Pero por las razones acertadas», se dijo Jade mientras apuraba su refresco. Le resultaba fácil mantener a los hombres del Roxy's a distancia... y permanecer casta. La mayor parte eran brutos estúpidos y fanfarrones que sólo buscaban aventuras fugaces, de una sola noche. Tenía unos cuantos amigos con quienes le gustaba hablar cuando frecuentaba el local, pero siempre se marchaba sola. Y no por falta de proposiciones.

Mariah recogió una manta ligera y se la echó por encima a Kayla, que se había quedado dormida en sus brazos.

—Nunca conocerás a un tipo bueno y decente en el Roxy's.

—¿Y tú crees que Kyle Stephens es un tipo bueno y decente? —preguntó Jade, incrédula—. Ha intentado ligar conmigo delante de ti, Riah.

—Porque le gusta flirtear. A Grey también. Todos los hombres lo hacen. Es como un cumplido, no es para tomárselo como una ofensa. No sé qué daño puede hacerte que salgas una noche con él.

—Ni se te ocurra buscarme pareja. Olvídalo. Que tú estés felizmente casada no significa que yo esté interesada en lo mismo.

—¿Qué me dices de la familia? ¿No quieres tener una?

—Ya tengo una —replicó Jade, malinterpretándola deliberadamente—. Tengo abuelos, y un padre que no deja de presionarme para que siente la cabeza, me case y tenga hijos. Lo mismo que tú estás haciendo ahora —de repente sonrió—. Te tengo a ti y a Grey. Y, por supuesto, a mi sobrina favorita...

Mirando a Kayla plácidamente dormida, Jade experimentó un sentimiento, un instinto maternal que hasta entonces no había sabido que tenía. Pensó que, si lo ignoraba, quizá desaparecería. Era lo mejor.

—Supongo que sólo quiero que seas tan feliz como yo —le dijo Mariah, poniéndose seria.

—Soy feliz —forzó una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Lo ves?

Pero su hermana la conocía demasiado bien.

—Y no me gusta que estés sola.

—Entonces no deberías haberte casado con Grey y abandonado el complejo de apartamentos —bromeó. Justo en aquel instante, un coche se detuvo en el sendero.

Dos mujeres mayores bajaron para dirigirse hacia los artículos que seguían expuestos.

Aliviada por aquella interrupción, Jade se volvió hacia su hermana:

—En serio, Riah, ya no soy ninguna niña, así que deja de preocuparte por mí.

Antes de que su hermana pudiera soltarle otro sermón, se levantó para saludar y atender a las dos mujeres. La perspectiva de envejecer sola no le atraía lo más mínimo, pero volver a poner su vida en manos de un hombre tampoco constituía una opción. Por eso había creado su propia fantasía masculina. Porque, en su experiencia, las fantasías siempre eran mejores que la realidad.

Para Kyle, la realidad podía ser mucho mejor que cualquier fantasía, en las circunstancias adecuadas. Y aquellas circunstancias parecían haber cobrado forma en el diario de Jade, cargado de sus más íntimos y secretos pensamientos.

Dejando el bolígrafo sobre el libro de contabilidad que tenía abierto en el escritorio, se recostó en su sillón y pensó en el diario de tapas rojo burdeos. Ahora que había dispuesto de unas cuantas horas para reflexionar sobre sus decisiones de aquella tarde, no podía evitar una leve punzada de culpabilidad. Lo caballeroso habría sido devolverle el diario. Pero la caballerosidad había pasado de moda: no encajaba en aquellos tiempos. No si quería comprobar si la química que compartía con Jade era una simple chispa destinada a apagarse.., o una chispa que podía convertirse en un incendio.

Su plan era ciertamente temerario, pero él era un hombre acostumbrado a los riesgos. Había pasado aquellos últimos años trabajando mucho para invertir todo su capital en La Oveja Negra, y esforzarse a tope para que el negocio prosperara. Durante todo aquel tiempo, por cierto, había tenido sus relaciones. Nada serio: ninguna de aquellas mujeres le había interesado para más de unas pocas noches. Habían sido conquistas fáciles, sin chispa, sin emoción.

En eso precisamente estribaba la diferencia con Jade. Tenía una fantástica mezcla de dulzura y vulnerabilidad, que por cierto se empeñaba a toda costa en disimular. Lo intrigaba. Sobre todo porque le hacía preguntarse por todas aquellas fantasías sobre las que le gustaba tanto escribir...

Durante seis meses, se las había arreglado para cautivarlo y excitarlo. Durante seis meses había rechazado todas sus invitaciones a cenar y a salir juntos. Por eso no estaba dispuesto a renunciar a lo único que podría permitirle descubrir sus numerosas facetas ocultas.

Miró su reloj: las once y diez de la noche. Se sonrió, preguntándose si Jade se atrevería a disfrutar de aquel chapuzón nocturno. Había acogido su desafío con remilgada corrección y formalidad, pero Kyle tenía la sensación de que la reacción habría sido distinta si su hermana no hubiera estado delante.

Cerró el libro de contabilidad, lo guardó y recogió las llaves. Salió de la oficina y pasó al bar, donde el camarero estaba ayudando a una de las camareras a recoger una mesa que se había quedado vacía. La mayoría de los clientes se habían marchado, pero

aún quedaban los parroquianos habituales, los que siempre terminaban cerrando el local.

—¿Te importa cerrar tú solo esta noche, Bruce? —le preguntó Kyle.

El joven se había convertido en su empleado de confianza y tenía su propio juego de llaves.

—En absoluto, jefe —sonrió—. Que pase una buena noche.

—Eso espero —y se marchó, devolviéndole la sonrisa.

Soltando un suspiro de frustración, Jade cerró su diario de tapas color azul zafiro, renunciando a la fantasía que había estado intentando escribir. Lo único que quería era escapar de allí y hacerla realidad.

En aquel momento, sólo podía pensar en una cosa: en un baño a la luz de la luna. Pero no con su amante de fantasía, sino con otro demasiado real, que desbordaba sensualidad.

Maldiciendo a Kyle Stephens, dejó su diario sobre la mesilla y se bajó de su nueva cama de dosel. Atravesó descalza el dormitorio hacia las puertas correderas que daban a la terraza, hizo a un lado las persianas y contempló el patio ajardinado que separaba su ala de apartamentos de las otras unidades.

Y del apartamento de Kyle. Sabía exactamente cuál era el suyo. A la luz de la luna, podía distinguir claramente la terraza de su dormitorio, tan desierta y oscura como las de los demás apartamentos. Kyle la había visto unas cuantas veces mientras regaba las plantas de la terraza. En aquellas ocasiones, no había tenido empacho alguno en ponerse a flirtear con ella, al otro lado del patio ajardinado, para distracción y regocijo de los demás vecinos.

Una sonrisa asomó a sus labios. Era difícil que un tipo tan simpático, despreocupado y juguetón como Kyle no cayera bien. Y resultaba más difícil dominar el impulso de seguirle la corriente y aceptar sus proposiciones. Ella lo sabía perfectamente. Llevaba más de seis meses luchando contra aquella tentación tan especial.

Aquella tarde le había mentido a su hermana cuando le dijo que no estaba interesada en Kyle. De día era fácil mentirse a sí misma. Pero ahora que había caído la noche y estaba sola en aquel dormitorio grande y silencioso, con un diario lleno de fantasías por única compañía, era inútil negar la verdad.

Se sentía atraída por Kyle Stephens, lo cual era especialmente inquietante porque nunca antes había experimentado nada igual. Últimamente aquel deseo consumía cada vez más sus pensamientos y la incitaba a rebelarse, a desinhibirse, a abandonar toda precaución.

Se había revelado muchas veces desde su ruptura con Adam, pero su desafío había sido ante todo personal, una manera de demostrarse a sí misma que nadie dictaba sus decisiones y que nunca más volvería a dejarse manipular por un hombre.

Pero detrás de aquella imagen fresca, descarada y sensual, se ocultaba una mujer que seguía sintiéndose vulnerable. Una mujer que no confiaba en su propio juicio en sus relaciones con los hombres. Una mujer asustada de enamorarse de verdad, y por tanto apegada a sus más secretas fantasías.

«¿Qué te parece si quedamos esta noche para bañarnos en la piscina a la luz de la luna?» Estaba segura de que sólo lo había dicho para burlarse y alterar su compostura. Pero lo había conseguido.

Inquieta, salió a la terraza. Sentía las frías baldosas en los pies, en agradable contraste con el calor de la noche. El borde de su sensual camisón, agitado por la leve brisa, se pegaba a su vientre y a las puntas de sus senos como la caricia de un amante.

¿Y por qué no? Indecisa, se volvió para mirar el reloj de la mesilla: las once y cuarenta y ocho minutos. Con aquel calor, le atraía la idea de un baño a la luz de la luna. Y las probabilidades de que Kyle estuviera trabajando, acostado o incluso en compañía de otra mujer eran ciertamente elevadas.

Necesitaba rebelarse, lanzar por la borda sus reservas, sus inhibiciones. Llevaba tres años escribiendo sobre ese tipo de comportamiento. Había llegado la hora de experimentarlo.

Hacía una noche perfecta para un baño a la luz de la luna, y Kyle no estaba allí. El alivio de Jade, sin embargo, se mezclaba con una cierta decepción en la que prefería no profundizar demasiado.

Abrió la puerta del recinto de la piscina, que albergaba también una caseta de juegos recreativos, un pequeño salón para fiestas, una sauna y un gimnasio privado. Todos aquellos servicios reservados para los residentes cerraban a las diez, aunque el salón se abría de cuando en cuando después de aquella hora para ocasiones especiales.

Dejó la toalla sobre una tumbona, se descalzó y se quitó la túnica que se había puesto encima de su traje de baño de una sola pieza, con un estampado de piel de leopardo. Sin probar antes el agua, se lanzó a la piscina.

El agua acariciaba sus miembros con la delicia de su frescor, lánguida y sensualmente, como un amante. Sintiendo desinhibida, incluso algo alocada, se olvidó de todo para disfrutar a fondo de aquella sensación, pasándose las manos por los brazos, las piernas... Su fantasía se había convertido en realidad. Sólo faltaba su amante imaginado.

Acababa de emerger en la zona menos profunda cuando descubrió una figura en cuclillas en el borde de la piscina. Alarmada, el corazón se le subió a la garganta.

—Sabía que vendrías.

Pero nada más escuchar el ronco timbre de la voz de Kyle, y reconocer sus anchos hombros y el dorado de su pelo a la luz de la luna, el terror cedió paso a la furia.

—¡Me has dado un susto de muerte! —siseó, bajando la voz. Sintiendo desnuda

y vulnerable, retrocedió y se hundió más en el agua—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo te invité, ¿recuerdas? —sonrió.

—Pero yo creía... —se interrumpió al ver que se erguía y se quitaba la camiseta para tirarla a un lado.

—¿Qué es lo que creías? —su voz era tan hipnótica como el movimiento de sus dedos mientras se desabrochaba lentamente el cinturón—. ¿Que estaba de broma? —se bajó la cremallera, y el erótico sonido pareció resonar a través de sus terminaciones nerviosas, recordándole de paso que estaban completamente solos—. ¿Que no vendría?

—Las dos cosas, supongo —logró pronunciar—. No pensaba que estuvieras hablando en serio...

A Jade se le aceleró aún más el pulso cuando vio que se disponía a bajarse los tejanos.

—Cuando se trata de ti y de mí, soy el hombre más serio del mundo...

Se estaba bajando el pantalón lentamente, con un malicioso brillo en la mirada. Pero Jade decidió aceptar el desafío. Si era tan atrevido como para desnudarse en su presencia, ella lo sería para mirarlo con el mismo descarado. Sin perderse nada.

Con la pericia de un auténtico stripper, Kyle se puso de perfil y empezó a contonear las caderas, de modo que el pantalón fue deslizándose poco a poco. Lo único que faltaba para que el número quedara perfecto era un tanga: pero en lugar de tanga, llevaba unos boxers. Fue esa prenda la que, afortunadamente, evitó que Jade perdiera del todo la cabeza.

Iba descalzo. Lanzó los tejanos junto con la camiseta antes de volverse nuevamente hacia ella. Tenía el torso ancho, salpicado de un fino vello dorado, y la cintura y las caderas estrechas. Esbelto y fuerte a la vez, no excesivamente musculado: la perfección masculina, en suma.

Era todo lo que había soñado en un hombre. Una mezcla de malicia y sensualidad que quitaba el aliento. Oh, Dios, ¿de dónde había salido aquel pensamiento? ¿De una de sus fantasías?

—¿Quieres ver más? —le preguntó él. Tenía enganchados los pulgares en la cintura del calzoncillo, como si estuviera más que dispuesto a quitárselo.

Era un descarado, y lo sabía. Consciente de que bastaba una sola palabra o mirada para facilitarle el estímulo que estaba esperando, Jade decidió cambiar de tema.

—Si no acepté tu invitación, ¿por qué te has molestado en aparecer?

—Tú eres la prueba de que las ilusiones siempre acaban por hacerse realidad —empezó a bajar los escalones de la piscina para meterse en el agua—. Pero retomaré tu pregunta: dado que no aceptaste mi invitación... ¿qué es lo que te ha impulsado a venir a ti?

«Una fantasía», respondió Jade para sus adentros. Una fantasía que se había mezclado con la realidad. Vio que continuaba avanzando y volvió a estremecerse de

expectación. Aquel erótico juego amenazaba sus sentidos. Se burlaba de todas las advertencias que se había hecho a sí misma sobre las repercusiones de liarse con un hombre semejante.

Antes de que pudiera llegar a tocarla, y antes también de que ella pudiera perder totalmente el juicio, Jade se sumergió para bucear hacia la zona profunda de la piscina. Sólo volvió a emerger cuando tocó el bordillo del otro lado.

No lo veía por ninguna parte. El agua estaba oscura y buscó alguna onda, algún leve rizado de la lámina de agua que traicionase dónde estaba.

Hasta que Kyle emergió de pronto a unos cuantos metros, la descubrió y volvió a sumergirse.

Con el corazón acelerado, y sin saber lo que pretendía, Jade se dirigió hacia la parte menos profunda. Estaban jugando al gato y al ratón, y era ella quien tenía las de perder. Para cuando Kyle volvió a emerger, ya la había acorralado contra el bordillo.

Sin embargo, decidió hacer un último intento. Hizo un amago de nadar hacia la derecha, pero enseguida se hundió y cambió de sentido. Buceó todo lo que pudo con la intención de rodearlo y escapar.

Confiaba ya en haberlo engañado cuando sintió que le tiraba de un tobillo hacia atrás. Su primer impulso fue forcejear, pero procuró no ponerse nerviosa. Lo siguiente que sintió fueron sus anchas manos recorriendo sus muslos, sus caderas, hasta que consiguió aferrarla de la cintura.

Cuando volvieron a salir a la superficie, estaba sin aliento. Y no sólo por la falta de aire, sino por el contacto de su duro cuerpo presionando contra su espalda, sus nalgas, sus muslos. Su traje de baño apenas la protegía del calor ardiente que generaba.

—Ya te tengo —le murmuró al oído.

Le acariciaba el cuello con su aliento. Jade intentó liberarse: fue en vano.

—Suéltame.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Por qué has venido esta noche?

No tenía ninguna respuesta: al menos ninguna que tuviera algún sentido para ella misma.

—¿Ha sido por esto?

La mano con que la sujetaba subió para apoderarse de un seno. Jade se quedó consternada, pero a continuación soltó un gemido, justo en el preciso instante en que sentía la caricia del pulgar en el pezón. La punta se endureció inmediatamente, dándole toda la respuesta que necesitaba: sí.

Estaba claro que había aumentado las apuestas en juego. Después de llevarla a la zona menos profunda, la hizo volverse y la levantó para sentarla en el bordillo. Luego, sin darle oportunidad a escabullirse, le separó los muslos. Sus largos dedos se cerraron entonces sobre sus rodillas, acercándola hacia sí: la postura no podía ser más sexual.

Jade se había quedado sin aliento. Podía sentir la presión de su miembro duro,

excitado. Lo único que evitaba la penetración era la húmeda barrera del traje de baño y el calzoncillo.

Su respuesta fue inmediata. Un gemido estrangulado le subió por la garganta. Se estaba derritiendo de deseo. Aterrada, intentó incorporarse, pero él no se lo permitió.

—No te hagas la sorprendida —sonrió—. Es esto lo que me haces. Me excitas, física y mentalmente. Contigo nunca he disimulado mi deseo, pero ahora lo estás comprobando por ti misma.

Sí que lo sabía. Y no lo olvidaría fácilmente. Había cerrado los dedos sobre el bordillo, para evitar tocarle el pecho húmedo y brillante. Lo miró a los ojos, unos ojos tan oscuros como la noche aterciopelada que los envolvía. Aquella familiar inquietud comenzó a manifestarse en su interior, aquel sordo anhelo...

—Kyle...

Deslizándose las manos sobre sus muslos, introdujo los pulgares bajo el elástico de su traje de baño, justo a la altura de las caderas.

—Me gusta tu bañador de piel de leopardo —comentó, ignorando sus débiles protestas—. Si te lo quito... ¿saldrá la fiera salvaje que se oculta detrás?

No sabía si era una fiera salvaje, pero desde luego había algo indómito revolviéndose en su interior.

—¿O quizá sólo salga una dulce e inofensiva gatita? —inclinándose hacia delante, comenzó a lamerle las gotas que resbalaban por su cuello.

Jade se estremeció: sin poder evitarlo, se apretó contra él, soltando una especie de ronroneo.

—¿Qué será? —susurró mientras le besaba la zona sensible de detrás de una oreja—. ¿Tigresa o gatita?

—Ambos felinos... tienen garras —replicó ella, haciendo un esfuerzo. No pudo evitar maldecir la súbita ronquera de su voz, que consiguió atenuar el efecto de lo que había esperado fuera una ingeniosa y valiente respuesta.

—Por supuesto —asintió, riendo—, pero si se les toca y acaricia de una determinada manera... se vuelven dóciles y dispuestos —como para demostrar lo que acababa de decir, deslizó una mano todo a lo largo de su espalda—. Y yo quiero tocarte —la misma mano bajó hasta su cadera y recorrió el largo muslo hasta la rodilla, arrancándole un estremecimiento—. Quiero acariciarte.

Jade consiguió reprimir un gemido, pero lo que no pudo evitar fue aquel ablandamiento general de su cuerpo, con el anhelo que se enroscaba en su más profundo centro, y la necesidad de sucumbir al deseo que abrasaba sus sentidos. Lo que aquel hombre le estaba sugiriendo era lasciva, perversamente erótico. Y ella quería experimentarlo.

—Cierra los ojos, corazón —lo oyó musitar—. Y siente el calor que emiten nuestros cuerpos...

Soltó un gemido de aquiescencia y cerró los ojos, dejando que su cuerpo respondiese por sí solo. Kyle retiró las manos de sus rodillas y enterró los dedos en su

cabello mojado, echándole la cabeza hacia atrás. Comenzó a mordisquearle, a lamerle el cuello. Jade, mientras tanto, cerró los dedos sobre el bordillo de cemento, dando por bienvenida la distracción del contacto del cemento bajo sus palmas.

Pero la distracción sólo duró tres segundos. Kyle bombardeaba implacable sus sentidos, destrozando sus defensas con el movimiento de sus manos desde su cuello hasta sus hombros, con su aliento ardiente quemándole la piel, con la increíble suavidad de su lengua mientras continuaba lamiéndole las gotas de agua a lentos y largos lametazos. Como un gigantesco felino gozando de un cuenco lleno de rica leche.

—Kyle... —le temblaba la voz, y lo mismo le pasaba a su vientre, a sus muslos.

Le bajó los tirantes del bañador por los hombros y empezó a sembrarle el pecho de besos, descendiendo cada vez más. Estaba ardiendo. Las caricias de aquel hombre la incendiaban por dentro y por fuera. Aunque todavía le faltaba tocarla íntimamente en aquellas zonas —que suspiraban por su contacto, de alguna manera se sentía como si la hubiera marcado de una manera primaria, fundamental. Había seducido su mente, su cuerpo, su alma. Su aroma masculino le llenaba los sentidos, la aturdió con una necesidad que era mucho más que física.

Se esforzó por ahuyentar aquella nube de deseo que tanto la debilitaba, que la hacía desear a un hombre que podía someterla incluso contra su propia voluntad. Lo maldijo en silencio, furiosa con él por haber despertado en ella sensaciones y reacciones que había mantenido ocultas durante tres años, y furiosa también consigo misma por su propia respuesta a sus caricias. Deseaba a Kyle Stephens, pero no quería desearlo. Desearlo era peligroso. Desearlo la hacía vulnerable.

Sintiéndose atrapada, desesperada, le puso las manos en los hombros y le dio un inequívoco empujón. Desprevenido, Kyle retrocedió un paso: lo suficiente para que ella pudiera sumergirse y escapar buceando hacia el otro extremo de la piscina.

Cuando ya no pudo aguantar más y tuvo que emerger, no vio a Kyle donde lo había dejado. Escrutó la oscuridad con el pulso acelerado, aguzando los oídos. Nada. Se había ido. Su ropa tampoco estaba.

Se estremeció violentamente. La única prueba de que no había soñado todo aquel episodio era el rastro de huellas húmedas que se perdía en la puerta del recinto.

Capítulo 3

No podía continuar evitando lo inevitable.

Jade se quitó el conjunto que se había puesto para ir a la oficina y se puso unos cómodos leotardos de color rosa y una sudadera violeta. Sabía que Kyle estaba en casa: había visto su jeep cuando había estado aparcando en el garaje. Llevaba dos días con una carta suya que no se atrevía a devolverle. Teniendo en cuenta que sus respectivos buzones carecían de ranuras para echar el correo dentro, estaba obligada a entregársela en persona.

Hacía cuatro días que no lo veía, desde aquella surrealista noche en la piscina, cuando la sedujo y después desapareció. Tenía que admitir, al menos para sí misma, que su estrategia consistía en evitarlo deliberadamente, aunque no estaba segura de cuál podría ser la de Kyle. Era un maestro de la sorpresa, un especialista en aparecer cuando menos lo esperaba.

No habían vuelto a coincidir en el portal, y parecía que Kyle pasaba más tiempo fuera de casa, y regresaba siempre pasada la medianoche. Una noche, estaba sentada a oscuras en la terraza, cuando distinguió su silueta a través de las cortinas del dormitorio, mientras se desnudaba... Se le disparaba el pulso cada vez que evocaba la violenta excitación que había experimentado. Era una locura. Ahora conocía bien el efecto que Kyle podía ejercer sobre sus sentidos, sobre su cuerpo.

Estaba harta. Se calzó las zapatillas y salió de su dormitorio con paso decidido. Después de recoger el bolso y la correspondencia de Kyle de la mesa del vestíbulo, se dirigió hacia el otro extremo del complejo residencial.

Como remitente constaba una tal Christy Stephens, de Detroit, Michigan, lo cual no pudo menos que excitar su curiosidad. ¿Quién sería aquella misteriosa mujer? ¿Su hermana? ¿Su madre? ¿Su esposa? Se dio cuenta de que no sabía prácticamente nada sobre la vida de Kyle, aparte de que poseía el bar La Oveja Negra. Normal, ya que siempre se había esforzado por no profundizar en su relación.

Hasta que se le ocurrió disfrutar de aquel baño a la luz de la luna. Aquella noche habían intimado de una manera que jamás había creído posible. Kyle había conseguido excitarla, había logrado acceder a aquella parte de su alma necesitada de las caricias de un hombre. Era como si hubiera sabido exactamente lo que quería, lo que necesitaba.

Pero el riesgo emocional que suponía aceptar lo que Kyle le ofrecía era demasiado destructivo, como bien sabía por experiencia. Podía enamorarse de Kyle Stephens y de su actitud lúdica e irresponsable ante la vida, pero era su imperturbable confianza en sí mismo lo que amenazaba la suya propia. Y su sano juicio también.

Decidida a dar un gigantesco paso atrás para volver a levantar las barreras que Kyle se había atrevido a derribar, llamó a su puerta. Después de lo que había ocurrido entre ellos, era imposible pensar que pudieran volver a ser simples conocidos, pero quedarían como amigos y punto. La amistad sí que podría soportarla. Los amigos no

intentaban dirigir la vida de una ni plantear exigencias innecesarias.

Como ya había transcurrido un minuto entero y nadie había abierto, pulsó el timbre. Nada. Pensó entonces en deslizar la carta por debajo de la puerta. Acababa de agacharse para hacerlo cuando se abrió de golpe y se encontró con unos pies descalzos. Se irguió lentamente.

Obviamente lo había sorprendido saliendo de la ducha, y casi se consideró afortunada de que hubiera tenido el detalle de ponerse unos tejanos en vez de salir con una toalla a la cintura. Gotas de agua perlaban su pecho musculoso. Dejó de secarse el pelo con la toalla y se lo peinó hacia atrás con los dedos. Un brillo de inteligencia asomaba a sus ojos color azul zafiro.

No necesitaba ser adivina para saber que estaba pensando en el baño nocturno. Y en lo cerca que había estado de...

—¿Te pilló en un mal momento?

—Para ti nunca es un mal momento... —con la toalla al cuello, se apoyó en el marco de la puerta mientras la miraba de arriba abajo.

—Er..., mi visita será muy breve y...

Se interrumpió de golpe cuando Kyle alzó una mano para tocarle el cabello con la punta de los dedos, en una caricia infinitamente tierna. Vio que arqueaba las cejas, desconcertado. El pulso se le había vuelto a acelerar, pero no se apartó.

—Te has teñido el pelo —observó, examinando su sedosa textura—. Lo tienes más corto y te lo has peinado diferente.

Pensó que a aquel hombre no se le escapaba nada. El tono era de un cobrizo apagado que combinaba bien con el de su tez, y el corte de pelo era idea de Pierre, su peluquero: le había asegurado que quedaría elegante a la vez que clásico.

—Sí... Me lo corté hace unos días.

En realidad, su repentina visita a la peluquería, con el objetivo de cambiar de imagen, había respondido a la compulsiva necesidad de recuperar la confianza en sí misma después del episodio de la piscina. Reconocía bien el síntoma: un simbólico acto de rebelión para asegurarse de que ningún hombre cometiera el error de pensar que podía cambiarla, o moldearla para que fuera algo que nunca más volvería a ser. Kyle Stephens incluido.

—¿Cuál es la verdadera Jade? —le preguntó él, ladeando la cabeza y rascándose la barbilla.

—¿Qué quieres decir? —mintió.

—Lo sabes perfectamente. Me gusta el nuevo corte de pelo y el color, pero eso no cambia a la persona que está detrás... —sin darle tiempo a responder, se hizo a un lado para dejar que pasara—. ¿Por qué no entras y hablamos tranquilamente de esta breve visita tuya?

Jade vaciló, sabiendo que lo que tenía que decirle sólo le llevaría unos segundos y que no hacía ninguna falta que entrara. Pero Kyle la miraba con una expresión de desafío que provocaba su rebelde naturaleza. De modo que le entraron ganas de

demostrarle que era perfectamente capaz de estar en una misma habitación con él y mantener la necesaria distancia emocional.

Nada más entrar, se vio envuelta por los cálidos y masculinos aromas que impregnaban su apartamento. A madera. A cuero.

—¿Y bien? ¿A qué debo este placer?

La palabra resonó como una caricia, recordándole el episodio de la piscina.

—He vuelto a encontrarme con una carta tuya en el buzón.

Kyle la tomó sin mirarla, simulando una expresión decepcionada:

—Y yo que creía que habías venido porque me echabas de menos...

—Ya sé que es un duro golpe para tu gigantesco ego —sonrió—, pero la verdad es que no he vuelto a pensar en ti.

—Vaya —se echó a reír—, entonces tendré que hacer algo para remediarlo.

Después de dejar la toalla colgada de un taburete de la barra de la cocina, Kyle entró en el salón contiguo. Ella lo siguió, guardando las distancias y contemplando con ojo crítico de decoradora su mobiliario cómodo y sencillo a la vez.

De pie al lado del sofá de cuero color chocolate, rasgó el sobre y extrajo la carta, consciente en todo momento de su presencia. Sobre todo teniendo en cuenta que olía a aquel perfume suyo a melocotón que actuaba como un afrodisíaco. Sabía que estaba esperando a que se aprovechara del hecho de que se encontrara en su territorio: podía verlo en sus ojos, a pesar de su aparente desenvoltura. Y la pequeña tigresa que se escondía detrás estaba presta a saltar para demostrarle que no se sentía intimidada por su cercanía.

Sabía también que estaba esperando a que le mencionara el episodio de la piscina y se regodeara con la reacción que le había arrancado. Pero Kyle no tenía intención de romper la magia de aquella noche exponiéndola bajo una luz tan cruda. Él le había regalado su fantasía, y a cambio ella lo había seducido con su ternura y vulnerabilidad. Sin duda alguna, Jade lo excitaba sexualmente, pero su inteligencia y su frescura resultaban tanto o más estimulantes.

Cuando volvió a concentrarse en la carta y terminó de desdoblarla, media docena de fotos cayeron al suelo. Se dijo que eso le pasaba por prestar más atención a Jade que a lo que tenía entre manos... Las fotos se habían dispersado en todas direcciones, y ella se agachó para recoger dos. Antes de entregárselas, vio que en ellas aparecía una mujer joven.

—¿Es tu hermana? —le preguntó, curiosa.

—No —sonrió ante lo equivocado de su suposición—. Es mi hija, Christy.

—¿Tienes una hija tan mayor? —Jade no salía de su asombro.

—Sí —bajó la mirada a aquella reciente foto de Christy, que parecía la viva imagen de su madre, con su pelo rubio dorado, sus ojos castaños y una sonrisa destinada a romper numerosos corazones. Soltó un profundo suspiro—. Acaba de cumplir los diecisiete, está un poco loca y constantemente me está pidiendo que le compre un coche.

—No pareces tan mayor como para tener una hija de diecisiete años —insistió.

—Voy para los treinta y seis. Y tuve a Christy con dieciocho.

—Una edad muy temprana para formar una familia...

—Y que lo digas. Por desgracia, a esa edad pensaba con cierta parte de mi anatomía que no era precisamente el cerebro. Christy fue el resultado de una corta aventura de verano después de que me graduara en el instituto.

Jade se acercó a una pared donde había, enmarcadas, más fotografías de Christy.

—¿Vive con su madre?

—Sí, en Detroit —volvió a guardar las fotos y la carta en el sobre y lo dejó sobre la mesa. Le encantaba leer las cartas de su hija: estaban llenas de divertidas anécdotas sobre su vida. Con el tiempo, habían consolidado una sana amistad. Algo que, para él, era un verdadero tesoro.

—Eso está muy lejos de California.

Kyle le dio la razón en silencio. Había veces en que sentía cada uno de los kilómetros que lo separaban de las dos familias... de las que realmente nunca había formado parte.

—De ahí es de donde soy yo, y la madre de Christy también —se reunió con ella y le señaló una fotografía enmarcada de su hija entre dos adultos—: ésta es la madre de Christy, Jamie Ann, y su padrastro, Tony.

Jade lo miró incrédula.

—¿Has colgado una foto de tu ex esposa y su marido?

Sabía que sonaba extraño. Pero Jamie Ann había sido una de las pocas personas que había entendido su carácter imprudente y temerario, y había intentado ponerle freno. Sólo por eso siempre le guardaría un gran cariño.

—No es mi ex esposa. Y lo cierto es que los tres nos llevamos muy bien.

Sabía que Jade seguía sin salir de su asombro: su comentario le había sugerido que no había actuado de forma «responsable» casándose con Jamie Ann. Pero aquélla era una larga historia...

Para su alivio, Jade evitó profundizar en un tema tan personal.

—No eres un tipo muy tradicional, ¿verdad? —comentó, sonriendo.

—Me temo que no lo he sido nunca —murmuró—. Y probablemente nunca lo seré. Me va bien la vida de soltero.

—Mmmm —se volvió de nuevo para seguir contemplando las fotos, como si estuviera digiriendo aquel fragmento de información.

Kyle miró también el grupo de fotografías en las que aparecía su hija en todas las fases de su crecimiento, y experimentó una familiar punzada de nostalgia y arrepentimiento. Aunque no había llegado a casarse con Jamie Ann, se había enamorado de Christy desde el primer instante en que la tuvo en sus brazos, con dos semanas de vida. Durante todo aquel tiempo, había visto a su hija al menos una vez al año, había hablado por teléfono cada mes y le había escrito regularmente. Y no se

había saltado ni una sola pensión de mantenimiento, incluso cuando peor había sido su situación económica y había tenido que elegir entre llenar su estómago o cumplir con sus obligaciones hacia su hija.

—Tu hija se parece muchísimo a su madre.

La observación de Jade lo devolvió a la realidad. Se volvió para mirarla: le gustaba la amistad, que casi sin quererlo, al menos por parte de ella, estaban construyendo.

—Puede que se parezca a su madre, pero te garantizo que, conmigo, confirma el famoso refrán: «de tal palo, tal astilla».

—¿Por qué? —inquirió, divertida.

—Desafortunadamente para Jamie Ann, Christy ha heredado mi carácter algo... inquieto. Poco prudente.

—Si eres de Michigan... ¿cómo es que viniste a parar a California?

—Camp Pendleton —nombró la base militar cercana a San Diego—. Ingresé en los marines a los tres meses de terminar el instituto, me vine a California, decidí que me gustaba tomar el sol todo año y ya nunca más volví.

—Así que ese tatuaje es de verdad... —miró su brazo izquierdo.

—Sí. Recuerdo de cierta alocada noche bien regada con tequila.

Jade sacudió la cabeza y soltó una carcajada. Aquella risa tan deliciosamente pura y dulce lo conmovió profundamente. Le habría gustado indagar en el motivo de aquella risa, pero por desgracia tenía que marcharse.

—Por mucho que me encante seguir hablando contigo, me temo que dentro de media hora tengo que estar en La Oveja Negra. Me he pasado todo el día ayudando a los albañiles a tirar unas paredes en el nuevo restaurante. He venido sólo para ducharme y cambiarme antes de regresar para trabajar en el turno de noche.

De repente Jade lo miró sorprendida, como si acabara de darse cuenta de lo mucho que había durado su breve visita.

—Yo también tengo que irme —retrocedió un paso—. Sólo quería traerte la carta.

—Y yo te agradezco este servicio personal de entrega a domicilio —la siguió hasta la puerta.

Una vez fuera del apartamento, se volvió hacia él, sonriente.

—Que pases una buena noche en el trabajo.

—Gracias —estaba de humor para ello. Por algo había pasado cerca de veinte minutos en su compañía, mucho más tiempo del que había compartido con ella en los seis últimos meses—. Hasta la próxima.

Apoyado en el marco de la puerta, la observó alejarse por el pasillo hasta que dobló la esquina. Sonriéndose, volvió a entrar para vestirse. Había triunfado. Jade había llegado tensa y rígida como una tabla, llena de todo tipo de prejuicios sobre su comportamiento... y se había marchado relajada y sonriente.

Su sonrisa se amplió mientras se metía la camiseta negra debajo del pantalón y

se abrochaba el cinturón de cuero. Había flirteado, como parte natural de la química que existía entre ambos, pero también había disfrutado hablando con ella con absoluta naturalidad, simplemente con la sana intención de llegar a conocerse. Y lo mejor de todo era que, en el proceso, había conseguido abatir otro frente suyo de defensa por medio de una comunicación fluida y amistosa.

Entre el diario de fantasías que conservaba en su poder y su lenta y progresiva labor de persuasión... su pequeña tigresa no tendría la menor posibilidad.

A bordo de su flamante deportivo rojo, un regalo que se había hecho a sí misma para celebrar su recién recobrada independencia, Jade entró en el sendero que llevaba al aparcamiento del complejo. De repente sonó un claxon. Cuando miró por el espejo retrovisor, vio a Kyle justo detrás de ella, conduciendo su jeep azul descapotable.

Saludándolo por la ventanilla, vio que le lanzaba una sonrisa justo antes de girar para dirigirse a su espacio reservado. Aparcó y sacó del asiento trasero el maletín y el bolso. Se encontraron en el camino principal que llevaba al portal del complejo, aunque Kyle tuvo que correr un poco para alcanzarla.

—Me asombra que una mujer pueda caminar tan rápida y segura con esos tacones tan altos sin caerse.

—Años de práctica —le sonrió, atusándose al peinado—. ¿Sabes? Si no te conociera mejor, pensaría que has planeado este encuentro.

Kyle no pareció en absoluto ofendido por sus sospechas.

—Bueno, ¿qué puedo decir? Tengo el don de la oportunidad. Además, precisamente quería hablar contigo. Eso me ahorra un viaje hasta tu casa.

A pesar de lo mucho que había disfrutado hablando con él la otra noche en su apartamento, Jade prefería el territorio neutral del portal a su hogar.

En aquel momento, una rubia alta y de curvas voluptuosas bajaba por el sendero hacia ellos, sin apartar los ojos de Kyle. Llevaba unos diminutos pantalones cortos y una camiseta corta que revelaba más que ocultaba. Luciendo una sonrisa sensual, se echó la melena sobre un hombro en un gesto provocativamente seductor.

—Hola, Kyle.

Lo recorrió de nuevo de la cabeza a los pies en una mirada tan posesiva como apreciativa. Una mirada que molestó tanto a Jade, que acabó por irritarse consigo misma.

—Hola, Lynette.

Jade sabía que era una vecina del complejo. Supuso que sería una simple conocida de Kyle, o quizá mucho más, dada la manera que tenía de devorarlo con los ojos.

—¿Trabajas esta noche? —le preguntó la rubia, esperanzada.

—Sí —sonrió Kyle.

—Pues cuenta conmigo —deslizó un dedo a lo largo de su brazo mientras se

disponía a seguir su camino, contoneando las caderas—. Resérvame un lugar en la barra —añadió antes de desaparecer sendero abajo.

Todo aquel diálogo, pese a su brevedad, puso nerviosa a Jade. Y todavía más porque sabía que no tenía ningún derecho sobre Kyle. Ni lo quería tampoco.

—Veo que tienes tu propio club de admiradoras en La Oveja Negra —musitó, incapaz de contenerse.

—¿Celosa?

—¡Por supuesto que no! —negó con sospechosa vehemencia.

Había llegado al portal, pero antes de que pudiera abrir la puerta, una mano de Kyle se cerró sobre la suya. Como siempre que la tocaba, se le disparó el pulso. Ningún hombre le había provocado nunca semejante efecto.

Retiró la mano y se obligó a mirarlo, esperando ver un brillo burlón en sus ojos por culpa de su reacción ante la rubia. Pero no. Lo que vio en ellos fue sinceridad y una pura, sana dosis de deseo. Por ella.

—No tienes motivos para ponerte celosa — apoyó la mano en el cristal de la puerta, para que no pudiera abrirla—. Te he sido fiel desde el primer día que te conocí.

Se lo quedó mirando fijamente, perpleja e incrédula, convencida de que estaba bromeando. Y, sin embargo, la veracidad de sus palabras se reflejaba en sus ojos azul zafiro.

—Un noble sacrificio por tu parte, pero completamente innecesario.

—No tengo otra elección —suspiró—. Charlie sólo se siente atraído por ti.

—¿Charlie? —estalló en carcajadas. Lo último que había imaginado era que Kyle, la viva imagen de la virilidad y el sex—appeal, pudiera ponerle un nombre a aquella parte de su anatomía. Y además un nombre semejante...

—Bueno, es muy especial.

—Y tú estás absolutamente loco.

—Sólo por ti —repuso con su voz profunda.

El corazón le dio un vuelco, pero procuró sobreponerse.

—No te molestes en hacer un voto de abstinencia por mi culpa. Si de mí dependiera, serías un buen candidato a monje de monasterio.

Kyle arqueó una ceja, sonriente.

—Sé que estás mintiendo, tigresa. ¿Quieres apostar algo?

Un escalofrío le recorrió la espalda. Demasiado tarde se dio cuenta del error que había cometido al desafiar a Kyle.

—Ya veo que no —añadió él, consciente de que había ganado el desafío por abandono del oponente. Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar que pasara.

Jade murmuró un apresurado «gracias» y entró rápidamente en el portal. De repente recordó algo que él le había dicho unos minutos atrás, antes de que el incidente con Lynette lograra distraerla.

—¿Y bien? ¿De qué querías hablarme?

—¿Cómo es el negocio de la decoración?

Ese tema sí que le resultaba cómodo, pensó Jade mientras se detenían ante la fila de buzones.

—Ajetreado.

—¿Tienes tiempo para un cliente más?

—Yo nunca rechazo a un cliente —buscó la llave en su bolso y abrió el buzón.

—Éste es seguro, te lo garantizo —dijo mientras abría el suyo y sacaba su correspondencia—. Hace unos meses adquirí el local contiguo a mi negocio. Quiero ampliar La Oveja Negra y voy a necesitar a alguien que decore el nuevo restaurante y le haga un lavado de cara al bar.

—¿Y quieres contratar a Casual Elegance? —le preguntó mientras revisaba sus cartas. Esa vez no se había producido ningún error.

—No, quiero que te encargues tú.

Jade alzó la mirada. Parecía absolutamente seguro de su decisión, pese a que no le había

pedido el catálogo ni solicitado una cita previa. Cada decorador tenía su estilo propio: elegir uno siempre era una tarea delicada.

—Tu fe en mis capacidades es ciertamente conmovedora, teniendo en cuenta que no has visto nuestro muestrario. ¿Cómo puedes estar seguro de que soy tan buena?

Cruzando los brazos sobre el pecho, la recorrió lentamente con la mirada.

—No tengo la menor duda de ello —pronunció con su voz ronca, sensual, que siempre tenía el efecto de derretirla por dentro—. Creo que eres muy buena.

Jade procuró ignorar el doble significado de sus palabras y la reacción resultante.

—Supongo que al fin y al cabo se trata de tu dinero. Puedes gastártelo como quieras.

—Eres una profesional inteligente —sonrió, ladeando la cabeza—. ¿Has estado alguna vez en La Oveja Negra?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Nada. Es simple curiosidad.

—No, nunca he estado —respondió—. No es mi tipo de lugar preferido, la verdad.

—Mmmm... ¿cómo puedes estar tan segura cuando no lo conoces?

—He oído hablar de él. El típico bar country. Informal, escandaloso. Clientela de trabajadores, principalmente.

—Ya. Y tú prefieres el Roxy's y su más sofisticada clientela.

Jade se limitó a encogerse de hombros, reacia a defender su club nocturno frente al suyo.

—Teniendo en cuenta que el Roxy's parece ser mi directo competidor, me gustaría prosperar un poco y superarlo. Quiero mantener el mismo ambiente informal y de gente trabajadora, pero que sea algo más selecto por dentro. Subirlo de categoría.

—¿Para cuándo pretendes abrir el restaurante?

—Dentro de un mes y medio más o menos.

Jade asintió, digiriendo aquella información. Su cerebro ya se había puesto a trabajar en ello.

—Entonces tendremos que empezar con los colores y los tejidos. Y con un diseño general que encaje con tu idea.

—La idea que tengo es demasiado genérica —sonrió de nuevo—. Pero esperaba que tú me ayudaras a precisarla...

—Para eso me pagarás, ¿no? —esbozó a su vez una fugaz sonrisa antes de sacar una tarjeta de su bolso. Era de color crema, con el logotipo de Casual Elegance en una esquina y su nombre impreso en el centro—. Toma. Llámame a la oficina y concertaremos una cita para un primer encuentro en el que fijaremos el presupuesto y firmaremos un precontrato.

Kyle miró su tarjeta y empezó a jugar con ella entre los dedos.

—¿Y si surge alguna emergencia y necesito localizarte en casa?

—Nunca doy mi número de teléfono a los clientes —repuso con tono firme. Estaba decidida a hacer el trabajo y a mantener una relación estrictamente profesional con Kyle—. Mi móvil figura en la tarjeta. ¿Qué día te viene bien que nos reunamos en tu bar?

—¿Qué tal el lunes que viene por la tarde? Los albañiles se marchan a las tres y media. Así podremos echar un vistazo a las obras.

—Me parece bien. Pero te lo confirmaré una vez que haya revisado mi agenda.

—Bien. ¿Tienes un bolígrafo para que apuntes mi número?

Jade le entregó el que llevaba siempre en el bolso. Kyle sacó la capucha con los dientes. Sólo entonces se dio ella cuenta de que no tenía papel alguno. Y a juzgar por el malicioso brillo de sus ojos, tenía la sospecha de que tampoco tenía intención de utilizarlo.

Estaba demasiado cerca: su aroma masculino parecía envolverla. Se sentía mareada, aturdida, incapaz de formular una sola palabra o pensamiento coherente. Antes de que pudiera reaccionar, Kyle le desabrochó el botón superior de la blusa, le apartó el cuello y tuvo el enorme descaro de apuntarle allí, en un seno, el número telefónico de su casa y el del trabajo. Justo encima de donde su corazón latía acelerado, cerca del borde del sostén. Para su inmensa vergüenza, los pezones se le endurecieron inmediatamente.

Con las mejillas ardiendo, se lo quedó mirando estupefacta, demasiado perpleja para ponerse furiosa. Y demasiado consternada también por la propia respuesta de su cuerpo. Cuando terminó, Kyle alzó la cabeza y volvió a cerrarle la blusa como si no hubiera pasado nada.

—Llámame cuando quieras —murmuró con una sonrisa de lobo. Depredadora.

Y se marchó, dejándola sola y temblorosa, presa de una oleada de deseo contra la que no tenía ninguna defensa. Deseaba a Kyle Stephens. Que Dios la ayudara, pero no sabía durante cuánto tiempo más podría resistirse...

Capítulo 4

El sol le calentaba la piel e intensificaba el aroma del maduro y jugoso melocotón que su amante le acercaba a la boca. Empezó a salivar, cerró los ojos y se relamió los labios de anticipación.

—Muerde un poco —murmuró él.

Así lo hizo, hundiendo los dientes en la fruta, Un dulce estallido de sabor le llenó la boca, y gimió suavemente de placer antes de darle otro mordisco. El zumo se derramaba por las comisuras de los labios y alzó una mano para enjugárselo. Pero él se apresuró a sujetársela.

—No. Ya lo haré yo por ti... Cuando haya terminado.

Se estremeció ante la promesa de su mirada, y ante la manera que tuvo de aplastar el melocotón en su puño, reduciéndolo a pulpa. Sacó con el pulgar el hueso y lo lanzó al césped. Una lenta y perversa sonrisa se dibujó en sus labios.

Adivinando sus intenciones, intentó escabullirse. Él la agarró de la cintura y, jugueteón, la tumbó de espaldas en el césped. Sentado a horcajadas sobre ella, le inmovilizó los brazos a los costados con la fuerza de sus muslos.

El juego cesó de pronto: era eso exactamente lo que ella había querido. Le desabrochó lentamente los botones de la parte delantera del vestido y se lo abrió. Repitió la operación con el sujetador. Sus senos subían y bajaban bajo su oscura mirada, con sus puntas endurecidas. Se arqueó hacia él en sutil invitación.

Le embadurnó de zumo y pulpa los senos antes de inclinarse hacia ella para lamerla. Se los chupó con lentos y detenidos lametazos hasta que, finalmente, cerró la boca sobre un pezón y se lo succionó con fuerza.

Un brusco gemido brotó de su garganta mientras enterraba los dedos en su pelo, apretándolo contra su pecho y rodeándole la cintura con los piernas, presa de un arrebatador placer que le debilitaba los miembros...

—Cielos —respirando a Jadeos, como si le faltara el oxígeno, Kyle maldijo una vez más y lanzó el diario a la cama contigua de aquella en la que se hallaba tendido. Estaba dolorosamente excitado, seducido por aquella fantasía. Frustrado, se pasó las manos por la cara y cerró los ojos con fuerza, intentando ahuyentar las imágenes que lo asaltaban.

Fue inútil. Solamente podía ver a Jade tumbada en el césped, con los senos brillando al sol, empapados con aquel zumo, con el vestido enredado en los muslos. Y a sí mismo instalado entre aquellos muslos, enterrándose en ella...

Se pasó una mano por su abultado sexo, que presionaba contra la tela de los tejanos. Soltó un ronco gemido. Tuvo que desabrocharse el botón y bajarse la cremallera para aliviar la presión. Por desgracia, la única persona que podía aliviar aquel dolor, aquel ansia, era Jade.

Entrelazó las manos detrás de la cabeza y procuró pensar en cualquier otra cosa que no fuera sexo. Con la mirada clavada en las sombras del techo, dirigió sus pensamientos hacia otro tema: las complejas facetas de la personalidad de Jade Stevens.

Aquellas fantasías decían mucho sobre una mujer que manifestaba tanta desconfianza hacia los hombres. Cuanto más avanzaba en la lectura de su diario, más profundizaba Jade en su intimidad con su amante y menos reservada se mostraba en sus exploraciones. La primera fantasía había sido dulce y tierna: un despertar de su sensualidad. Una exploración de los límites a los que podía llegar. En el resto de las fantasías, Jade se servía de aquella confianza adquirida para satisfacer sus más secretos deseos.

Kyle había ido descubriendo todo tipo de fantasías, algunas lúdicas, otras más intensas, de un erotismo desenfrenado. Pero en ninguna de ellas Jade había llegado a hacer el amor con su amante. Su amante imaginado no era tan poderoso como parecía: era ella quien controlaba la relación. Y, por algún motivo, siempre— se las arreglaba para evitar el decisivo acto de intimidad con el hombre que había creado para su placer personal.

La forma que había tenido de reaccionar físicamente a él durante su baño nocturno, retrayéndose bruscamente en el último momento, le había llevado a pensar que su resistencia era más bien de tipo emocional. Sus fantasías tenían el sello de una mujer apasionada que ansiaba ser deseada, acariciada, pero que temía perder una parte fundamental de sí misma en el acto cumbre de toda intimidad sexual.

Se preguntó qué clase de canalla la habría amargado hasta el punto de provocarle aquella desconfianza hacia los hombres en general. Tenía toda la intención de averiguarlo. Y de poseerla.

Pero primero ella tenía que estar dispuesta, con su mente y sentimientos en sintonía con las demandas de su cuerpo. Deseaba mucho más que simple sexo, y no menos que una absoluta rendición. En cuerpo y alma.

Jade miró su reloj y esbozó una mueca mientras se dirigía a la entrada de La Oveja Negra. Llegaba con cuarenta minutos de retraso a su cita de las tres en punto con Kyle. Su anterior entrevista se había retrasado y para colmo se había visto atrapada en un atasco en la autopista costera del Pacífico. Había llamado por el móvil al local, dejándole un mensaje a Kyle con su mozo de barra, Bruce, para que lo avisara del retraso.

Había tenido un día frenético, y aunque estaba agotada, ardía de ganas de comenzar con su nuevo proyecto: transformar La Oveja Negra en un bar—restaurante que rivalizara con el Roxy's. Resultaba irónico pensar que el futuro de La Oveja Negra dependiera en buena medida de su capacidad profesional.

Abrió la pesada puerta de roble. La luz era muy tenue, y sus ojos tardaron unos

segundos en acostumbrarse a la penumbra. A juzgar por el nivel de ruido, el local se encontraba en su apogeo. En la pizarra colocada junto a la entrada se anunciaba la bebida especial de la noche: daiquiris de melocotón.

Se internó en el gran salón, examinando las condiciones del local y buscando a Kyle al mismo tiempo. Una vieja barra de caoba con apliques de bronce recorría todo un lateral. Detrás, un hombre de pelo oscuro, muy atractivo, servía las copas y las preparaba para que las camareras las recogieran. Butacones de vinilo rojo salpicaban el salón, con mesas y sillas de madera, todas ocupadas. El parquet del suelo estaba espolvoreado de serrín y en un extremo se veía una sala de juegos, donde los clientes jugaban a los dardos o al billar. La música procedía de una rocola especializada en country.

El lugar tenía cierto atractivo, un ambiente cálido y acogedor pese al mobiliario pasado de moda y su aspecto algo decadente. Su mirada de diseñadora le confirmaba que estaba cargado de posibilidades. Cuando el restaurante fuera inaugurado, La Oveja Negra podría convertirse en uno de los locales de moda de aquella zona de la costa.

Su clientela era sencilla y nada sofisticada. No se veía un solo traje de ejecutivo. La ropa predominante eran tejanos, cazadoras de cuero y botas de cowboy. Vestida como iba con su traje azul marino, de falda y chaqueta, y sus zapatos de tacón de aguja, se sentía tan fuera de lugar como una oveja en una guarida de lobos... que la miraban como si no hubieran comido en semanas.

Sobreponiéndose a su inquietud, e ignorando la escandalosa carcajada que resonó en una mesa cercana, se dirigió hacia la barra. Una de las camareras le lanzó una mirada llena de curiosidad cuando pasó a su lado con una bandeja de bebidas. El mozo de barra la miraba con expresión especulativa, pero su sonrisa era tan amable como invitadora.

—Disculpe ¿sabe usted dónde puedo encontrar a Kyle? —le preguntó, alzando la voz para hacerse oír por encima del barullo de voces.

—Tú debes de ser Jade —le tendió la mano después de secársela con un trapo—. Yo soy Bruce, hace un rato hablaste conmigo por teléfono. Tengo entendido que vas a lavarle la cara a La Oveja Negra.

Jade se sonrió.

—Pienso hacer todo lo que pueda, al menos.

—Kyle ha ido a la trastienda a por más melocotones. Cuando me sugirió que preparáramos daiquiris de melocotón como bebida de la noche, lo primero que pensé fue que se había vuelto loco. Pero, para mí sorpresa, están teniendo un auténtico éxito.

«Ahora ya sé por qué siempre hueles a melocotón. A melocotones maduros y jugosos. Por eso no puedo evitar preguntarme si tú sabes igual de dulce...». Se le encogió el estómago al evocar aquellas palabras, las mismas que le murmuró Kyle al oído unas pocas semanas atrás. Cuando se le ocurrió que tal vez había elegido aquel daiquiri en su honor, no pudo evitar una sorpresiva punzada de placer.

—Aquí está —le informó Bruce, señalando con la cabeza el otro lado del salón.

—Gracias —se dirigió hacia Kyle, intentando guardar el equilibrio con sus altos tacones y no resbalar con el serrín del suelo. Ésa sería, por cierto, una de las primeras cosas en desaparecer. Sobre todo teniendo en cuenta que escondía un precioso parquet que quedaría magnífico una vez restaurado y abrigado.

Kyle alzó la mirada de la licuadora llena de melocotones recién pelados que estaba utilizando en la zona de servicio de la barra.

—Bienvenida a La Oveja Negra —sonrió.

Devolviéndole la sonrisa, se sentó en el último taburete.

—Siento llegar tarde.

—Gracias por avisarnos. ¿Te apetece un daiquiri de melocotón? —tomó un cuchillo y empezó a cortar un melocotón en rodajas—. La bebida especial de esta noche es en tu honor.

—¿Qué te hace pensar que me gusta el sabor de los melocotones?

—¿No te gusta? —arqueando la ceja con gesto burlón, recogió un suculento pedazo de melocotón y le acarició el labio inferior con él.

En un gesto reflejo, Jade sacó la punta de la lengua para lamer el zumo antes de que resbalara por su barbilla.

—Muerde un poco —murmuró.

No era una petición sino un desafío, expresado con su descaro habitual, Lo único que tenía que hacer para romper aquel contacto era retirarse, pero el brillo retador que distinguió en sus ojos la disuadió de hacerlo. Algo parecía estimularla a olvidar sus reservas. El fresco aroma del melocotón llenaba sus sentidos, despertando por un instante un recuerdo, una antigua fantasía... que no consiguió identificar.

En aquel alejado extremo de la barra, a salvo de las miradas de los clientes, cedió finalmente a la tentación que se dibujaba en los ojos de Kyle. Cuando mordió el pedazo de fruta, casi gimió de placer cuando su delicioso sabor le estalló en la boca.

Saboreándolo con fruición, dejó que Kyle se lo introdujera en la boca poco a poco, observándola en todo momento con un brillo oscuro en la mirada. Después de enjuagarle con el pulgar los últimos restos de zumo, se lo llevó a los labios y se lo chupó.

—Mmmm.... Supongo que tenía razón, después de todo. Te gustan los melocotones.

—Sí —admitió ella, intentando recuperarse de lo que acababa de experimentar.

—Entonces te encantará mi daiquiri de esta noche —se volvió para recoger otro melocotón y llenar la licuadora.

Aspirando profundamente, Jade miró a su alrededor mientras Kyle preparaba la bebida. Bruce y las camareras llevaban lo que parecía ser el uniforme del bar: una camiseta negra con La Oveja Negra en letras blancas y tejanos del mismo color. Eso también habría que cambiarlo. Cruzando una pierna sobre la otra, volvió a concentrarse en Kyle. Parecía absolutamente cómodo en aquel ambiente, flirteando de cuando en cuando con las camareras mientras esperaban sus encargos y saludando a

los clientes por su nombre antes de que pasaran al salón. En cierto momento se disculpó para dirigirse al otro extremo de la barra y ayudar a Bruce, charlando con cada parroquiano como si fueran viejos amigos antes de volver para seguir preparando sus daiquiris. Empezaba a gustarle aquel ambiente de bar country simpático y acogedor.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en una barra?

—Desde los veintidós —añadió un poco de licor al zumo de melocotón—. Recién salido del servicio militar, me puse lógicamente a buscar trabajo. Empecé como ayudante de camarero en una marisquería de Venice Beach hasta que me surgiera algo mejor. En seis meses pasé a atender la barra, y me encantó, sobre todo por la oportunidad que me daba de conocer gente nueva. No era un objetivo profesional muy ambicioso, pero me permitió pagar mis gastos y conseguir un alojamiento.

—Pues a mí me parece que has tenido mucho éxito —comentó, señalando todo lo que la rodeaba—. No es fácil llegar a tener un negocio propio.

Una sonrisa asomaba a sus labios, pero al mismo tiempo Jade detectó en su mirada una amargura que no conseguía entender. Y un aire de soledad que la conmovió profundamente.

—Me ha costado mucho llegar hasta aquí —sonrió—, pero habría sido mucho mejor que me hubiera convertido en abogado, por ejemplo.

Se sonrió, intentando en vano imaginarse a Kyle de traje y corbata.

—Me cuesta imaginarte como un estirado abogado.

—Lástima que mi padre no piense lo mismo —tomó una copa y la puso sobre la servilleta de cóctel antes de apagar la licuadora—. Mi familia no aprueba precisamente la profesión que he escogido —después de servir la mezcla en la copa, le puso una pajita junto con una cuña de melocotón en el borde—. En realidad, creo que nunca han aprobado nada de lo que he hecho en la vida. Pero tengo que admitir que yo tampoco les puse las cosas fáciles. Según mi padre, yo no dejé de darles problemas desde el día en que, con tres años, me metí en su coche, solté el freno de mano y lo lancé cuesta abajo contra la casa de un vecino.

Jade se echó a reír, y aunque Kyle rió con ella, sospechaba que en el fondo ocultaba algo. El fondo oculto de un hombre que no era tan despreocupado como parecía. Con lo cual su poder de atracción aumentaba considerablemente...

—¿Te gusta?

—Delicioso —se relamió los labios y bebió otro trago—. Tengo que admitir que es lo mejor que he probado en mi vida.

—¿Seguro? —Kyle dio inmediatamente a sus palabras una connotación erótica—. Estoy seguro de que puedo superarlo...

—Prefiero limitarme a los cócteles.

Kyle sonrió, pero en seguida cambió de tema.

—¿Y bien? ¿Qué te parece el local?

—Creo que tiene el mismo potencial que una mina de oro. La zona de la barra es

un poco rústica, pero creo que podemos mejorarla... y atraer a un espectro más amplio de gente.

Pareció complacido por su rápida evaluación. Y entusiasmado ante la perspectiva de introducir nuevos cambios.

—Eso es exactamente lo que quiero. Vamos. Te enseñaré el resto del bar y el nuevo restaurante.

—De acuerdo —se bajó del taburete, con la copa en la mano.

Kyle le hizo pasar a la zona en obras, que estaba separada del local por un telón de plástico. Encendió la luz: el restaurante se encontraba en una primera fase de construcción. Lo recorrieron por entero, con Jade tomando nota mental de todo y Kyle contándole lo que quería para cada espacio. Cerca de una hora después, con la cabeza bullendo de ideas para las muestras de baldosas, las cortinas y el mobiliario, lo siguió a través de un pasillo hasta su oficina, donde tenía unos planos que deseaba enseñarle.

Jade contempló curiosa los escasos muebles de su oficina: un antiguo escritorio de madera, una estantería y archivador de cuatro cajones y un viejo sofá.

—¿Piensas redecorar también la oficina?

—Tal vez... ¿Qué pueden importar mil o dos mil dólares más cuando ya estoy en deuda con el banco para toda la vida?

—Lo amortizarás en un par de años buenos.

—Eso espero...

Sus miradas se encontraron, y el ambiente de la habitación empezó a cambiar gradualmente, llenándose de sensualidad.

—Bueno, creo que se me está haciendo tarde... Debería irme.

—Todavía no —murmuró, acercándose a ella.

No hasta que hubiera hecho realidad la fantasía que llevaba acariciando mentalmente durante toda la tarde. Le quitó la copa, que dejó sobre el escritorio, y apoyó luego las manos en la cintura de su falda. La oyó contener el aliento. Había esperado cierta resistencia física, verbal al menos, pero evidentemente no estaba rechazando la propia respuesta de su cuerpo a aquel contacto.

—Kyle... —pronunció con una voz ronca y condenadamente sexy. Como protesta, no era gran cosa.

—Relájate, Jade, y déjate llevar.

—Yo... No puedo. No deberíamos...

Un sutil miedo teñía su voz. Pero dado el conocimiento que tenía de sus más íntimas fantasías, Kyle estaba más que preparado para lidiar con su reticencia. Iría despacio. Le dejaría creer que era ella la quien tenía el control de la situación, aunque en realidad fuera precisamente al contrario.

—Sí que deberíamos —alzándola en vilo, la sentó en el borde del escritorio.

El movimiento hizo que se le levantara la falda, ya corta de por sí, de manera que Kyle acertó a distinguir sus ligeros de encaje. Reprimió un gemido. El corazón comenzó a martillarle en el pecho y su miembro se tensó dolorosamente.

Consciente de que aquel momento podía condicionar cualquier posibilidad que pudiera tener de asentar una relación con Jade, enterró los dedos en su cabello y le inclinó suavemente la cabeza hacia atrás, obligándola a que lo mirara a los ojos.

—Esta noche sólo he pensado en una cosa: besarte. Quiero saber si sabes tan bien como hueles, a melocotón. Creo que, si te dejas, será una gran experiencia.

Para su sorpresa y placer, cerró los ojos. Kyle pudo sentir su rendición, su deseo. Deslizó entonces la boca por su cuello, por su mandíbula, arrancándole un gemido, hasta que finalmente se detuvo a unos centímetros de sus labios.

No tuvo que esperar mucho tiempo para que ella misma, incapaz de resistirse, le echara los brazos al cuello y lo atrajera hacia sí. Sólo entonces le dio Kyle lo que tanto ansiaba: un beso apasionado, devorador, maravillosamente íntimo y tan dulce como néctar de melocotón.

Jade abrió aún más los labios bajo los suyos, franqueando el paso a su lengua. De repente, a ciegas, Kyle recogió el trozo de melocotón de su copa y le acarició el lóbulo de la oreja, para descender luego cuello abajo...

Consternada, interrumpió el beso para mirarlo fijamente.

—Quiero saborearte —sonrió. Antes de que pudiera protestar, bajó la cabeza y siguió el rastro de zumo con la lengua, lamiéndolo en progresivo descenso.

Con su mano libre, le desabrochó los botones de la chaqueta. Cuando terminó, se la deslizó por los hombros, dejándola con el sujetador de encaje, el más sexy que había visto en su vida. Luego, sin perder un segundo, le soltó el broche delantero y liberó sus senos, con los pezones endurecidos.

Aquella erótica visión, con Kyle medio desnuda sobre su escritorio, con la falda enredada entre los muslos, bastó para que le flaquearan las rodillas. Soltó un ronco gruñido, mezcla de admiración masculina y de una profunda y mucho más primaria necesidad que jamás ninguna mujer le había suscitado antes.

Vio que seguía con los ojos cerrados. Supuso que ésa sería la mejor manera que tenía de experimentar aquella fantasía tan personal, pero él quería que lo mirara, que supiera exactamente quién estaba satisfaciendo sus deseos más íntimos.

—Jade, abre los ojos —susurró—. Quiero que veas cómo responde tu cuerpo a mis caricias.

Entreabrió los párpados, y Kyle contuvo el aliento al distinguir un brillo de vulnerabilidad en su mirada. Decidido a sustituir su reticencia por un puro placer, deslizó el pedazo de melocotón por la curva de un seno y rodeó morosamente el pezón hasta dejarlo rígido y empapado del néctar. La sintió temblar y continuó la labor con su otro seno, dedicándole idéntica atención.

Un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza cuando vio la ardiente mirada que le lanzaba Kyle mientras untaba sus senos con el fragante zumo. El aroma la mareaba por momentos, y podía sentir cómo se iba calentando y humedeciendo cada vez más... escandalosamente excitada. Casi como si tuvieran voluntad propia, sus muslos se apretaban en torno a sus caderas, reteniéndolo contra su cuerpo.

Aquello era perverso. Decadente. Pero era incapaz de detenerse. Pensó una vez más en la fantasía que Kyle estaba haciendo realidad, y supo que quería sentir sus labios en ella. Aunque sólo fuera por una vez...

Deslizó tentativamente las manos por sus hombros y subió hasta su cuello. Hundió las manos en su pelo y atrajo su cabeza hacia su pecho. El primer contacto de su lengua fue como una descarga eléctrica, y de inmediato se sumergió en una marea de sensaciones. Sus labios y su lengua rezumaban tanta ternura como avidez en sus exploraciones. Le bañó literalmente la piel con infinito cuidado, lamiendo la sensible curva de sus senos, rodeando un pezón.., hasta que al fin, al fin, se apoderó con la boca de la endurecida punta.

Sintió que perdía el control, asustada por la celeridad con que se estaba rindiendo a sus caricias. Sólo necesito tirarle suavemente del cabello para alzarle la cabeza, tomando conciencia de lo entregado que estaba a sus necesidades, y no a las suyas propias. La contención que adivinaba en sus ojos resultaba admirable.

—Sabes tan dulce como hueles —observó con una sonrisa mientras deslizaba sus largos dedos hasta sus labios entreabiertos y le introducía uno en la boca.

Automáticamente, Jade se lo acarició con la punta de la lengua. Aquello le arrancó un gruñido y retiró el dedo.

—Lo haces muy bien —pronunció con voz ronca.

Se ruborizó visiblemente al escuchar aquella frase, que le sentó como un jarro de agua fría.

—Oh, Dios mío —gimió avergonzada, llevándose las manos a las mejillas—. No puedo creer que tú, que nosotros, que yo no puedo creer que una fantasía pueda ser mejorada por la realidad», añadió para sus adentros.

—Ya —rió entre dientes—. Hay que reconocer que es bastante increíble.

¿Qué había hecho? Sacudió la cabeza, consternada, y se apresuró a abrocharse el sostén con manos temblorosas.

—Definitivamente, ésta no ha sido una buena idea —se abotonó la chaqueta de cualquier manera antes de intentar bajarse del escritorio.

Kyle se hizo a un lado para permitirselo, pero a continuación la acorraló apoyando ambas manos sobre la mesa.

—Después de lo que acaba de suceder, no voy a permitir que te vayas así como así. Dame una buena razón por la que no te ha parecido una buena idea y me lo pensaré.

—Kyle... yo no quiero liarme con nadie... — pronunció, estremecida.

—Cariño —le dijo con tono paciente—, lo que acabamos de compartir demuestra que estás más liada de lo que piensas.

Jade frunció el ceño ante aquella manera tan brusca de destacar lo obvio.

—Con la vida que llevo, no tengo tiempo para relaciones afectivas.

—¿Entonces qué tal una aventura sin compromisos? —le propuso, aunque había algo en su mirada que desmentía aquellas palabras.

—A mí no me va el sexo sin compromisos —replicó, cuando en realidad no había

disfrutado de ningún tipo de relación sexual, sin compromisos o con ellos.. en tres años.

—A mí tampoco —le aseguró—. Existe una química entre nosotros, ambos la sentimos, así que... ¿por qué no seguirla a ver adónde nos lleva?

Porque tenía miedo de comprometerse sentimentalmente tanto, que pudiera olvidarse de todas las cosas que eran importantes para ella. Su identidad, su independencia, su capacidad de autocontrol.

Inesperadamente, Kyle inclinó la cabeza y le dio un tórrido y apasionado beso que ella se apresuró a devolverle con idéntico fervor. Cuando al fin se apartó, una sonrisa de satisfacción bailaba en sus labios.

—Quiero que seamos amantes, en el más amplio sentido de la palabra —afirmó.

O sea, que quieres sexo.

—Una aventura no es solamente sexo. Es una seducción de la mente, de los sentidos y, en último término, del cuerpo. Iremos despacio y tranquilamente, o todo lo contrario. Tú marcas el ritmo.

Se lo quedó mirando fijamente a los ojos, fascinada. Por primera vez en mucho tiempo, deseaba físicamente a un hombre, y no sólo despacio y tranquilamente, sino también acelerada y desenfrenadamente. Sin barreras ni restricciones. Sin precauciones. Una satisfacción mutua de necesidades y deseos. Lo que le estaba ofreciendo era sencillamente excitante. Y ella deseaba tener aquella aventura, y disfrutarla mientras durara la atracción. Sin complicaciones ni enredos emocionales. Eso sobre todo.

Se estremeció de anticipación. ¿No consistía precisamente en eso su independencia? ¿En la libertad de efectuar sus propias elecciones, de controlar cualquier situación a su gusto? ¿De dar únicamente tanto como ella misma quisiera y de alejarse luego cuando todo hubiera terminado, con sus sentimientos intactos?

Así era. Por primera vez en tres años, quería poner a prueba aquella sensación de poder. Y Kyle le estaba ofreciendo la oportunidad perfecta.

—De acuerdo. Viviremos esa aventura.

Capítulo 5

—Estás soñando despierta otra vez.

Jade se sobresaltó al escuchar la voz de Mariah y se volvió hacia la puerta de su despacho, desde donde su hermana la contemplaba con expresión divertida. La palabra «soñar despierta» no hacía justicia a la deliciosa fantasía que acababa de tejer su imaginación.

Se puso a remover unos papeles para disimular, fingiendo estar ocupada con algo, pero no conseguía recordar lo que había estado haciendo hasta que Kyle invadió sus pensamientos. Iba a tener que tomar alguna medida si no quería terminar completamente obsesionada con Kyle y con su propuesta de aventura...

—Yo, er..., sólo estaba pensando.

Vestida con un conjunto de una sola pieza, verde esmeralda con un cinturón dorado, Mariah entró en su despacho con una hoja de papel en la mano.

—Parece que estás pensando mucho últimamente. ¿En Kyle Stephens, por casualidad? —inquirió con una sonrisa felina.

¿Tan transparente era? Jade cambió de postura en su sillón, incómoda.

—¿Por qué lo dices?

—Por esto —le puso el papel en la mano.

Enfrentándose a lo inevitable, Jade lanzó una mirada indiferente al familiar nombre que figuraba en el contrato.

—Ah, eso.

—Sí, eso —repuso Mariah, algo exasperada—. ¿Por qué no me dijiste que teníamos a Kyle Stephens como cliente?

—Sabía que terminarías viendo una copia del contrato... —se encogió de hombros.

—Podrías haberme informado personalmente —le recordó su hermana, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Para qué? —Jade esbozó una sonrisa—. ¿Para que me sometieras a interrogatorio?

—Habría sido lo lógico, ¿no? La última vez que hablé contigo del tema, no querías saber nada de Kyle Stephens. De repente, varias semanas después, descubro un contrato por el que te comprometes a rediseñar su bar y a decorar su nuevo restaurante, y todo por una cantidad ciertamente importante para un negocio como el nuestro. Es normal que sienta una cierta curiosidad, ¿no te parece?

—Es sólo otro contrato más, Riah —ten cierta manera, su aventura también lo era: un contrato basado en una atracción y un deseo mutuos. Una vez que la pasión se apagase, cada uno seguiría su camino. Algo que, según sus cálculos, sucedería para cuando hubiera terminado de redecorarle el restaurante.

—Desde luego —murmuró Mariah, sentándose frente a ella—. Lo de La Oveja Negra es ciertamente un contrato. Pero yo quiero saber qué es lo que está pasando entre vosotros dos a nivel personal. Y espero de verdad que sea algo más que un

negocio.

Jade se recostó en su sillón, reflexionando sobre el comentario de su hermana. Dudaba que llegara a entender la decisión que había tomado sobre tener una aventura con Kyle. Su hermana creía firmemente en el compromiso, el amor y la santidad del matrimonio. Nunca aceptaría una caprichosa aventura dictada únicamente por el placer físico.

Experimentó de pronto una punzada de tristeza. Una vez, hacía mucho tiempo, ella también había creído en las relaciones con compromiso. Pero la dura lección que había recibido la había convertido en una cínica. «Maldito seas, Adam Beckman», pronunció para sus adentros, detestando que aquel episodio de su vida pudiera continuar condicionando de alguna manera su presente. Como por ejemplo su confianza actual en los hombres y en sus motivaciones. Por mucho que afirmara no desear ni necesitar a un hombre en su vida, aquella solitaria y vacía parte de su ser seguía ansiando encontrar a alguien especial. Alguien firme, fuerte y tierno a la vez, de confianza. Alguien que le diera libertad para hacer lo que quisiera, y que no le exigiera más de lo que ella fuera capaz de darle. Alguien que la aceptara como la mujer que era realmente.

Alguien como Kyle.

Sobresaltada por aquel pensamiento, lo desechó por insustancial e irrelevante, teniendo en cuenta que él mismo había confesado ser un soltero contumaz, de vocación.

—¿Y bien? —inquirió Mariah, interrumpiendo sus reflexiones.

—Bueno, nosotros sólo somos... —no le salía la palabra. ¿Qué eran? No eran amantes, al menos todavía. Y nunca serían una «pareja».

—¿Qué es lo que sois?

—Sólo amigos —respondió con tono indiferente. Eso, como mínimo, sí que lo eran.

—Oh —el ceño de decepción de Mariah dio paso a una maliciosa sonrisa. Levantándose, recogió el contrato de la mesa de Jade y le hizo un guiño—. Bueno, nunca se sabe adónde puede conducir una amistad.

Jade sacudió la cabeza ante el optimismo de su hermana. Mariah ya se disponía a marcharse cuando se oyó la voz de la recepcionista por el intercomunicador:

—Jade, Kyle Stephens ha venido a verte. No tiene cita previa, pero insiste de todas maneras —la exasperación de Pam era evidente—. ¿Qué hago?

«Típico de Kyle», pensó de inmediato. El pulso empezó a disparársele.

—Mándamelo al despacho.

—Desde luego no le falta confianza en sí mismo, ¿verdad? —comentó Mariah con tono divertido.

Jade se dijo que si Mariah hubiera sabido hasta qué punto eso era así... se habría caído de espaldas.

—Es un cliente, lo cual le da ciertos privilegios, como presentarse sin cita previa. La excusa parecía buena, aunque tenía que admitir que se moría de curiosidad por

el motivo de su visita. La noche anterior, cuando se marchó de La Oveja Negra, no le había comentado nada al respecto.

Esperó a que Mariah saliera del despacho, pero como no parecía tener intención de hacerlo, se vio obligada a recordárselo:

—Tienes la puerta a tu espalda, por si te has olvidado de dónde está la salida.

—Oh, sería de mala educación marcharme sin antes saludarlo —fingió una expresión horrorizada.

Jade se disponía a replicar algo cuando, justo en aquel momento, llamaron a la puerta y desvió la mirada hacia el hombre que esperaba en el umbral. Cuando sus ojos se encontraron, todo desapareció de golpe y un delicioso calor empezó a extenderse por todo su cuerpo.

—Buenas tardes, señoritas.

—Kyle —Mariah se acercó para estrecharle la mano—. Me alegro de volver a verte. Precisamente Jade me estaba contando que ahora eres cliente nuestro.

—Sí que lo soy. Tengo muchas ganas de trabajar con ella.

—Mmmm... —murmuró pensativa, con una maliciosa sonrisa—... Bueno, os dejaré para que habléis tranquilamente, de lo que tengáis que hablar —ya se volvía para marcharse cuando se detuvo en el umbral para mirar a Jade, con una mano apoyada en el marco—. ¡Oh, casi me olvidaba! —esbozó una sonrisa dulce... demasiado dulce para el gusto de su hermana—. Esta mañana he hablado con mamá y me dijo que quería preparar una barbacoa familiar para tu cumpleaños, el próximo fin de semana. Estoy segura de que no les importaría que llevaras a Kyle, teniendo en cuenta que es amigo tuyo...

Jade forzó una sonrisa, aunque sus dedos suspiraban por estrangularla.

—No creo que Kyle esté interesado...

—Me encantaría ir —la interrumpió al tiempo que regalaba a Mariah una irresistible sonrisa—. Muchas gracias por la invitación.

—Ha sido un placer.

Antes de que Jade pudiera objetar algo, Mariah escapó del despacho y cerró la puerta a su espalda. Maldijo en silencio a su hermana. Se suponía que su relación con Kyle no tenía que ser «normal» ni «conveniente». Prefería mantenerla oculta., Cuanto menos supiera su familia de él, mejor, porque estaba claro que no iba a ser una relación duradera.

—Mi hermana suele ser un poquito... insistente. De verdad que no tienes ninguna obligación de ir...

—De verdad que quiero ir —sonrió.

¿En serio había esperado que Kyle fuera a ceder tan fácilmente? Soltando un profundo suspiro, optó por ser sincera:

—Lo cierto es que... hace mucho tiempo que no llevo a casa a ningún amigo —no desde los tiempos de Adam, añadió para sus adentros.

—Me comportaré como un perfecto caballero —le aseguró.

—Mira, no quiero que mis padres se hagan una idea equivocada de lo nuestro, ni que se ilusionen pensando que es algo más de lo que es.

Kyle hundió las manos en los bolsillos de sus gastados tejanos.

—¿Y qué es?

—Bueno, una aventura —exasperada y ruborizada por su penetrante mirada, se refugió detrás de su escritorio, sin llegar a sentarse—. Mi padre te someterá a un interrogatorio en toda regla sobre nuestra relación y tus intenciones...

—Confía en mí, tigresa —murmuró—. Lidiaré con tu padre y con cualquier pregunta que pueda hacerme. Y no diré ni haré nada que pueda avergonzarte.

—Yo nunca dije que lo harías —el caso era que Kyle era tan imprevisible, y tener una aventura algo tan ajeno a ella, que no sabía qué esperar ni de él ni de su relación. O de lo que él esperaba de ella.

—Te propongo algo. Si para la semana que viene no has cambiado de opinión, respetaré tus deseos y no iré a casa de tus padres. La decisión será tuya.

—De acuerdo —no se había dado cuenta de lo tensa que se había puesto con aquella conversación hasta que empezó a relajarse. Le estaba dando el espacio y el tiempo que necesitaba, y le estaba agradecida por ello.

—¿Cuántos años cumples, por cierto?

Jade esbozó una mueca de disgusto.

—Eso no se pregunta.

El eco de su vibrante risa resonó en la oficina.

—No puede ser tan malo. Vamos, dispara.

—Está bien —suspiró, consciente de que tendría que acostumbrarse a la idea de que se estaba haciendo mayor, algo que por cierto no le gustaba lo más mínimo—. Voy a cumplir los treinta —se encogió por dentro cuando pronunció la cifra.

—Oh, vaya, así que ya vas a empezar la cuesta abajo... —se burló—. Me encargaré de conseguirte un bastón y medicina para la artritis.

Jade le hizo una mueca de burla, aunque por dentro no podía dejar de pensar en que antaño se había imaginado a sí misma llegando a aquella edad con un marido y una familia. A veces, cuando veía a Mariah con Grey y Kayla, y comprobaba lo felices que eran, experimentaba una punzada de envidia que le hacía preguntarse si no estaría destinada a envejecer en soledad.

—Bueno, ¿y qué te trae por aquí? —prefirió cambiar de tema—. Hasta mañana por la mañana no tenemos la cita para firmar el contrato.

—Mi visita no tiene nada que ver con el contrato —con un brillo de decisión en la mirada, rodeó el escritorio para acercarse a ella—. Tengo un problema muy grave. Y dado que tú tienes la culpa, pensé que deberías hacer algo al respecto.

Se detuvo muy cerca, pero sin tocarla. De repente Jade fue consciente de que estaban completamente solos... y de que seguía sin saber a lo que había ido. Aunque se lo podía imaginar. Un estremecimiento de anticipación le recorrió la espalda.

—¿De qué tengo yo la culpa? —inquirió sin aliento.

—De que no pueda dejar de pensar en ti. En tu aroma... —inclinó la cabeza, aspirando profundamente su perfume—. En tu cuerpo... —deslizó lentamente un dedo por la curva de su cadera—. Y en tu sabor. Sobre todo eso: tu sabor. Sabes a melocotón dulce y a...

Un gemido escapó de la garganta de Jade. Resistiendo el impulso de acercarse a su vez a él y absorber su calor, se esforzó por mantener la compostura. El trabajo era un buen antídoto para lo que estaba sintiendo.

—Er... Dado que ya estás aquí... bien podrías firmar el contrato.

—Ahora mismo —murmuró.

Le alzó suavemente la barbilla, obligándolo a que lo mirara. Y los labios de Jade se abrieron de inmediato para aceptar su beso, meticuloso y maravillosamente erótico.

Pero el único resquicio racional de su mente se preguntó hasta qué punto habría planeado aquel beso... si habría acudido a su despacho para seducirla y oficializar de algún modo su aventura. Por eso, cuando se vio atraída hacia él, con su dura erección presionando contra su vientre, experimentó una punzada de pánico. Por mucho que lo deseara, por mucho que disfrutara de sus besos y de sus caricias, todavía seguía sintiéndose insegura en su compañía, temerosa de alcanzar un nivel aún más alto de intimidad...

Como si hubiese percibido su retraimiento, Kyle interrumpió el beso y dio un paso atrás.

—Maldita sea... —sonrió, satisfecho—. Si hubiera sabido lo increíblemente bien que sabes... No habría esperado durante seis meses enteros para besarte.

Jade se esforzó por recuperarse, recurriendo a su descaro habitual.

—A mí también me sorprende que hayas esperado tanto, teniendo en cuenta lo impertinente que eres.

Un brillo de humor asomó a sus ojos azules.

—Cuando se trata de besar a alguien, siempre es mejor contar con la colaboración del otro. Y yo no quería exponerme a descubrir tu gancho de izquierdas... —alzó una mano para acariciarle una mejilla—. ¿Firmamos el contrato?

Recuperando del todo la compostura, Jade se volvió hacia su escritorio, sacó el documento de una carpeta y se lo entregó.

—Se trata de un presupuesto provisional, pero servirá para que empecemos la semana que viene. Lee bien todas las cláusulas y, si estás de acuerdo, firma en la línea de puntos.

Míster Impertinente se instaló en su sillón, apoyando indecorosamente los pies en su mesa, y se puso a leer tranquilamente el contrato. En aquella posición, Jade estaba completamente acorralada. Como habría sido impropio sentarse en la silla de los invitados, optó por apoyar una cadera en la esquina del escritorio. Cruzándose de piernas, esperó.

—¿Tienes un bolígrafo? —le preguntó él al cabo de un rato.

Recordando lo que había sucedido la última vez, replicó:

—Depende de dónde vayas a estampar la firma.

Kyle se echó a reír mientras deslizaba un dedo por el borde de su falda.

—¿Tienes alguna línea de puntos que desconozca? Me vale con algún lunar.

Sintió un cosquilleo en el muslo donde la había tocado. Y le apartó la mano antes de que se atreviera a algo más.

—Entonces estás a salvo —tomó el bolígrafo—. Por ahora —firmó con una enérgica rúbrica.

—Casual Elegance necesitará de la mitad de la cantidad presupuestada como depósito, para ir cubriendo gastos. Puedes enviarnos el dinero, o yo podría pasarme por el bar a recogerlo...

—He traído un cheque —sin levantarse del sillón, se sacó la cartera de un bolsillo de los tejanos y extrajo un papel doblado.

El cheque, procedente de una cuenta bancaria a nombre de La Oveja Negra, tenía un logo con el dibujo de una oveja solitaria y de color oscuro.

—¿Cómo se te ocurrió ponerle ese nombre al bar?

Kyle se recostó en su sillón, reflexionando.

—Es un larga historia —pronunció, sin darle importancia—. Tan larga como mi vida.

—¿Podrías hacerme una versión resumida?

Se notaba que estaba interesada. Kyle se planteó dar por cerrado el tema con un «se me ha acabado la inspiración». No estaba nada orgulloso de su pasado, pero... ¿cómo podía esperar que Jade se abriera a él cuando él se negaba a hacer lo mismo?

—Le puse ese nombre porque eso es lo que soy yo: la oveja negra de la familia Stephens. El hijo díscolo que decepcionó a todo el mundo.

—Es lo que tiene la adolescencia. Es una etapa que todos dejamos atrás.

Para Kyle, sin embargo, había sido mucho más que eso. Tenía la sensación de que durante toda su vida había sido incapaz de estar a la altura de las expectativas de sus padres, de que siempre lo habían comparado, para mal, con su hermano mayor. Por mucho que se hubiera esforzado por agradar a su padres, nunca había sido tan bueno como Nathan.

Y eso aunque Nathan había estado muy lejos de ser un santo: sólo había sido el hijo primogénito que muy pronto había aprendido a manipular a su padre. Y a protegerse, cuando había problemas, acusando a su hermano pequeño.

—Mi rebelión comenzó cuando tenía siete años y murió mi madre —explicó, recordando lo mucho que ella había intentado compensar el favoritismo que su padre siempre le demostró a su hermano... hasta que murió. A partir de entonces, ya nadie pudo mediar ni atenuar las fricciones continuas entre su padre, su hermano y él. Su madrastra no había tenido demasiada paciencia para su exceso de energía y, antes que lidiar con el problema, había preferido ignorarlo—. Y eso no terminó hasta que cumplí dieciocho años y mi padre me repudió. Me desheredó.

—¿Qué es lo que hiciste para que se enfadara tanto contigo? —le preguntó, asombrada.

—Era lo que se podía llamar... un delincuente juvenil habitual —admitió—. Si no llegué a pisar la cárcel, con el escándalo consiguiente para el apellido de mi familia, fue gracias al dinero de mi padre y a su influencia como abogado. Pero el escándalo estalló de todas formas el verano en que dejé embarazada a Jamie Ann, decidí no casarme con ella y me metí en los marines, todo lo cual tenía muy poco que ver con el futuro que había planeado mi padre para mí.

—¿Así que no te hablas con tu familia? — hizo la pregunta tentativamente, como si no pudiera creer que fuera cierto.

—Hace años que no me hablo con ellos. Mi hermano es un abogado de éxito, el orgullo de mi padre. Tengo una hermanastra, Verónica, que es el único familiar con quien mantengo contacto. Cuando les dije a mi padre y a mi hermano que había abierto un bar, mi padre me contestó que había caído aún más bajo que antes. No puede decirse que me apoyara demasiado.

Jade sacudió la cabeza, consternada.

—No sé, no me imagino lo que debe de ser estar privado del apoyo de tu familia. Mi padres siempre han estado a mi lado, y a mi hermana la tengo por mi mejor amiga. Lo compartimos todo. Bueno, casi todo —precisó, recordando aquello que había preferido no decirle.

—Tienes suerte. A mí nunca me ha pasado eso. Pero aquí, en California, soy feliz. Y aunque me ha costado, me he ganado a pulso todo lo que tengo sin necesidad ni del dinero ni de la influencia de mi padre.

Pero le había costado mucho tiempo llegar a reconciliarse con su pasado y con las decisiones que había tomado. Decisiones que habían entrañado no poder ser testigo, por ejemplo, del crecimiento de su hija. De su paso de niña a mujer.

De repente sonó el teléfono del escritorio. Jade se disculpó antes de atender la llamada. Kyle se recostó en el sillón, observándola mientras hablaba con un cliente. Era una mujer sexy, dulce y vulnerable, aunque se resistiera a admitirlo, pero también firme y fuerte. Era esa personalidad lo que lo había seducido, al igual que sus reveladoras fantasías. Una mujer a la que ansiaba poseer y marcar como suya...

Aquel pensamiento no pudo sorprenderlo más. Porque nunca se había tenido por un hombre posesivo con las mujeres.

—Perdona —se disculpó de nuevo Jade nada más colgar el teléfono.

—Tranquila. El trabajo es lo primero —se levantó—. De todas formas, tenía que irme. Dentro de una hora tengo una cita con el electricista en el restaurante.

Jade asintió. Al apartarse del escritorio, quedó a un palmo de distancia: demasiado cerca. Hundiendo las manos en los bolsillos de los tejanos para no abrazarla, Kyle se limitó a inclinar la cabeza. Ella automáticamente alzó la cara. De ahí la sorpresa de Jade cuando se limitó a depositar un tierno y casto beso en su mejilla.

Pudo percibir un brillo de confusión en sus ojos, y de decepción también. Sonrió.

Su pequeña tigresa había esperado algo más excitante, más apasionado.

—¿Nos veremos después?

—Claro —frunció el ceño—. Kyle, acerca de nuestra aventura...

—¿Sí?

—Cuando hoy viniste aquí... —sacudió la cabeza, mordiéndose el labio— yo no sabía muy bien... qué esperar de nuestra relación.

«Desde luego, no habías esperado que al final terminara contándote la historia de mi vida», pensó, arrepentido. Hasta que de pronto lo vio todo claro.

—¿Creías que pretendía demandarte algún tipo de favor sexual?

—Bueno, he de admitir que no estaba segura —se echó a reír. Pero su carcajada estaba llena de incertidumbres—. Lo cierto es que no tengo una gran experiencia en este tipo de cosas...

Algo cálido e inexplicable pareció expandirse por el corazón de Kyle.

—Si hoy me he pasado por tu oficina ha sido sencillamente porque deseaba verte, y no por ningún otro motivo —cedió al impulso y le acarició una mejilla con las yemas de los dedos—. Para serte sincero, no creo que estemos preparados para hacer el amor —lo que no significaba que no pudiera disfrutar de ciertas estimulaciones eróticas previas, tanto físicas como_ mentales, o hacer realidad alguna de sus otras fantasías—. Quiero llegar a conocerte, Jade. Y espero que nos convirtamos en tan buenos amigos como amantes.

Jade suspiró profundamente mientras sopesaba sus palabras, preguntándose si sería capaz de darle todo que esperaba de ella sin perder aquella vital parte de sí misma que había tardado tres años en tonificar y poner en forma.

—Tienes otra vez esa mirada en los ojos —murmuró él.

—¿Qué mirada?

—Pánico. Miedo.

No le gustaba ser tan transparente. No le gustaba que supiera interpretar tan bien sus sentimientos y emociones.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó Kyle con tono suave—. ¿Crees que voy a hacerte daño?

Jade tragó saliva. ¿Cómo podía conocerla tan bien sin conocerla en absoluto? Físicamente, sabía que nunca le haría el menor daño. Emocionalmente, sin embargo, temía que pudiera destruirla si se lo consentía. Lo que tenía que hacer era dominar sus emociones. Eso era fácil. ¿O no?

—Por supuesto que no —respondió al fin, dando por terminada la conversación y volviéndose hacia su escritorio—. Tengo un montón de trabajo pendiente y...

—No me digas más. Ya me voy —se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo antes de abrirla—. Para tu información, jamás te haría deliberadamente ningún daño. Tienes que permitirme confiar en mí, Jade.

Y se marchó, dejándola con la pregunta de si era en él en quien no confiaba., o en ella misma.

Kyle se metió bajo el chorro del agua caliente de la ducha en un intento por relajarse después de su larga jornada, diurna y nocturna, en La Oveja Negra. Los viernes se llenaba de gente, pero aquella noche habían rebasado su récord de clientes. Por lo que había averiguado de los nuevos clientes con quien había tenido oportunidad de hablar, rápidamente se había corrido la voz de la remodelación del bar y de la apertura del nuevo restaurante.

Como resultado de aquel inesperado éxito, Kyle había renunciado a pasar una agradable velada con Jade para ayudar a Bruce con las copas. Aquel día había planeado precisamente su primera salida juntos: una cena en un bonito restaurante con vistas al mar donde podrían conversar y disfrutar luego de un romántico paseo por la playa. Pero necesidades del trabajo habían trastocado aquellos planes.

Cuando la llamó la víspera para disculparse por cancelar la cita, Jade pareció mostrarse bastante comprensiva. Durante los dos últimos días posteriores a su sorpresiva aparición en su oficina, habían consolidado una cómoda relación de amistad: incluso le había dado su número de teléfono para que pudiera llamarla. Precisamente aquella mañana él se había pasado por su apartamento, sorprendiéndola con un café irlandés con pastelillos calientes para desayunar.

Habían pasado una hora entera charlando y riendo, y ella se había divertido tanto, que por poco se le pasó la hora de salir para la oficina. Kyle, a su vez se había visto agradablemente sorprendido cuando Jade se presentó en La Oveja Negra varias horas después, tras cancelar las entrevistas que tenía programadas para aquel día. Se había sentado en el último taburete de la barra a tomar una copa mientras él trabajaba, sin mostrarse en absoluto exigente con su tiempo, conformándose con la poca atención que había podido dedicarle entre tarea y tarea.

Mientras preparaba los cócteles, Kyle había decidido que, si lo que quería era pasar más tiempo con Jade, debería contratar a un nuevo camarero para la barra. O incluso dos. El negocio estaba marchando viento en popa, y sabía que tarde o temprano tendría que ampliar su exigua plantilla. En aquel instante, con las manos apoyadas en los azulejos de la pared, bajó la cabeza y dejó que el agua resbalara por su cuello, espalda abajo. Luego empezó a enjabonarse.

De alguna manera, aquella había sido su primera cita con Jade. Y había resultado ciertamente deliciosa, aunque frustrante debido a la imposibilidad que había tenido de dedicarle todo el tiempo que le habría gustado. Mientras él trabajaba, ella se había tomado el daiquiri de melocotón que le había preparado y varias veces había echado monedas en la rocola, pese a que en un primer momento había declarado no gustarle la música country. Cuando él le hizo un comentario burlón sobre sus frecuentes visitas a la máquina de música, Jade tuvo que reconocer tímidamente que ciertas canciones habían empezado a gustarle...

Se había sentido ciertamente aliviado cuando vio que rechazaba más de media

docena de peticiones para bailar: si alguien tenía que enseñarle el «dos pasos» tejano, sería él y nadie más. No por casualidad la quería toda para él solo. La había visto incluso tomar algunas notas sobre la decoración mientras visitaba la sala de juegos, notas que se había apresurado a comentarle en sus ratos libres. Lamentablemente apenas había tenido tiempo para escucharla, agobiado por una nueva oleada de clientes.

Las mujeres con las que había salido desde que abrió La Oveja Negra no habían entendido su compromiso constante, día y noche, con su negocio. La mayoría habían dado por sentado que, puesto que él era el dueño, el tiempo libre le sobraba. Ninguna se había dado cuenta de que la continua atención que dedicaba al establecimiento y a sus empleados constituía precisamente la clave de su éxito. Desde el principio, Jade había parecido entenderlo sin problemas. Sin exigirle nada ni recriminarle cancelaciones de compromiso de última hora, como la de su cita de aquel día.

Aquella noche, al detectar su cansancio, la había mandado a casa después de prometerle que mantendría su cita de la mañana en el bar para empezar con la redecoración. Su apoyo significaba mucho para él, reflexionó mientras salía de la ducha y empezaba a secarse. Su propia familia no aprobaba el trabajo que había escogido, ni nada de lo que había hecho con su vida. Y aunque había aprendido a que no le afectara lo que su familia pudiera pensar de su persona, el hecho de que Jade lo hubiera conocido como el hombre responsable y de confianza en que se había convertido... representaba muchísimo para él.

Aunque tal vez no lo fuera tanto, añadió para sus adentros cuando se acordó del diario. Intentó justificarse diciéndose que aquel diario había estado en venta y que cualquiera hubiera podido comprarlo. Simplemente había estado en el lugar y el momento adecuados. Pero, mal que le pesara, era incapaz de arrepentirse de haber leído las fantasías de Jade, o de haberlas hecho realidad. No cuando aquellas íntimas fantasías habían sido su única oportunidad de acercarse a ella lo suficiente como para romper sus defensas.

Aun así, todavía le quedaba mucho por descubrir. Entró en su dormitorio y se puso unos pantalones cortos. Aunque eran más de las dos de la madrugada, no estaba cansado, y aquel preciado libro de tapas burdeos no dejaba de tentarlo desde la mesilla. Incapaz de resistirse, lo abrió por la página donde había interrumpido su última lectura.

El jardín estaba oscuro, pero ella no tenía miedo. Estaba con su amante y se sentía segura y protegida. Lo siguió de la mano hasta lo más profundo de la noche, consciente de que pretendía seducirla. La densa y excitante fragancia de los rosales que flanqueaban el sendero llenaba sus pulmones.

Cuando llegaron al muro de piedra que cerraba el jardín, esperó que la atrajera hacia sí, que la abrazara, que la besara... Y vio que una sensual sonrisa asomaba a sus labios.

—Apoya las manos en el muro.

Con el corazón latiéndole salvajemente, apoyó las palmas en la fresca y lisa piedra. Tras una primera impresión de vulnerabilidad, sintió el calor y la fortaleza de su cuerpo apretándose contra el suyo, reconfortante y familiar a la vez. Tras murmurarle unas tranquilizadoras palabras al oído, empezó a desabrocharle la blusa de seda. Se sentía ansiosa y excitada.

Un gemido de impaciencia y frustración le subió por la garganta, obligándole a rasgarle la blusa. Se llenó las manos de sus senos antes de deslizarlas hacia su vientre, hasta hundirlas por fin bajo la falda.

Le acarició la cara interna de sus muslos, separándoselos suavemente. Podía sentir su ardiente respiración en el cuello, la dureza de su cuerpo excitado contra su trasero. Sus dedos se abrieron paso bajo el elástico de la braga, buscando su sexo, acariciándolo, hundiéndose cada vez más profundamente en su interior...

Hasta que se perdió en un exquisito clímax que pareció no tener fin; sólo mareas y mareas de placer que se prolongaron hasta el infinito...

Capítulo 6

—¿Qué te parece este tono para los asientos? Es el mismo verde oscuro de las ventanas que elegiste. Encajaría perfectamente, ¿no te parece?

Kyle oyó las palabras de Jade cómo si vinieran de muy lejos, porque en algún momento de la última media hora su mente había volado a la fantasía que había estado leyendo la noche anterior... y a las posibilidades que pudiera tener de realizarla.

La miró mientras seguía hablando de las ventajas de aquel verde oscuro. Estaban sentados en una apartada mesa de La Oveja Negra, rodeados de muestras de tejidos, libros de diseños y catálogos de toda clase de accesorios. Realmente Jade conocía su trabajo y tenía un talento especial para el diseño. Había seguido al pie de la letra la mayor parte de sus recomendaciones.

Dado que era sábado, y hacía calor, llevaba una fresca camisola de seda amarilla, con botones al frente, y minifalda vaquera. Calzaba sandalias sin tacón, con cintas doradas. Parecía tan fresca y natural como el aroma a melocotón que llevaba impregnado en la piel.

—¿Y bien? ¿Qué me dices del color? —inquirió, expectante.

Se habría quedado asombrada si hubiera sabido lo que estaba pensando. Imaginándose sus suaves senos bajo sus dedos, el calor de sus muslos bajo sus yemas...

—¿Kyle?

Parpadeó varias veces.

Oh, sí, estupendo —se esforzó por volver a la realidad.

—No estás prestando atención —frunció el ceño—. ¿Te encuentras bien? Parece como si no estuvieras aquí.

—Perdona, es que ayer cerramos muy tarde y aún estoy padeciendo los efectos —se dijo que eso, al menos, sí que era cierto.

Jade le dio unas palmaditas en la mano, simulando una expresión compasiva.

—Pobrecito.

—No te imaginas cuánto —masculló casi para sus adentros.

—¿Perdón?

—Nada. Er... ¿qué me estabas diciendo?

—Que quizás necesitemos un descanso —sonriendo, cerró su cuaderno de notas—. Llevamos tres horas reunidos y ya hemos trabajado bastante. Lo principal ya está. Los detalles se irán resolviendo sobre la marcha.

¿Y si comemos? —le propuso Kyle, reacio a dejarla marchar. Desde que la visitó en la oficina, no habían tenido tiempo para otra cosa que no fuera trabajar—. No puedo consentir que te vayas sin haber comido antes. Cerca de aquí hay una tienda muy buena. Podemos pedir por teléfono unos sándwiches y comérmolos aquí.

De repente a Jade le sonó oportunamente el estómago, y los dos se echaron a reír.

—Un sándwich de pavo estaría bien. Con mostaza.

—¡Marchando un sándwich pavo con mostaza! —Kyle se levantó de la mesa y se dirigió a la barra para telefonar a la tienda. Al encargo añadió una bolsa de patatas fritas y, de postre, macedonia de frutas.

Mientras esperaban a que llegara la comida, la ayudó a recoger los catálogos y los libros para guardarlos en el maletero de su pequeño utilitario. Por fin llegaron sus sándwiches y Kyle lo preparó todo. Comieron en la barra, sentados en los taburetes.

—¿Sabes? Creo que esas nuevas lámparas de cristal que has encargado para las mesas de billar quedarán maravillosamente bien —parecía muy satisfecha, ya que se las había sugerido ella. Después de lamerse una mancha de mostaza del pulgar, miró a su alrededor—. Conozco a un equipo de profesionales que podrían encargarse de rematar los suelos y la barra. Lo primero que haré el lunes será llamarlos. Vendrán por las mañanas, así que no te molestarán.

—Fantástico —aprobó Kyle.

Ah, se me olvidaba... Quería hablarte también de la forma de vestir de tus empleados.

Aquello sí que lo sorprendió.

—¿Sí?

—Bueno, teniendo en cuenta todos los cambios que vas a realizar y la imagen de mayor elegancia que quieres dar al bar y al restaurante, creo que tus empleados deberían reflejar esa misma imagen en su uniforme.

La palabra «uniforme» le daba escalofríos.

—No sé. Los uniformes me recuerdan al ejército, y ya sufrí bastante con los marines. No me gustaría volver a pasar por lo mismo. O, para el caso, hacérselo pasar a mis empleados.

Jade puso los ojos en blanco.

—No tienes por qué ponerte nada sofisticado ni incómodo. Pero dado que vas a renovar el restaurante, no podéis ir vestidos con una simple camiseta negra y tejanos.

—¿Qué es lo que sugieres?

—Bueno... Había pensado en pantalones negros y camisa blanca de lino tanto para hombres como para mujeres, con una corbata verde con el nombre de La Oveja Negra impreso.

—Me gusta. Es sencillo, práctico y a la vez elegante.

Su reacción no pudo menos que sorprenderla.

—Exacto —sonrió antes de llevarse una cucharada de macedonia a la boca—. Y tú incluso podrías...

Pero Kyle la interrumpió poniéndole un dedo sobre los labios.

—¿Sabes? Creo que ya hemos hablado bastante de trabajo por hoy.

—Bueno, yo sólo quería aprovechar el tiempo que tenemos de estar juntos y...

—Se me ocurren cien maneras mejores de aprovechar ese tiempo —sonrió lentamente y colocó su taburete para quedar frente a ella. Tras acariciarle la mejilla, la tomó suavemente de la nuca—. Las mismas de mantener esa preciosa boca tuya

ocupada...

Mientras se inclinaba para besarla, vio que entreabría los labios, dispuesta. La facilidad que tenía de rendirse lo excitaba, le hacía hervir la sangre de deseo. Sabía que quizá aún no estuviera preparada para admitirlo, pero estaba empezando a confiar en él.

Le acarició tentativamente los labios con los suyos, con la caricia de una promesa. Pero, justo en aquel instante, sonó el teléfono. Jade dio un respingo, sobresaltada.

Mascullando una maldición, Kyle se apartó lo suficiente para mirarla a los ojos, sin soltarla.

—Por mucho que me gustara dejar de atender el teléfono para besarte... me temo que puede ser importante —no recibía muchas llamadas los sábados, pero teniendo en cuenta que tenía el permiso de obra pendiente, era posible que se trata de algún inspector intentando localizarlo.

—Sí, contesta —repuso Jade, humedeciéndose el labio con la punta de la lengua.

Aquel gesto no hizo sino excitarlo aún más. Inclínándose hacia ella, se lo mordisqueó delicadamente. Jade lo imitó a su vez. El teléfono seguía sonando con insistencia.

—Maldita sea —gruñó de nuevo mientras se obligaba a retirar la mano de su pelo para bajarse del taburete—. Espérame un momento, tigresa. Luego seguimos.

Jade se echó a reír, sin dudar en ningún momento de su promesa. Como parecía que la conversación por teléfono iba a ser larga, se dedicó a recoger los restos de comida. Cada vez se sentía más cómoda con Kyle. Estaba demostrando ser un gran amigo. Todavía albergaba ciertas reservas sobre su relación, pero aquellas dudas tenían menos que ver con él que con sus propias inseguridades.

Cuando terminó de limpiar la barra y tiró la basura, se puso a pasear por el salón y la sala de juegos. Probó con los dardos y falló todos los tiros. Esbozando una mueca por su mala puntería, se volvió hacia las mesas de billar.

Nunca había jugado del billar. Viendo que seguía ensimismado en la conversación, escogió un taco y sacó las bolas del compartimento para colocarlas. Sabía al menos que, con la bola blanca, debía intentar colar las de color en los agujeros. Inclínándose sobre la mesa, alineó el taco con la blanca y se echó hacia atrás para tomar impulso. El tiro fue tan desafortunado que la bola rebotó varias veces en la mesa sin tocar ninguna.

Fue entonces cuando oyó una carcajada a su espalda, cálida y vibrante. Al volverse, vio a Kyle apoyado en la mesa vecina, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Parece que necesitas unas cuantas lecciones —sonrió con un brillo burlón en los ojos—. Permíteme.

La hizo volverse de nuevo hacia la mesa, colocándose detrás. Parecía envolverla con su cuerpo. Jade sintió que el pulso se le disparaba y comprendió que estaba en serios problemas.,, como cuando durante la noche en la piscina, a la luz de la luna. O la

noche de los melocotones, en su bar...

Kyle le colocó las manos sobre el taco, de la manera correcta.

—Así. Ahora coloca la punta del taco a unos cinco centímetros de la bola blanca.

Se inclinó tal y como él le decía. Estaba demasiado cerca: con el trasero, le rozaba la bragueta de los tejanos. Tragó saliva y procuró concentrarse en la maldita bola blanca, decidida a ignorar el deseo que se enroscaba en su interior.

—Tienes que cambiar de postura —le dijo en un ronco y sensual murmullo—. No dobles tanto la espalda —colocándole una mano en la nuca, la deslizó lentamente todo a lo largo de su espalda, hasta la cintura.

Un gemido estuvo a punto de escapar de su garganta. Cada vez le costaba más concentrarse en el juego. Para colmo, sintió de pronto sus manos en sus caderas. La postura que le había obligado a adoptar era tan sugerente, que apenas podía respirar, y mucho menos pensar con coherencia.

—Ahora relájate, apunta y tira.

Su tiro erró completamente el blanco. La punta del taco arañó el tapete hasta casi rasgarlo, Soltando un suspiro de frustración, soltó el taco y se irguió... en el mismo instante en que los brazos de Kyle se cerraban sobre su cintura.

—Creo que el billar no es para mí —pronunció, lacónica.

Kyle no la soltó. En lugar de ello, le acarició el lóbulo de una oreja con los labios y murmuró:

—Pues entonces juguemos a otro juego. Uno que los dos podamos aprender a la vez.

Dominando un estremecimiento, Jade cerró los ojos. Pero la imagen del juego que acababa de proponerle era tan vívida, tan excitante, que no tuvo más remedio que volver a abrirlos. Lo maldijo en silencio: había explotado aquella situación en su beneficio, para seducirla. Y su cuerpo estaba cediendo por momentos, incapaz de resistirse.

—Kyle, no creo que sea una buena idea...

—¿Por qué no?

—Últimamente, siempre que llegamos a intimar algo... me vienes con esa excusa —su tono era lánguido, tranquilo, desmentido por la tensión que irradiaba su cuerpo—. ¿De qué tienes miedo, Jade?

La respuesta a aquella pregunta era demasiado evidente. El hecho de que no lo estuviera mirando a los ojos facilitó de algún modo su respuesta:

—De enamorarme de ti.

—¿Tan malo sería eso? —parecía sinceramente sorprendido.

—Sí —susurró, decidida.

Se quedó callado por un momento, sin dejar de abrazarla. Estaba tan quieto, que Jade podía sentir su pulso contra su espalda. Quizá había descubierto finalmente aquello con lo que se estaba enfrentando: la dolorosa experiencia anterior que la había incapacitado para volver a entregar su corazón a un hombre, él incluido. Porque el cielo

sabía que, cada vez que él intentaba acercársele, ella hacía todo lo posible por no ceder...

Esperó que la soltara de una vez, pero no lo hizo. Al menos esperaba que se sintiera contrariado, porque... ¿qué tipo de hombre podía soportar una respuesta tan perjudicial para su ego?

—La confianza no es tu fuerte, ¿verdad? —le dijo con voz suave, acariciadora.

—La gente se aprovecha de la confianza — le espetó, sintiéndose emocionalmente a la defensiva y físicamente atrapada.

—Hay gente que sí —asintió Kyle mientras le acariciaba con los pulgares el dorso de los brazos—. Y tú crees que yo pertenezco a esa clase.

Detestaba que le dijera eso. Hacía ya medio año que lo conocía, y ni una sola vez le había dado indicio alguno de que pretendiera aprovecharse de ella, controlarla o robarle de algún modo su autoconfianza, su autoestima. Todo lo contrario. Aquellas últimas semanas que había pasado con él la habían vuelto más atrevida, más descarada, más segura.

—No lo sé.

—Pues yo no soy así —le aseguró—. Nunca te haría deliberadamente ningún daño, Jade. Tendrás que confiar en mi palabra. ¿Podrás hacerlo?

«¡No!» le gritó una voz interior. El último hombre en quien había sido tan ingenua como para confiar se había aprovechado de ella, sirviéndose de su confianza para manipular sus sentimientos y destruirla casi en el proceso. No podía, no debía permitirse cometer el mismo error con Kyle. Su supervivencia y bienestar emocional dependían de ello.

—Quiero tocarte —le confesó con su voz profunda, hipnótica—. ¿Me dejarás?

—Kyle, creo que estamos yendo demasiado rápido...

—No haremos nada que tú no quieras —parecía conocer y entender sus temores—. Iremos tan lejos donde tú quieras llegar. Sólo tendrás que decirme que me detenga, en cualquier momento, y me detendré.

Jade se mordió el labio, indecisa. Lo deseaba. Al mismo tiempo tenía miedo, pero sabía también que se arrepentiría toda la vida si dejaba pasar aquel momento y desaprovechaba la oportunidad que se le presentaba.

—De acuerdo —susurró con voz temblorosa.

Soltándola, barrió con un brazo las bolas y las mandó al otro lado. La mayor parte cayeron en los agujeros.

—Apoya las manos en la mesa.

Vaciló, sobrecogida por la sensación de familiaridad que le suscitó aquella petición, como si le recordara algo. Recordaba una demanda familiar, asociada a un muro de piedra y a un jardín de rosas. Pero mientras su cuerpo se debatía entre la realidad y una fantasía que tiempo atrás había pasado al papel, su cuerpo hervía de anticipación.

Antes de que pudiera cambiar de idea, se inclinó hacia delante y apoyó las manos,

bien abiertas, sobre la suave superficie del tapete. Pero cuando Kyle le aprisionó los muslos con los suyos, presionando su pelvis contra su trasero, se sintió perdida. Giró la cabeza, buscando su mirada:

—¿Kyle?

Se inclinó sobre ella, envolviéndola en su cuerpo. Sus manos cubrieron las suyas sobre el tapete mientras deslizaba los labios por su mejilla.

—¿Vas a pedirme que me detenga tan pronto?

La fantasía era tan real, lo era tanto el hombre que tenía detrás de ella, que no quería que se le escapara. Cerrando los ojos, sacudió la cabeza.

—No, no te detengas...

Volvió a deslizar las anchas palmas de las manos por sus brazos, rozándole las axilas. Su contacto era inocente y ligero, hasta que sus dedos empezaron a desabrocharle los botones de la camisola de seda, impacientes. La urgencia crecía, tanto en él como en ella, hasta el punto de que Jade podía sentir su duro miembro presionando contra su trasero. Era demasiado. Casi esperaba que fuera a rasgarle la maldita prenda de una vez. Casi lo deseaba...

Pero no lo hizo. Una vez que la camisola quedó abierta, le soltó el sujetador y los senos quedaron libres. Se le endurecieron los pezones y cerró los puños contra el tapete, ansiando que la tocara, que la acariciara.

—Tócame... —lo urgió. Apenas podía creer que hubiera pronunciado aquello en voz alta. Pero lo había hecho, y no se arrepentía. Sobre todo cuando Kyle le dio satisfacción para acunarle los senos en sus anchas manos, rozándole las puntas con los dedos.

La espiral de deseo que se enroscaba en su interior se elevaba por momentos. Como si supiera exactamente lo que quería, lo que necesitaba, Kyle deslizó las manos por sus costados, su cintura, su falda, sus muslos desnudos. Luego, haciendo el camino opuesto, le subió la falda hasta descubrir la braga de color melocotón, única barrera, junto con sus tejanos, que se interponía entre sus cuerpos.

Adelantando un pie, la obligó a separar las piernas. Sus manos volvieron entonces a sus muslos, delineando intrincados dibujos con sus dedos y subiendo cada vez más por su cara interior. Le murmuraba al oído durante todo el tiempo palabras cariñosas, estimulantes, diciéndole lo hermosa que era y cuánto la deseaba...

Jade se derretía con cada caricia de sus manos y de sus labios. Distraídamente se preguntó por qué era tan absolutamente incapaz de resistírsele. Kyle tenía una manera especial de debilitar sus defensas y despertar sus más íntimos anhelos, haciéndola desear todo aquello que se había negado durante tanto tiempo. Se estaba convirtiendo en el perfecto amante de sus fantasías.

Delineó con los pulgares la íntima zona donde se juntaban sus muslos, mientras su boca seguía sembrando su cuello de besos ardientes. Se sentía viva, impaciente y tan excitada que procuraba impudicamente apretar el trasero contra su pelvis. A modo de respuesta, Kyle deslizó una mano por su vientre y empezó a mover las caderas hacia

delante en un erótico, apresurado ritmo, antes de hundir delicadamente los dientes en la curva de su cuello y de su hombro.

Jade arqueó entonces todo el cuerpo, conteniendo el aliento por las eléctricas sensaciones que asaltaban sus terminaciones nerviosas. Intentó volverse, pero él no se lo permitió. Sin darle oportunidad de reponerse de aquel sensual asalto, Kyle la aferró de la cintura y hundió la otra mano bajo el elástico de la braga. Tras rozar el húmedo vello, sus dedos alcanzaron su sexo ardiente.

Jade gimió y empezó a temblar. Estaba enloqueciendo por segundos.

—Por favor... —la palabra escapó de su boca antes de que pudiera evitarlo.

La atrajo con mayor fuerza hacia sí, mordisqueándole la mandíbula, el cuello, el hombro...

—Oh, Dios mío, Jade... —gruñó a su oído—. Estás tan caliente, tan suave... tan mojada.

Sus descaradamente eróticas palabras, la maestría de sus dedos frotando y acariciando con persuasión, antes de hundirse íntima y profundamente en su cuerpo, la desgarraron por dentro. Incapaz de soportarlo, soltó un grito y empezó a convulsionarse de placer.

Todavía temblaba cuando terminó el orgasmo: su intensidad la había dejado estupefacta. Recuperó el aliento acunada en sus brazos, arrullada por sus tiernas palabras. Esperó a que se le tranquilizara el pulso, esperando que Kyle llevara aquellos juegos amorios a su lógica conclusión. Y aunque sabía que aún no estaba del todo preparada para compartir aquel último acto de intimidad, sabía también que tampoco lo detendría si lo intentaba.

Pero, una vez más, Kyle pareció percibir sus dudas. Con extremada delicadeza se concentró en bajarle la falda y abrocharle el sujetador y la camisola. Jade se dejó vestir de nuevo, impresionada por su contención. Había tenido la oportunidad perfecta para aprovecharse de aquel momento. Pero el hecho de que hubiera refrenado su deseo de aquella manera constituía la prueba evidente de que podía confiar en él.

—Er... Esto no ha sido muy recíproco que digamos... —balbuceó avergonzada.

—No me quejo, tigresa. Yo he disfrutado mucho, y tú también —le acarició el labio inferior con el pulgar. Adoraba aquella boca, su tersa textura, su dulce calor, la sedosa calidez que albergaba—. Eres una mujer increíblemente sensual.

—¿Pero y tú?

—Yo soy un tipo paciente —sonrió, aunque no podía ignorar que seguía rígido como una roca—. Por mucho que te desee, no quiero que nuestra primera vez sea así. Cuando hagamos el amor, será en un lugar y en un momento especiales. Tan especiales como tú misma.

—Será mejor que tengas cuidado, porque podría enamorarme de ti.

Kyle sabía que lo decía en broma, pero se sorprendió al descubrir lo mucho que le había gustado escuchar aquella frase. Y las ganas que tenía de que la hubiera dicho de verdad.

—Puedes estar tranquila, tigresa.

Era incapaz de concentrarse, y la culpa la tenía Kyle. Consciente de que no tenía sentido continuar con su tarea, cerró el libro de facturas y guardó en el maletín la carpeta que tenía que estudiar. Ya lo haría al día siguiente. Se había llevado el trabajo a casa y no había podido hacer nada.

Desde su encuentro con Kyle cuatro días atrás en La Oveja Negra, no había dejado de pensar en él, así como en los tres ocasiones en que había conseguido seducirla. Y lo curioso era que, cada vez que lo había hecho, aquellos encuentros le habían recordado inevitablemente las antiguas fantasías sexuales que años atrás había pasado al papel.

Estaba segura de que su cerebro le estaba jugando una mala pasada. Después de haber pasado tres años sola compartiendo intimidades con un amante imaginado, su subconsciente estaba empezando a tomar aquellas fantasías por realidades. Era la única explicación que tenía sentido.

¿Pero entonces por qué, cuando cerraba los ojos y pensaba en el amante de fantasía que había creado para su uso particular, ya no veía su rostro sino el de Kyle? Era como si ambos se hubieran confundido en un mismo ser. Además, estaba empezando a confiar en él.

Despejó el escritorio de carpetas y libros, apagó la lámpara y abandonó el despacho. Decidida a encontrar su antiguo diario, se dirigió a su dormitorio. Quería comprobar la similitud de sus fantasías de aquellos años con los tres episodios de seducción que había vivido con Kyle.

Había transcurrido cerca de un año desde que empezó su diario de tapas azul zafiro, y no podía recordar dónde había guardado el otro, el de color burdeos. Revisó todos los lugares de costumbre: los cajones de la mesilla, de la cómoda, los armarios. Nada.

Continuó luego la búsqueda en su despacho, e incluso en el salón. No aparecía por ninguna parte. Era como si se hubiese evaporado.

Capítulo 7

A bordo de su deportivo rojo, Jade entró en el sendero circular de entrada de la casa de sus padres y aparcó detrás del todoterreno de Grey y Mariah. Apagó el motor, pero no hizo ningún amago de bajar. Se quedó mirando el gran edificio en el que se había criado, donde su hermana y ella habían compartido tantos sueños y esperanzas para el futuro.

Al menos los sueños de su hermana de fundar una familia se habían cumplido. Porque los suyos se habían hecho añicos tres años atrás. Se estremeció al pensar en dónde estaría en aquel momento de no haber roto con Adam. Y si no hubiera tenido el apoyo de su familia, que la había ayudado en el periodo más devastador de su vida.

—¿Estás segura de que quieres que te acompañe?

Jade volvió a la realidad y miró al hombre que se hallaba a su lado, prácticamente encajonado en el exiguo espacio del deportivo. Finalmente había decidido que no tenía nada de malo presentarse con un amigo en la barbacoa de su cumpleaños. Además, ella quería que Kyle estuviera allí. Si sus padres se llevaban una idea equivocada de su relación, sería su problema, no el suyo.

Sacó la llave del encendido, sonriendo.

—¿Cómo esperas que esté segura de algo? Hoy cumpla treinta años.

Kyle alzó una mano para acariciarle el cabello.

—Pues, aunque sólo sea para animarte, te diré que lo cierto es que no aparentas más de veintiuno.

—Eres un mentiroso encantador —soltó una carcajada—, pero sí, has conseguido animarme. Espero que sigas a mi lado cuando cumpla los cuarenta.

Kyle arqueó las cejas.

—¿Piensas acaso que planeo irme a alguna parte?

Su pregunta no requería respuesta, porque Jade sabía lo que había querido decir. Pero por mucho que le atrajera la perspectiva de que Kyle pudiera formar parte permanente de su vida, no se hacía ilusiones. En el mejor de los casos, para él significaría que, una vez terminada su aventura, seguirían siendo buenos amigos, con vidas perfectamente separadas. Nada de compromisos, ni de lazos, ni de obligaciones.

Sintió una extraña opresión en el pecho. Lo que había empezado como una simple aventura había empezado a convertirse en algo mucho más profundo. Todavía no se habían acostado y ya se estaba enamorando de él...

—Jade!

Mariah bajaba en aquel momento los escalones del portal, luciendo un vestido estampado de flores y saludándola con la mano. La pequeña Kayla, encaramada sobre su cadera, imitaba su saludo. Grey la seguía a distancia, y detrás estaban sus padres, deseosos sin duda de conocer a su invitado.

—Parece que se acercan las tropas —Jade recogió su bolso y respiró profundamente—. Me temo que mi familia está empeñada en frustrar mis intenciones

de olvidarme de este día.

Kyle soltó una carcajada.

—Y yo haré todo lo que pueda para que esta transición de los veinte a los treinta te resulte lo menos dolorosa posible.

Jade le lanzó una sonrisa cargada de agradecimiento mientras bajaban del deportivo y se dirigían hacia la casa. Había transcurrido una semana entera desde su último episodio de seducción en La Oveja Negra, y apenas habían tenido tiempo de estar solos debido a sus respectivas y apretadas agendas de trabajo: ella durante el día, él durante las noches.

Lo cual no había impedido que Kyle aprovechara todos y cada uno de los momentos en que habían podido estar juntos, por muy breves que fueran. Como cuando habían coincidido en el portal del complejo, ella volviendo del trabajo y él de camino hacia el bar, o en las fugaces visitas que había hecho a su oficina durante la hora de la comida. En cada uno de aquellos momentos, había sido capaz de enloquecerla de deseo con sus besos y caricias, que siempre acababan sabiéndola a poco. Y sus llamadas de teléfono también tenían un matiz más que provocativo. En suma, aquella creciente expectación la estaba desquiciando...

—Feliz cumpleaños, hermanita —la abrazó Mariah.

Grey fue el siguiente. Cuando se retiró, una falsa expresión de asombro apareció en sus ojos castaños.

—¡Oh, Dios mío! ¡Esas patas de gallo que tienes! ¡El tiempo no pasa en balde!

—Será mejor que cuides tus palabras, Nichols. No soy tan mayor como para no arrugarte a ti la cara aún más de lo que ya la tienes...

—Y yo que creía que te habías ablandado con la edad —antes de que su cuñada pudiera responder algo, tendió la mano a Kyle y procedió a presentarse—: Soy Grey, el marido de Mariah.

—Kyle Stephens —se la estrechó—. Es un placer conocerte.

Grey miró de nuevo a Jade con una maliciosa sonrisa en los labios.

—Quizá a ti se te dé mejor ablandarla...

—Oh, no estoy tan seguro —la miró a los ojos, haciéndole un guiño—. Además, da la casualidad de que me gusta tal cual es.

Grey sacudió su cabeza morena, divertido.

—Entonces eres un valiente.

Una vez en el portal, Jade lo presentó a sus padres, Jim y Donna, como un amigo y cliente de Casual Elegance. Un indisimulado brillo de curiosidad asomó a los ojos de su madre. En cuanto a Jim, lo calibró con la mirada mientras le estrechaba la mano.

Para alivio de Jade, las presentaciones transcurrieron sin mayor problema, y sin que nadie preguntara por las intenciones de Kyle. Lo que no significaba que su padre no aprovechara la oportunidad de hacerlo más adelante, en cuanto se le presentara... Se dirigieron todos al jardín trasero, donde Jim ya había encendido la barbacoa. Su madre sacó las costillas y el pollo marinado, dio la orden a su marido para que

empezara a preparar la comida y llamó a sus hijas para que la ayudaran a poner la mesa.

—¿Estarás bien? —le preguntó Jade a Kyle, mirando de reojo a su padre.

Grey le ofreció a Kyle un cerveza fría y sonrió a su cuñada.

—No te preocupes por él. Seguro que encontrará algún tema de qué hablar.

—Eso es lo que me temo —masculló—. Y tú, Nichols, compórtate o te arrepentirás.

—No tengo la menor duda.

Mientras se alejaba hacia la casa, oyó que Kyle le decía a Grey:

—Jade me ha comentado que trabajas en una empresa de sistemas de seguridad. Tengo planes de abrir un nuevo restaurante y estoy pensando en actualizar el que tenía instalado. ¿Cuál me aconsejas?

Ya más tranquila, entró en la cocina, donde su madre estaba preparando una ensalada de patata. Un verdadero banquete esperaba a ser servido en el mostrador: había comida suficiente para alimentar un ejército.

—Kyle parece un buen tipo —fue lo primero que le comentó Donna, después de lavarse las manos en el fregadero.

—Sí que lo es, mamá —repuso mientras picaba un tronco de zanahoria.

—¿Va en serio lo vuestro?

Jade continuó masticando la zanahoria. Suponía que la respuesta dependía de lo que se entendiera por «serio». Debido a su intensidad, la atracción que sentía por Kyle no podía ser más seria. Pero no había promesas entre ellos, ni compromisos duraderos. Kyle era un rebelde, un hombre que vivía para el momento.

—Sólo es un amigo —intervino Mariah nada más entrar en la cocina, después de haber acostado a Kayla—. O el menos eso es lo que dice Jade.

—Es un amigo y un cliente —confirmó ella.

—Un cliente con el que estás saliendo —añadió su hermana.

Todavía no habían salido juntos formalmente, pero no se molestó en discutirsele. En lugar de ello, puso los ojos en blanco y rezó para que Kyle no se viera sometido a un interrogatorio parecido. Recogió el cuenco de la ensalada y se lo llevó al jardín. Mariah la siguió con los platos y la cubertería.

Mientras ponía la mesa con su hermana, Jade miró al grupo de hombres que conversaban en torno a la barbacoa. Consciente de que no podían oírla, reunió el coraje suficiente para hacerle a Mariah una pregunta que llevaba molestándola durante toda la última semana.

—¿Mariah?

—¿Sí?

—¿Recuerdas cuando me estuviste ayudando a poner mis cosas en venta en el mercadillo del complejo? —inquirió con toda la naturalidad de que fue capaz. Al ver que asentía con la cabeza, añadió—: No te encontrarías por causalidad con un diario mío, ¿verdad?

—¿Un diario?

«Sí, un libro lleno de mis fantasías íntimas, de mis más secretos deseos», pronunció para sus adentros.

—Un diario personal —no dio mayores precisiones—. No muy grueso, con tapas de color burdeos.

Mariah reflexionó por un momento.

—No me acuerdo. Además, yo no suelo curiosear en tus cosas personales.

—No estaba insinuando nada —continuó colocando los cubiertos—. No puedo encontrarlo y pensé que quizá tú lo habías visto cuando sacamos todos aquellos libros de la vieja estantería.

—No que yo recuerde... Pero, bueno, no creo que sea para tanto. Un libro más o menos...

«No es un libro cualquiera», quiso replicar Jade, pero mantuvo la boca cerrada.

Poco después se sentaban los seis a la mesa del jardín para disfrutar de la comida. Jade fue blanco de bromas por haber entrado en la treintena y su padre ilustró a Kyle con anécdotas divertidas, a veces algo embarazosas, sobre la infancia de sus hijas. Hablaron también del nuevo restaurante de Kyle y del tiempo que había pasado en el ejército.

El único tema sobre el que Kyle no se mostró dispuesto a extenderse fue el de su familia, cuando le preguntaron al respecto. Consciente de sus desavenencias con su padre, Jade comprendía bien su reluctancia. Respondió con un comentario ligero y superficial. Sólo ella llegó a darse cuenta de lo mucho que le había incomodado la pregunta.

Por lo demás, Kyle le cayó bien a todo el mundo, lo cual no era de sorprender. Era una lástima que no fuera a quedarse para siempre en su vida. Pero... ¿por qué ese pensamiento parecía preocuparla y afectarla tanto?

—Hoy me lo he pasado fenomenal —comentó Kyle mientras volvían al complejo. Dado que apenas eran más de las seis, pensaba pasar el resto de la tarde celebrando en privado el cumpleaños de Jade—. Gracias por haberme invitado.

—Si mal no recuerdo, creo que fue mi hermana quien te invitó, pero me alegro de todas formas de que hayas venido.

—Tienes una familia estupenda —envidiaba la estrecha relación que compartían, algo que él jamás había experimentado. Para su inmenso placer, todo el mundo le había hecho sentirse como uno más de aquella familia, aceptándolo incondicionalmente.

Nadie le había planteado expectativa alguna. Lo habían aceptado como lo que era: un camarero que además era propietario de un restaurante. Y eso le gustaba. Mucho.

—Sí, no son tan malos —dijo Jane mientras cambiaba de carril para abandonar la autopista—. ¿Mi padre te acribilló a preguntas?

—Pude soportarlo. Simplemente le preocupa que pueda hacerle daño a su niña.

—Ya no soy ninguna niña —rezongó Jade.

—No, pero dado que yo soy el primer hombre al que llevas a casa desde Adam, es normal que le preocupe con quién te estás relacionando ahora.

—¿Mi padre te habló de Adam?

La mezcla de furia e incredulidad con que formuló la pregunta le confirmó que acababa de pisar un terreno ciertamente delicado. Finalmente había encontrado unas cuantas pistas sobre las reservas de Jade y su aprensión hacia él... y estaba dispuesto a aprovecharlas.

—En realidad, fue Grey quien lo mencionó. Comentó que el tal Adam se había comportado como un canalla.

—¿Qué más te dijo?

—Que los detalles de su relación tendría que escucharlos de ti.

Jade frenó ante el semáforo rojo con alguna brusquedad.

—Era un imbécil —declaró, lacónica. No dijo nada más.

—¿Quieres hablar de ello?

Jade apretó el volante con fuerza. Cuando sus miradas se encontraron, Kyle distinguió en sus ojos un genuino brillo de dolor e inquietud. Era evidente que había sufrido mucho.

—No hay mucho que contar —repuso en un tono brusco, teñido de amargura—. Empezamos a salir juntos. Caí en la trampa. Una humillante experiencia me hizo ver la luz. Fin de la relación y fin de la historia.

Kyle dedujo que aquél también había sido el fin de su confianza en los hombres. Porque después se había creado un amante de fantasía sobre el que había ejercido un completo control. Ella había dictado el nivel de intimidad, jugando sobre seguro y refrenándose siempre en el último momento.

El semáforo cambió a verde y Jade pisó el acelerador. Soltó un profundo—suspiro, con los hombros hundidos.

—Perdona. Lo de tener que celebrar mi trigésimo cumpleaños ya ha sido lo suficientemente malo. No quiero arruinarte el resto de la tarde hablándote de mi relación con Adam.

Estaba claro que no quería hablar. Kyle optó por ceder. De momento.

—Me parece justo. Todavía no te he entregado mi regalo de cumpleaños. Lo tengo en casa.

Jade entró en el sendero que llevaba al complejo y aparcó en el espacio reservado.

—No tenías por qué haberme regalado nada...

Kyle sonrió. Después de haberla compartido con toda su familia, estaba deseoso de quedarse a solas con ella.

—Ya lo sé. Pero quería hacerlo.

Bajaron del deportivo y Kyle le dio la mano. Se alegró de que la aceptara. Una vez en su apartamento, la dejó en el salón y fue a al dormitorio a buscar el regalo. El

teléfono sonó justo cuando se disponía a sacarlo del cajón de la cómoda. Estaba envuelto en papel rosa, con un lazo.

Sólo tenía un teléfono, un aparato inalámbrico que solía dejar en el salón.

—¿Te importa descolgarlo? —le gritó a Jade, dado que ella estaba más cerca—. Ahora mismo voy.

—Claro que no. ¿Diga?

Kyle salía ya del dormitorio con el regalo en la mano cuando la oyó decir:

—No, no te has equivocado de número. Ahora viene —una sonrisa asomó a sus labios mientras le entregaba el aparato—. Es tu hija.

Dejó el paquete sobre la mesa y tomó el teléfono.

—Hola, corazón. ¿Cómo estás?

—¡Papá! —exclamó, entusiasmada—. No puedo creer que una mujer haya contestado el teléfono. ¿Significa eso que ya tienes novia?

—Pues sí. ¿Te parece bien?

—Más que bien. ¿Va en serio?

Miró a Jade, que se había instalado en el extremo más alejado del sofá. Había salido con muchas mujeres en su vida, pero ninguna de ellas la había excitado tanto como Jade.

—Sí, creo que sí.

—¡Ya era hora, papá! Dios mío, nunca creí que llegarías a sentar la cabeza. ¿Cuándo os casáis? Yo quiero ir a la boda.

Kyle esbozó una mueca.

—Pero, Christy... ¿quién ha hablado de matrimonio?

Su mirada se encontró con la de Jade, que arqueaba las cejas con gesto interrogante. Respondió con un encogimiento de hombros, como desentendiéndose de las elucubraciones de su hija.

—Papá, necesitas sentar la cabeza y casarte. Mamá piensa lo mismo.

—¿De veras?

—Mira, me preocupas. Y detesto imaginarte allí solo, sin una familia propia...

Su hija era demasiado sagaz para su edad. Siempre había pensado que como mejor estaba era solo, sin nadie a su lado. Pero después de la visita de aquel día a la familia de Jade, estaba empezando a tomar conciencia de lo que nunca había conocido en su propia familia: apoyo, alegría, amor y cariño. Y también de todo aquello a lo que había renunciado cuando Jamie Ann y él tomaron la decisión de no casarse: la oportunidad de tener una familia propia. Esa vez la punzada de arrepentimiento fue más dolorosa que nunca.

—Ya sabes que adoro hablar contigo, Christy... —le dijo, derivando la conversación a terreno neutral—. Pero supongo que no me habrás llamado para charlar de mi vida amorosa...

—Bueno, no... —repuso un tanto avergonzada—. De hecho, hace un par meses te dije que estaba buscando un coche para comprarme. Ya he encontrado uno. Es de

segunda mano, pero es fantástico.

—No lo dudo —musitó—. Y yo te dije en aquel entonces te ayudaría a comprarlo tan pronto como encontrases uno que tu madre y Tony aprobaran. Pero... ¿no podríamos hablar de esto más tarde? ¿Mañana quizá?

—Oh, desde luego —cedió con demasiada facilidad. Me hago cargo perfectamente de que ahora mismo estás ocupado.

Se despidieron, y Kyle sacudió la cabeza mientras colgaba el aparato. Se acercó a la puerta corredera que llevaba a la terraza, la abrió y se quedó allí en el umbral, contemplando el patio ajardinado a oscuras.

—Esa niña está creciendo demasiado rápido —dijo más para sí mismo que para Jade. Diecisiete años. Primero su primer diente, luego las sesiones de ballet, ahora su primer coche... y él se lo había perdido. No había estado presente en los momentos más importantes de su vida. Eso era lo que más le molestaba. Y a veces, como en aquel preciso instante, le dolía terriblemente.

—La echas de menos, ¿verdad?

Kyle se pasó una mano por el pelo. Se sentía como si hubiera envejecido diez años.

—Sí. Las visitas esporádicas y las llamadas de teléfono no son suficientes —en realidad nunca lo habían sido, pero siempre se había dicho que era mejor así. Que su hija estaba mejor lejos, con Jamie Ann y Tony. Y, cuando no había sido más que un bebé, probablemente eso había sido cierto. En aquel entonces había sido un rebelde, un inconformista. Y tan decidido a no ser lo que su padre esperaba de él, que él mismo había estado completamente seguro de que no habría sido el padre que Christy necesitaba y se merecía.

Jade se apoyó en la pared, a su lado.

—¿Cómo es que no te casaste con la madre de Christy?

Reconoció su mirada de curiosidad. No lo estaba juzgando, ni condenando por una decisión que todo el mundo, todos los demás, habían calificado de irresponsable. Él, por el contrario, prefería creer que el hecho de no haberse casado con Jamie Ann había sido una de las decisiones más responsables que había tomado en su vida.

—Porque ambos nos dimos cuenta a tiempo de que nuestro matrimonio jamás funcionaría. A largo plazo, al menos —hundió las manos en los bolsillos, retrocediendo diecisiete años en el tiempo—. Ambos éramos demasiado jóvenes. Y yo demasiado rebelde, demasiado inquieto. A la larga me habría rebelado contra la situación, y probablemente habríamos terminado odiándonos. Ambos fuimos lo suficientemente listos como para preverlo y darnos cuenta de que las probabilidades jugaban en contra nuestra. El matrimonio sólo habría logrado empeorar las cosas.

Desafortunadamente, ni su padre ni su madre habían visto responsabilidad alguna en esa decisión, y se habían puesto furiosos cuando abandonó a Jamie Ann para ingresar en los marines. Aunque hacía mucho tiempo que los padres de Jamie Ann lo habían perdonado, su propia familia no se había mostrado tan comprensiva.

—En cualquier caso, al final la decisión se reveló como acertada. Jamie Ann encontró un magnífico marido que la trata como una reina, y Christy tiene un padre decente y responsable. Ambas se lo merecen.

—Eres un buen hombre, Kyle —le dijo Jade, acariciándole suavemente un brazo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te preocupas por los demás. Porque Jamie Ann y Christy son dos de las personas más importantes en tu vida y tú antepones su felicidad a la tuya propia.

Aquella observación lo sorprendió. ¿Podría ella entender lo difícil que, a veces, le resultaba aceptar el sacrificio que había hecho al abandonar a Jamie Ann y a Christy? ¿Lo muy duro que era ver cómo crecía su hija únicamente a través de cartas, llamadas de teléfono y fotografías?

—No me hagas quedar como una especie de héroe, Jade —gruñó—. Sólo soy afortunado de que al final todo haya salido bien.

—Pero aún no te has reconciliado con tu familia.

—Eso no cambiará.

—¿Pero es que tú no te mereces también ser feliz?

—¿Quién ha dicho que no me lo merezco? —replicó, consciente de que lo estaba acorralando.

—Supongo que eso lo sabes tú mejor que nadie.

Kyle frunció el ceño. Estaba satisfecho con su vida, pero mentiría si negaba que de vez en cuando experimentaba una cierta sensación de vacío. Una sensación que llevaba años esforzándose por ignorar.

Últimamente, y con demasiada frecuencia, se había sorprendido a sí mismo analizando lo que había hecho en la vida y echando de menos ciertas cosas. Cosas de las que se había convencido a sí mismo que no necesitaba. Había llegado a pensar que su mundo era el bar, y sus empleados su familia. ¿Cuándo eso había empezado a resultar insuficiente, a no bastarle?

Miró a la mujer que tenía a su lado, y se dio cuenta de que era ella la que llenaba aquel vacío. Ella le hacía sentirse valioso. Ella lo había aceptado como era, con los errores que había cometido. Si siempre se había mantenido al margen de lazos y de compromisos... ¿por qué ahora se sorprendía a sí mismo imaginándose lo que sería ver a Jade en su casa todos los días y hacer el amor con ella cada noche?

—¿Y tú, Jade? —le preguntó de pronto—. ¿Eres feliz?

—En determinados aspectos de mi vida, sí —respondió con expresión cauta.

—¿Y en los otros aspectos?

Sabía lo que le estaba preguntando. Podía ver la reserva en su mirada, sus esfuerzos por disimular la verdad.

—No lo sé —susurró, aparentemente sincera.

Kyle le tomó entonces una mano, buscando algo que decir para atenuar la tensión del ambiente.

—No era ésta la manera en que pretendía pasar esta velada contigo.

—Yo tampoco —admitió Jade con voz ronca.

Llevándola de regreso al sofá, la hizo sentarse y se instaló a su lado. Acto seguido, le entregó el pequeño regalo.

—Ábrelo.

Jade vaciló por un segundo hasta que empezó a desenvolverlo. Cuando alzó la tapa, se quedó sin aliento. Lo miró con los ojos muy abiertos. Primero con reticencia, y luego con un inequívoco deleite que no consiguió disimular.

—Kyle, esto es demasiado... —delineó con un dedo la delicada cadena de oro, diseñada para lucir en el tobillo.

Él, por el contrario, estaba empezando a pensar que ni siquiera era suficiente.

—¿Te gusta?

—Claro que me gusta, pero...

Le puso un dedo sobre los labios, acallando sus protestas.

—Entonces espero que la lleves y la disfrutes. ¿Lo harás por mí?

—Sí. ¿Me la pones?

—Será un placer —sonrió.

Y lo fue. Arrodillándose frente a ella, apoyó su pie izquierdo sobre un muslo y retiró la preciosa cadena de su lecho de terciopelo. Una vez ajustado el broche, alzó la mirada mientras deslizaba una mano por su pantorrilla.

—Te sienta muy bien. Encaja con tu espíritu libre y con tu personalidad atrevida, sensual.

Ruborizada, bajó la vista para admirar su brillo dorado.

—Gracias. Es preciosa.

«Me estoy enamorando de ella». Aquel súbito reconocimiento estalló a traición en su cerebro, acelerándole el pulso. Ignoraba si estaba pre parado para eso. E ignoraba también si alguna vez podría estar a la altura de aquella mujer. Sus miradas se enlazaron durante un instante eterno, interminable.

—Feliz cumpleaños, Jade.

—Oh, Kyle... —murmuró, emocionada.

Inclinándose hacia él, lo besó tentativamente al principio, y luego con mayor apasionamiento. Kyle entreabrió los labios y deslizó la lengua en el dulce interior de su boca. El beso no tardó en perder todo control, tornándose ávido, exigente. Jade lo agarró de la camisa y lo fue atrayendo hacia sí, entre sus muslos.

Soltando un gemido, la dejó hacer. En aquel momento habría hecho cualquier cosa por ella. Sólo necesitaba pedírselo: con su boca, con sus manos, con su cuerpo. Y se lo pidió. Su dulce y ardiente boca le habló como nunca antes le había hablado nadie, pidiéndole cosas que ansiaba tanto como ella. Las manos subieron por sus hombros hasta juntarse en su pelo suplicando una mayor cercanía, con su cuerpo arqueado hablando un lenguaje tan antiguo como el tiempo. Aquello bastó para inflamarlo por completo.

Jade parecía sentir lo mismo, a juzgar por el ardor de sus muslos que lentamente

acariciaba. Estremecida, interrumpió el beso para mirarlo a los ojos.

—¿Qué me estás haciendo? —susurró, con los temblorosos dedos enterrados aún en su cabello.

—Intentando seducirte —la tumbó suavemente en el sofá y se inclinó sobre ella—. ¿Lo estoy consiguiendo?

—Sí —musitó—. Oh, sí...

El teléfono sonó en aquel preciso instante. El infame sonido la sacó del trance en que estaba inmersa.

—¿Kyle?

—Deja que el contestador grabe el mensaje —murmuró con voz ronca de deseo, tan encendido como ella. Inclinando la cabeza, volvió a besarla en los labios.

—Kyle, estamos inundados de trabajo. Hay una avalancha de clientes —era la voz de Bruce, con un tono agobiado, desbordado—. Si recibes este mensaje, ven a ayudarnos.

No podía abandonar a sus empleados: aquella llamada de ayuda resultaba imposible de ignorar. Levantándose del sofá, se dispuso a descolgar el teléfono.

—Maldita sea, tengo que contratar a otro camarero. Esta misma semana, sin falta —se llevó el auricular al oído—. De acuerdo, Bruce, en seguida estoy allí.

Colgó y se volvió hacia Jade, desgarrado entre el sentido del deber y la pulsión por consumir su deseo.

—Tengo que irme —pronunció, reacio.

La pasión velaba su mirada. Pero Kyle también distinguió un ligero brillo de comprensión.

—Sí, vete —acunándole el rostro con las manos, le dio otro beso que le removió el alma. Un beso tan erótico como el mismo acto del amor, cargado de promesas. Y en aquel momento Kyle supo sin ninguna duda que estaba dispuesta, en mente y cuerpo, a dar un nuevo paso adelante en su relación.

—Espérame un momento, tigresa. Luego seguimos.

Capítulo 8

Jade se aferró a aquella esperanza durante el resto de la noche, hirviendo de deseo. Tomó una ducha y, después de aplicarse una crema corporal que olía a melocotón, se puso un camisón corto de seda, color lavanda. Mientras se miraba en el espejo del tocador, delineando con un dedo el corpiño bordado de amplio escote, ansió una vez más que Kyle estuviera ya de vuelta, para acariciarla y hacerle el amor...

La necesidad que sentía por él se había disparado durante las escasas semanas que habían pasado juntos. Kyle nada tenía que ver con Adam, y además estaba cansada de estar sola. Cansada de las noches solitarias con un imaginado amante como única compañía. Ignoraba cómo terminaría su relación con Kyle. No podía predecir el futuro, pero sí vivir el presente. Y eso entrañaba riesgos. Como confiar en el instinto que le decía que Kyle era un hombre bueno y honesto.

Retiró la colcha de la cama de dosel, recogió su diario de tapas azul zafiro de la mesilla y se sentó en los almohadas, apoyada la espalda en el cabecero. Abriendo el libro por la siguiente página en blanco, empezó a escribir:

Es el perfecto amante en todos los sentidos. Físicamente es el sueño de cualquier mujer hecho realidad, una mezcla de impetuoso rebelde y entrañable bribón. Emocionalmente es dulce, tierno, cariñoso. Ya no es ninguna fantasía, sino un hombre real, de carne y hueso. Un hombre que percibe mis más íntimos secretos y entiende mis mayores miedos. Un hombre que conoce mis sueños más apasionados y los convierte en realidad. El vínculo que nos une es tácito e inexpresado, pero poderoso y tangible.

Jamás había experimentado un anhelo semejante. Me mira y me estremezco de expectación. Me toca y empiezo a Jadear de deseo. Sus caricias y besos ya no me bastan. Ansío la profunda unión física que fundirá nuestros cuerpos en uno.

La fantasía se convierte en realidad. Kyle. Soy suya, y él es mío. En corazón, cuerpo y alma.

Con el pulso acelerado, terriblemente excitada, cerró los ojos y apretó el libro contra su pecho. Lo había conseguido. No sólo había realizado una fantasía, sino que había dado a su amante un rostro y un nombre real: Kyle. La importancia de lo que había hecho no le pasó desapercibida. Durante tres años, había evitado el acto final de completa intimidad con su amante de fantasía, manteniéndose emocionalmente distanciada y conservando el absoluto control de la situación.

Se dio cuenta de que aún seguía conservándolo y de que además se hallaba dispuesta a continuar. Dispuesta a entregarle a Kyle su cuerpo y, probablemente, su corazón. Sabía que, al hacerlo, sus fantasías ya no volverían a ser las mismas. La perspectiva era lo suficientemente excitante como para provocarle un estremecimiento.

De repente sonó el teléfono de la mesilla y se sonrió. Sabía ya quién era antes de responder. Su amante imaginado y verdadero a la vez. Kyle.

—¿Te he despertado?

—No, no podía dormir.

Él oyó una especie de crujido, como el de un cajón al abrirse.

—¿Estás en casa? —preguntó Jade.

—Sí —abrió la puerta corredera y salió a la terraza. Al otro lado del patio ajardinado, había luz en el dormitorio de Jade—. No sabía si acercarme o no a tu apartamento, pero como ya era más de medianoche, al final decidí no hacerlo.

—Lo entiendo. ¿Mucho trabajo en el bar?

—Ha sido una locura —se echó a reír—. Todo el mundo parece haber oído hablar del restaurante: no han hecho más que preguntar cuándo se será la apertura.

—Estoy segura de que será un éxito. Tendrás que acostumbrarte a esa afluencia de clientes.

Se sonrió, satisfecho por la confianza que parecía tener en él.

—Para entonces habré ampliado la plantilla de camareros para hacerle frente. ¿Y tú? —cambió de tema—. ¿Qué has estado haciendo toda la noche?

—Escribiendo.., una carta.

Kyle percibió su vacilación, preguntándose si se habría detenido a tiempo de pronunciar la palabra «fantasía». Estaba seguro de que había estado escribiendo en su diario.., y experimentó una punzada de celos, lo cual era ridículo, teniendo en cuenta que su amante soñado no era más que un producto de su imaginación. Maldijo para sus adentros: ya no quería ser un émulo de alguien que ni siquiera existía. Eso se había acabado.

Buscó su sombra en el dormitorio, adivinando su figura sentada en la cama. Necesitaba verla, aunque sólo fuera a lo lejos.

—¿Tienes el teléfono inalámbrico?

—Sí.

—Sal a la terraza.

—No estoy vestida...

—Es tarde y todo está oscuro. No hay nadie fuera. Quiero verte, Jade.

—De acuerdo —murmuró.

Esperó hasta que apareció en la terraza. Llevaba un camisón corto, casi transparente, de color lavanda. Tenía un aspecto dulce y etéreo, como el de un ángel. Pero la reacción de Kyle en aquel momento no era en absoluto la de un santo.

—Hola.

—Hola —se apoyó en la barandilla—. Te he echado mucho de menos esta noche.

—Yo también —repuso Jade con un suspiro.

Recorrió su cuerpo con la mirada, delineando la forma de sus senos con la sombra

de las aréolas dibujándose a través de la tela, su finísima cintura, sus piernas largas y esbeltas. Se sonrió al descubrir un reflejo dorado en su tobillo.

—¿Sabes? Con la luz de la habitación a tu espalda, puedo ver tu cuerpo perfectamente bajo el camisón.

—¿Y te gusta lo que ves?

—Mucho —percibía un cambio en ella: la aceptación que tan pacientemente había estado esperando. Y pensaba aprovecharla al máximo—. Me gusta todo de ti, Jade. Tus sonrisas, tu risa, tu espíritu libre, tus gemidos cuando te toco. Me hace preguntarme por los gemidos que soltarás cuando entre por fin en ti...

—Kyle...

No era una protesta: al contrario.

—Cierra los ojos, Jade. Quiero contarte una de mis fantasías.

—¿Una de tus fantasías?

—Sí. Tú me inspiras fantasías, Jade. ¿Has cerrado los ojos?

—Sí —respondió al cabo de un breve silencio.

—Bien. Imagina entonces mi boca en tu cuello, sembrando tu piel de pequeños besos. Mis manos sobre tus senos, acariciándote, endureciendo y excitando tus pezones. ¿Lo sientes?

—Sí —musitó ella.

Vio que cambiaba de postura y apoyaba su peso en el otro pie, con la luz de la habitación delineando sus exuberantes curvas. Se excitó de inmediato, lo cual no era ninguna novedad. Llevaba siete meses deseándola continuamente. Soltó un profundo suspiro y continuó:

—Mi boca está ahora sobre uno de tus senos, te rodea el pezón con la lengua. Sabes muy dulce, Jade, a melocotón. Quiero saborearte eternamente... Tu vientre, la cara interior de tus muslos, la miel de tu sexo... Tu cuerpo... ¿se está estremeciendo por mí?

—Sí —susurró con voz ronca.

El corazón le dio un vuelco en el pecho.

—Así es como te deseo, Jade. Y te besaría suave, delicadamente... hasta que tuvieras un orgasmo. Entonces entraría dentro de ti, y tú me rodearías las caderas con las piernas. Yo se ría parte de ti, y tú de mí. ¿Quieres eso también?

—Oh, sí...

Mientras la oía Jadear, vio que se llevaba una mano al escote del camisón.

—Estoy lista, Kyle.

—¿Lista para qué, corazón?

—Para hacer el amor contigo.

Un estremecimiento le sacudió el alma.

—¿Te das cuenta de que voy a necesitar hasta el último gramo de mi fuerza de voluntad para no salir corriendo ahora mismo para tu apartamento y pasar la noche entera amándote?

—¿Qué te lo impide? —le preguntó, desafiante.

Era un hechicera... Una descarada y sensual hechicera a la que no podía resistirse. Pero se resistió:

—Quiero hacerlo bien.

—Oh, yo no tengo ninguna duda de eso.

Su comentario le hizo sonreír. Que se sintiera lo suficientemente cómoda como para jugar con él daba esperanzas a su relación.

—Cuenta con ello, tigresa. Que tengas dulces sueños —cortó la llamada y vio que ella hacía lo mismo.

Luego Jade se llevó una mano a los labios, le lanzó un beso y volvió a meterse en el dormitorio, desapareciendo de su vista.

Kyle sacudió la cabeza. Tenía que haber estado completamente loco para haber rechazado tan tentadora invitación. Ella lo deseaba; estaba más que dispuesta a hacer el amor con él. Pero el placer físico ya no constituía su objetivo principal. En algún momento, lo que había empezado como una simple aventura sin complicaciones había acabado convirtiéndose en algo mucho más profundo y complejo.

No estaba loco. Lo que estaba, y se dio cuenta repentinamente de ello, era enamorado. No había otra explicación para la extraña mezcla de sentimientos que Jade le provocaba. Una sonrisa asomó a los labios. Sí, había llegado por fin la hora de hacer el amor. Y planeaba regalarle a Jade una fantasía que no olvidaría fácilmente.

—¿Qué planes tienes entonces para el fin de semana?

Jade alzó la mirada hacia su hermana y continuó ordenando su escritorio. Tiempo atrás, sus planes de fin de semana habían consistido en una ocasional salida al Roxy's, el pub que ya había dejado de atraerla. Ahora había descubierto que prefería pasar el tiempo en La Oveja Negra, incluso aunque eso significara quedarse sentada a la barra escuchando música country o charlando con la clientela mientras Kyle trabajaba. Se encogió de hombros.

—En realidad no tengo ningún plan.

—¿No tienes ninguna cita caliente con Kyle?

—Me temo que no —guardó la carpeta de un cliente en su maletín, por si disponía de tiempo para trabajar en ello durante el fin de semana. Era una perspectiva ciertamente deprimente, pero bastante probable teniendo en cuenta lo poco que había visto a Kyle durante aquella semana. Y ello pese a la seductora y prometedor conversación de terraza a terraza del sábado anterior—. Kyle está muy ocupado con el bar —explicó a su hermana, que acababa de sentarse frente a ella.

—¿Cómo va la decoración del local?

—Todo marcha según los plazos fijados. Kyle ha decidido cerrar durante toda la semana que viene para que podamos tenerlo todo a punto para la inauguración. He contratado a una empresa para que pule y remate el parquet y la barra, y otra para

retapizar los asientos y taburetes. La restauración de las ventanas también va bien. Y decoraremos el restaurante tan pronto como terminemos con el bar.

Un brillo de entusiasmo asomó a los ojos de Mariah.

—Estoy impaciente por ver el resultado final.

Jade sonrió, satisfecha consigo misma y con el proyecto.

—¿Estaréis Grey y tú en la inauguración?

—¿Bromeas? No nos la perderíamos por nada del mundo. Será la perfecta excusa para salir —le hizo un guiño—. Mamá y papá cuidarán de Kayla esa noche. Grey lleva tiempo insinuando que Kayla necesita un hermanito o una hermanita...

Jade se echó a reír, aunque no pudo evitar tina punzada de sana envidia por la relación de su hermana con Grey y la familia que habían fundado con tanta ilusión. Por mucho que ella intentaba convencerse de que su independencia estaba por encima de cualquier compromiso, cada vez le resultaba más difícil ignorar sus propios instintos maternales. Desde que cumplió los treinta, su reloj biológico parecía haberse puesto en marcha.

—¿Encontraste por fin ese libro que estabas buscando?

Jane parpadeó varias veces, volviendo a la realidad.

—No —había decidido que simplemente había sufrido un pequeño ataque de paranoia con aquel libro. Sobre todo cuando empezó a imaginar aquella sospechosa semejanza de las tácticas de seducción de Kyle con las fantasías de su diario—. Con tanta limpieza y movimiento de muebles, puede que esté en cualquier parte.

Mariah asintió, pensativa.

—Como parece que vas a estar sola este fin de semana... ¿qué te parece si nos vamos las dos de compras, nos hacemos la manicura y comemos juntas?

—No estoy segura, Riah —la proposición era tentadora, pero si Kyle tenía algún momento libre, estaba decidida a aprovecharlo.

—¿Estás rechazando un día de compras? Chica, tienes que estar loca por Kyle...

Frunció el ceño. ¿Acaso su hermana se había convertido en adivina?

—Me lo pensaré y mañana te diré algo, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

La voz de Pam resonó en aquel instante por el intercomunicador de su escritorio.

—Jade, hay un hombre que quiere verte. Dice que quiere entregarte un mensaje en privado.

Jade dedujo que no se trataba de Kyle, ya que Pam lo conocía. Pero si no era él... ¿quién sería aquel enigmático mensajero? ¿Y qué tipo de mensaje pretendía entregarle en privado? Sonriendo, Mariah se levantó.

—Mmmm... Eso suena muy misterioso.

Jade rodeó el escritorio y salió del despacho, con su hermana pegada a los talones.

—Será el recado de algún cliente...

El hombre mayor que la esperaba en recepción no parecía un mensajero normal.

Llevaba un traje negro, con guantes y gorra de plato del lirismo color. Esperó a que Jade se identificara antes de entregarle un sobre. El corazón le dio un vuelco cuando reconoció el nombre y la rúbrica de Kyle.

Dio las gracias al hombre, que no mostró ninguna intención de marcharse: con las manos a la espalda, esperó a que leyera el mensaje. Muerta (le curiosidad, abrió el sobre y sacó una tarjeta con un dibujo floral estampado en relieve.

Su hermana se asomó por detrás de su hombro para leer el texto, pero Jade la disuadió con una elocuente mirada y leyó en silencio:

Jade, el hombre que te ha entregado este mensaje es un chófer contratado. Hay una limusina esperando en la puerta para llevarte a una aventura especial. Una fantasía. ¿Confías en mí? Si lo haces, vete con el chófer. Si no, dile que no necesitas sus servicios y lo entenderé.

Kyle

Jade volvió a guardar la tarjeta en el sobre, esforzándose por tranquilizar su pulso acelerado. No era una decisión fácil.

—¿Y bien? —inquirió Mariah, entre exasperada e impaciente.

Jade miró a su hermana y se echó a reír. De repente se sentía libre, despreocupada, atrevida. Y más que dispuesta a vivir la aventura que le proponía Kyle.

—Parece que al final sí que me ha salido un plan para este fin de semana...

La primera parada de la limusina fue en una floristería, donde la esperaban dos docenas de rosas rojas. La tarjeta que las acompañaba contenía un breve mensaje: esto sólo es el principio.

La siguiente fue en una tienda de dulces. El chófer bajó para volver minutos después con una caja envuelta en papel dorado con un vistoso lazo. Mientras se dirigían a su siguiente destino, la abrió: nada más alzar la tapa, se le hizo la boca agua al aspirar el delicioso aroma. Se echó a reír cuando identificó lo que eran: trozos de melocotón bañados de chocolate. Estuvo tentada de comerse uno, pero el texto de la tarjeta se lo impidió: para compartir más tarde.

El viaje continuó hasta una famosa tienda de lencería, una de las más elegantes de la ciudad. No se apartó de la ventanilla mientras el chófer entraba en el establecimiento y volvía con una caja debajo del brazo. Abrió la puerta trasera y la dejó en el asiento vacío antes de sentarse de nuevo al volante. La nota decía así: póntelo para mí esta noche.

No había duda alguna del contenido de la caja. Se mordió el labio mientras seguía con la mirada clavada en la nota de Kyle. Tres años atrás, se había jurado no volver a permitir nunca que un hombre la controlara, se apoderara de su vida, dictara sus elecciones.

Barrió con la mirada los tres regalos, consciente de que formaban parte de la noche especial que Kyle había planeado para ella... sin ningún motivo oculto que no fuera el simple placer recíproco. No estaba intentando cambiarla, jamás manipularía sus sentimientos ni le robaría la autoestima. Ahora estaba segura de ello.

La limusina efectuó una nueva parada. El chófer bajó para abrirle la puerta, sonriente.

—Su destino final, señorita Stevens.

Nada más bajar, alzó la mirada al elegante hotel que se alzaba ante ella. Un botones se apresuró a hacerse cargo de sus regalos. El chófer entregó al joven una llave y una propina. Luego se volvió hacia Jade para entregarle el último sobre, con las instrucciones de que lo leyera solamente cuando estuviera en la habitación,

—Por aquí, señorita —la guió el botones por el suntuoso vestíbulo de suelo de mármol. Una preciosa fuente se levantaba en el centro, gajo una inmensa araña de cristal. La suite era tan opulenta como el resto del hotel. Una vez que dejó los paquetes y puso las rosas en un florero, el botones se despidió con una sonrisa.

—Que disfrute de su estancia —y se marchó, cerrando la puerta a su espalda.

—¡Vaya! —murmuró Jade, impresionada. Se encontraba en un salón dos veces mayor que el de su casa, con una sofá, un cómodo sillón y una enorme pantalla de televisión, todo en colores pastel, malva y azul celeste. Había un comedor adjunto con una elegante mesa puesta: vajilla de porcelana, copas de cristal tallado y cubertería de plata. Había incluso una pequeña cocina con una nevera.

Abrió el sobre y leyó la nota: ve al dormitorio y sigue el rastro de pétalos de rosa. Intrigada y excitada, abrió las puertas dobles y entró en un gigantesco dormitorio dominado por una cama de dosel, de estilo victoriano. El mobiliario se componía de un alto armario, un espejo oval, de cuerpo entero, y una chaise longue. Sonrió cuando descubrió el rastro de pétalos de rosa que salpicaban la moqueta y que terminaba en el lujoso cuarto de baño.

El delicioso escenario romántico que tan meticulosamente había preparado Kyle la dejó sin aliento. La bañera hundida en el suelo, con capacidad para dos personas, estaba llena de agua caliente, espumosa, fragante, en la que flotaban algunos pétalos. Alrededor había velas encendidas, sonaba una música dulce y una botella de champán se enfriaba en un cubo de hielo, al lado de la bañera. Sobre las toallas cuidadosamente colocadas en el borde había otra nota: relájate y disfruta del baño. Pronto me reuniré contigo.

Sonriéndose, volvió al salón y se llevó al cuarto de baño la caja de la tienda de lencería, con la idea de abrirla más tarde. Después de servirse una copa de champán, se descalzó y empezó a desvestirse.

Una vez desnuda, apagó todas las luces y se metió en la bañera. El baño caliente, el champán, la música y la tenue luz de las velas se conjuraron para adormecerla. Soltando un suspiro de placer, cerró los ojos y se hundió hasta el cuello en el agua.

Dejó vagar la mente, evocando una fantasía que había escrito hacía mucho

tiempo. El escenario era similar, la atmósfera desbordaba la misma provocativa sensualidad. Un fragante baño de espuma, velas, unas fuertes manos deslizándose por su húmedo cuerpo...

Justo en aquel instante, algo le rozó un seno bajo el agua. Pensó que había imaginado la fugaz caricia hasta que volvió a sentirla, en esa ocasión en el vientre. Abrió los ojos, sobresaltada, y hundió una mano para aferrar una muñeca que no era la suya...

Con el corazón en la garganta, se quedó mirando al rebelde de pelo dorado que había llegado a convertirse en su amante de fantasía, en sus sueños y en la realidad. Sentado en uno de los escalones de la bañera, la miraba con un brillo de deseo en sus ojos azules... y una ternura que la hizo derretirse por dentro. Estaba sin camisa, con el pecho gloriosamente desnudo.

—Cierra los ojos —murmuró.

Esperó a que accediera a su solicitud. «Sigue viviendo la fantasía», la urgió una voz interior. Con un estremecimiento de deleite que acabó con sus últimas reservas, lo hizo. Soltándole la mano, se recostó en la bañera y bajó los párpados, relajada.

La siguiente sensación que experimentó fue el contacto de la gran esponja de baño que había visto al lado del grifo. Kyle la empapó de agua y empezó a acariciarla con su finísima textura. Comenzó por los senos, fue descendiendo por el vientre y llegó hasta los muslos, que Jade separó como en un acto reflejo. Se tomó su tiempo en lavarla y en excitarla, estimulando las zonas más sensibles.

Febril, al borde del orgasmo, ahogó un gemido. Estaba ardiendo por dentro, perdida en aquellas deliciosas sensaciones, tan cautivada por la fantasía que ella misma había concebido que tardó unos segundos en darse cuenta de que Kyle ya no la estaba tocando. Esperó al principio; luego abrió lentamente los ojos y miró a su alrededor.

Su amante de fantasía había desaparecido.

Capítulo 9

Jade se miró en el espejo del cuarto de baño, agradablemente sorprendida por el gusto de Kyle en lencería femenina. Antes de abrir la caja, había esperado encontrar un conjunto abiertamente erótico, apenas una pieza de tela que no dejara nada a la imaginación. Pero, en su lugar, lo que encontró fue algo infinitamente más sugerente.

El camisón de color melocotón que Kyle había escogido rezumaba romanticismo e inocencia, elegancia y sensualidad. El bordado frontal, elástico, se adaptaba a la forma de sus senos y la falda no llegaba a rozar la rodilla. La braguita a juego tenía el mismo dibujo bordado, en seda. Soltó un profundo suspiro. La mujer de ojos verdes que la miraba desde el espejo era la Jade que había mantenido oculta a ojos de todo el mundo durante tres años. La Jade que tanto anhelaba creer en el amor y en los finales felices. La mujer que se había construido sus propios sueños, sus fantasías particulares.

Pero aquella noche no había fantasía alguna, sino la pura realidad. Y ella estaba dispuesta a vivirla.

Abrió la puerta y salió al dormitorio. Más velas habían sido encendidas, bañándolo con un resplandor dorado. La cama estaba preparada, con las sábanas salpicadas de más pétalos de rosa.

Un movimiento llamó su atención. De repente encontró a Kyle sentado en la chaise longue, con las piernas extendidas. Su mirada recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies, derritiéndola por dentro.

No sabía qué hacer. No sabía lo que un hombre tan sensual como Kyle podía esperar de ella. Su limitada experiencia con el sexo apenas consistía en haber perdido la virginidad con un compañero de universidad, en un rápido revolcón en el asiento trasero de un coche. Y luego estaba Adam, que había esperado que se comportara apropiadamente, en público y en la intimidad de su dormitorio... complaciendo sus deseos.

—Estás nerviosa —observó Kyle.

—Un poco —admitió—. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí, también para mí —esbozó una sonrisa dulce, tierna—. Pero definitivamente ha merecido la espera. ¿Confías en mí?

—He venido, ¿no?

—Sí, pero lo que va a suceder esta noche va a cambiar muchas cosas entre nosotros. Y antes de que empecemos, quiero oírte decir que confías en mí lo suficiente como para hacer cualquier cosa que te pida.

—De... de acuerdo —pronunció con una mezcla de deseo y aprehensión.

—Entonces desátate el lazo del frente del camisón.

A pesar de la promesa que acababa de hacerle, una parte de su ser, la más celosa de su independencia, se sublevó. No estaba muy segura de que le gustase aquel juego.

—Kyle, yo...

—Hazlo —interrumpió sus protestas—, o la fantasía terminará.

El uso de la palabra Fantasía» no pudo menos que sorprenderla.

—¿Fantasía?

—Sí. La mía, la tuya y muy pronto la nuestra. Que lo sea depende de ti.

La elección era suya. Podía detener aquel erótico juego en ese preciso momento, consciente de que después se arrepentiría, o acompañar a Kyle en su fantasía, hacia lo desconocido...

De repente, se evaporó todo temor, toda inhibición. Se desató lentamente el lazo mientras sus pezones se tensaban contra la tela. Creyó haberlo oído gemir, pero no estaba segura. Deslizó la mirada por su torso desnudo, que parecía expandirse rítmicamente, cada vez más rápido. La visión de su abultada bragueta le sugirió una sensación de poder que jamás antes había experimentado.

En aquel instante, tomó conciencia de que ella también tenía su cuota de poder en aquel juego. Y decidió utilizarla para volverlo loco.

Una sonrisa de mujer confiada en su propia sensualidad se dibujó en sus labios. Sin esperar sus instrucciones, deslizó un dedo por debajo de un tirante y se lo bajó lentamente, para repetir la operación con el otro. El bordado elástico se amoldaba a sus senos, impidiendo que cayera la prenda. Pero luego empezó a tirar suavemente hacia abajo... hasta desnudarlos. Esa vez el gemido de Kyle resultó inequívoco.

¿Qué le había hecho pensar que aquel camión podía tener algo de inocente? Atrevida, continuó bajándose con lentitud por su vientre, sus caderas... Cuando cayó a sus pies, una súbita punzada de pudor le impidió desnudarse del todo.

Kyle se levantó para colocarse detrás de ella. Con las manos en las caderas, la guió hasta el espejo oval de cuerpo entero. Otra de sus fantasías relampagueó en su mente, la de contemplar en el espejo cómo la excitaba y acariciaba su amante. Pero se negó a pensar en ella para concentrarse en la maravillosa realidad que estaba viviendo.

Contempló su imagen, envuelta en el halo dorado de la luz de las velas. Kyle se erguía detrás, y sus miradas se encontraron en el espejo mientras deslizaba sus grandes manos por su cintura y le acunaba los senos en las palmas. Los pulgares acariciaron los sensibles pezones, endureciéndolos aún más. Un gemido brotó de la garganta de Jade.

—Eres tan hermosa... —susurró contra su cuello. Y añadió, al tiempo que introducía los dedos bajo el elástico de la bragueta—: Observa.

Estaba demasiado hipnotizada para hacer otra cosa. Su mirada continuó clavada en el espejo mientras Kyle le bajaba la braguita con exquisita lentitud. Le acarició la nuca con los labios, para continuar luego por su cuello, sus hombros, su espalda... al tiempo que seguía bajándole la prenda. Para cuando sus dulces y atormentadores labios alcanzaron la base de su espalda y la braguita estaba enredada en sus tobillos, el cuerpo entero de Jade reverberó de un deseo inmenso, inquietante, que jamás antes había experimentado.

Le mordisqueó delicadamente las nalgas, derritiéndola una vez más por dentro.

Jade cerró los puños a los costados.

—Kyle...

—Vuélvete —le ordenó con voz ronca.

Jade lanzó una última mirada al espejo, concretamente al atrevido tatuaje que lucía justo por debajo de la cintura de la bragueta, permanente recordatorio de su breve rebelión tras la ruptura con Adam. Aquella diminuta y colorida mariposa venía a ser como un íntimo secreto del cual nunca se había arrepentido. Por fin, haciendo a un lado la bragueta, se volvió hacia él. Se había sentado sobre los talones y devoraba con la mirada hasta el último detalle de su cuerpo.

Se ruborizó hasta la raíz del pelo. Jamás se había sentido tan vulnerable, tan susceptible física y emocionalmente. Resistió el impulso de recoger el camisón del suelo y cubrirse a toda prisa.

Ah, Jade, eres perfecta... —murmuró con voz ronca de pasión mientras le acariciaba con la punta de los dedos el rizado vello, antes de introducirlos en su sexo húmedo y ardiente—. Absolutamente perfecta.

Gimió en voz alta. Echó la cabeza hacia atrás y el cuerpo hacia delante, al encuentro de aquellos mágicos dedos. Tuvo que apoyarse en sus hombros para sostenerse. Cuando vio que sacaba el pulgar que había deslizado en su interior y lo deslizaba lentamente por su pequeño tatuaje, el aire escapó de golpe de sus pulmones.

—Estás llena de sorpresas, tigresa. ¿Lo sabías? —sonrió. Inclinandose hacia delante, le besó tiernamente la mariposa.

Antes de que pudiera recuperarse de aquel sensual asalto, sintió la impaciente caricia de su lengua en el ombligo, y también más arriba, subiendo hacia sus senos. La saboreó, la paladeó, la atormentó con la boca, los dientes, la lengua, hasta que una fuerza desconocida la impulsó a apretarse, a frotarse contra él, gimiendo. Jamás en toda su vida había experimentado un deseo tan intenso.

Kyle le tomó entonces las manos y la obligó delicadamente a acariciarle los hombros y el pecho. Jade pudo recorrer así con las puntas de los dedos la sensual línea de vello que descendía hacia su ombligo, hasta desaparecer bajo la cintura de sus tejanos. Se detuvo justo allí, soltándole las muñecas.

—Desnúdame —le pidió antes de besarla nuevamente en los labios.

Le resultaba extremadamente difícil aceptar aquel desafío cuando tenía la sensación de estar ahogándose en aquel beso. Nada más recuperarse, le desabrochó el botón y empezó a bajarle la cremallera de la abultada bragueta. Casi soltó un grito de alivio cuando finalmente lo consiguió. Luego, sin perder el tiempo, le bajó el pantalón por las caderas y los muslos, junto con el calzoncillo.

Casi sin dejar de besarla, Kyle se las arregló para hacer a un lado la ropa y quedar completamente desnudo ante ella. Jade rodeó entonces su miembro con los dedos, arrancándole un gruñido de placer. Acarició la piel de seda con la palma, rozando la punta con el pulgar: allí, en forma de una leve gota de humedad, encontró la prueba del efecto que le estaba provocando. Estaba a punto de volverse loco por ella.

Y ésa era una sensación maravillosa, terriblemente excitante.

—Detente —le pidió él, incapaz de resistirse por más tiempo.

Jade alzó la mirada, aparentemente sorprendida.

—Cariño... Te deseo tanto en este mismo momento, que si no dejas de tocarme así, todo esto habrá terminado antes incluso de empezar. Por desgracia, Charlie tiene voluntad propia, y cuando lo tocas, sólo piensa en una cosa: en meterse dentro de ti.

Jade no pudo menos que soltar una carcajada.

—Es la verdad —insistió, haciéndose el indignado, antes de aprovechar su distracción para guiarla hacia la cama—. Esta primera vez lo haremos despacio y suavemente —la besó en los labios—. Luego será distinto. Disponemos de toda la noche, tigresa... para realizar todas aquellas fantasías que hemos estado soñando con hacer durante meses. Yo al menos...

—Sí —respondió mientras se tumbaba en el lecho cubierto de pétalos de rosa—. Oh, sí...

Kyle se arrodilló en el suelo, a los pies de la cama.

—¿Así que admites que tú también has soñado con hacerme algunas cosas?

Tomó su pie derecho y le besó el empeine, antes de mordisquearle delicadamente la planta bajo los dedos.

—Quizá una o dos veces... —susurró sin aliento.

—Ya tendrás tiempo de practicarlo después... —sonriendo, delineó con un dedo la cadena de oro que llevaba en el tobillo, único adorno que lucía su cuerpo—. Ahora mismo, voy a enseñarte lo que he soñado yo con hacerte...

La agarró de ambos tobillos y separándole suavemente las piernas, se instaló en el medio. Luego, empezando por la derecha, depositó un húmedo beso en la cara interna de la rodilla y fue subiendo por el muslo. Lo mismo hizo con la otra pierna. Para cuando llegó a su destino final, Jade temblaba ya de pies a cabeza, Jadeando.

—Kyle...

—Sssh, corazón, permíteme —murmuró. Apoyando las manos en sus muslos, acercó los labios a su sexo ardiente y deslizó la lengua por sus satinados pliegues.

Esperaba así que confiara en él. Y lo hizo. Pudo sentirlo, saborearlo en la dulce maravilla de su cuerpo, escucharlo en sus gemidos sin aliento. Y, sobre todo, pudo experimentarlo en la inequívoca rendición que precedió a su orgasmo.

Jade gritó y cerró los puños sobre las sábanas mientras se convulsionaba de placer. Minutos después, ya más tranquila, enterró los dedos en su pelo y lo obligó a que la mirara.

Kyle alzó la vista. Continuaba acariciando la hipersensible zona con el pulgar, y hundió profundamente un dedo en su interior, dispuesto a provocarle un nuevo clímax.

—Dime lo que quieres, Jade —la decisión sería suya. Pasaría aquella noche proporcionándole todo el placer físico que le pidiese, si no se sentía capaz de demandarle la fusión física y emocional que tanto esperaba.

—Tú. Te quiero a ti, te necesito... dentro de mí.

Aquellas palabras no pudieron conmoverlo más. Era consciente de la relevancia de lo que le estaba ofreciendo y pidiendo a la vez. Físicamente, le estaba entregando su cuerpo. Emocionalmente, le estaba otorgando el regalo más precioso que había recibido nunca: una confianza plena e incondicional. Una fe sin límites. Y, posiblemente, incluso amor. Lo que había echado de menos durante toda su vida.

Extendió una mano para recoger el preservativo que había dejado sobre la mesilla. Ya se disponía a ponérselo cuando Jade lo detuvo, sujetándole la muñeca. Se humedeció el labio con la punta de la lengua, nerviosa.

—Empecé a tomar la píldora después de que nosotros, er... acordáramos...

Sonriendo ante su timidez, se inclinó sobre ella y enterró los dedos en su cabello.

—Pues me alegro enormemente. Porque no quiero que nada se interponga entre nosotros.

—A mí me pasa lo mismo —suspirando, cerró los ojos para deslizar las manos por la curva de su espalda. Inmediatamente le rodeó las caderas con las piernas, acercándolo hacia sí.

Entró en ella, dejándose envolver por su dulce calor. Le maravillaba la perfección con que parecían encajar sus cuerpos. Aquella unión no tenía nada de casual, como tampoco lo tenían los sentimientos que Jade le evocaba.

Volvió a perder el aliento cuando él empezó a moverse, arqueando la espalda en el instante en que se retiraba para tomar impulso antes de hundirse nuevamente en ella. Mientras tanto le cubría el cuerpo de besos, murmuraba palabras cariñosas, deslizaba una mano entre sus cuerpos y la acariciaba allí donde se fundían.

Su placer se había convertido en el propio. Mientras la seguía hacia aquel oscuro y erótico abismo, supo lo que era necesitar a alguien con cada fibra de su ser.

—Abre la boca y di «ahh» —intentó engatusarla Kyle.

Jade arqueó las cejas, sorprendida.

—¿No esperarás que me meta todo eso en la boca, verdad?

—No —murmuró, sonriendo malicioso—. Sólo un poco cada vez.

De rodillas en la cama, miró la tentadora oferta que sostenía en la mano. Después de haber hecho el amor, se había vuelto a poner el camisón que él le había comprado, pero sin la braguita a juego. Ladeando la cabeza, se humedeció provocativamente el labio inferior con la punta de la lengua.

—¿Puedo chupar solamente el chocolate?

—Tigresa, puedes hacer lo que quieras... Pero me han asegurado que esto es pura ambrosía.

—Bueno, supongo que podré arriesgarme a una nueva experiencia —entrebrió los labios, y Kyle le deslizó lentamente el gran pedazo de melocotón bañado en chocolate en la boca.

Con los ojos cerrados, lo mordió. Un gemido de puro placer escapó de su

garganta mientras lo saboreaba.

Kyle vio la expresión de éxtasis que iluminaba sus rasgos y resistió el impulso de besarla. Sabía a dónde podría conducirles aquel beso con sabor a melocotón y chocolate: a que se enterrara de nuevo en su calor, fundiéndose en un solo cuerpo. La imagen hizo que su abultado miembro se tensara contra la tela del calzoncillo.

Con el pedazo restante, le acarició sensualmente los labios.

—¿Quieres más?

—Mmm... —abrió los ojos—. Todo.

Kyle simuló entonces una expresión de asombro:

—¿Estás segura de que podrás comértelo todo?

Sujetándole la muñeca, volvió a acercarle el trozo a la boca.

—Prueba y verás.

No sólo se comió todo el bombón de melocotón de un sensual bocado, sino que además lamió el chocolate fundido de sus dedos.

—Esto sabe... increíblemente bien —le sonrió como una satisfecha gatita relamiéndose después de haberse bebido un cuenco lleno de rica leche—. Sabes hacer cosas maravillosas con los melocotones...

A Kyle se le ocurrieron al menos una media docena de cosas que le habría gustado hacerle con esos melocotones, todo tipo de juegos eróticos que empequeñecían sus más desenfrenadas fantasías. Pero lo dejaría para otra ocasión. Extendió una mano para recoger la copa de champán que había dejado en la mesilla, al lado de la caja de bombones.

—Siempre a tus pies —le acercó la copa a los labios.

Jade bebió un sorbo y sonrió.

—Esta aventura tuya ha sido toda una sorpresa —comentó mientras se sentaba en la cama—. Nunca me habían mimado tanto. Gracias.

—Te mereces que te mimen, Jade. Y a mí me encanta hacerlo.

—Yo nunca te había tenido por un romántico...

Kyle pensó que él tampoco. Lo que había hecho con ella no lo había hecho con ninguna mujer antes.

—Para todo tiene que haber una primera vez —incluso para el amor», añadió para sus adentros—. Además, tú también te guardabas alguna que otra sorpresa en la manga. Oculta por la braguita, para ser más exactos.

—Supongo que te estarás refiriendo a mi tatuaje... —repuso, ruborizándose.

—Ajá. ¿Por qué te lo hiciste, Jade?

—Sólo fue un impulso... del momento —se encogió de hombros.

Pero su explicación resultaba demasiado sencilla. Demasiado fácil.

—Algo debió de haber desencadenado ese impulso. O alguien —añadió, sospechando más bien lo último.

Jade desvió la mirada, fingiendo interesarse por la acuarela que tenía colgada en la pared. Pero él no se dejó engañar:

—Dímelo, Jade. No pretendo juzgarte, pero necesito saber lo que pasó en tu anterior relación para que te volvieras tan... bueno, tan desconfiada hacia los hombres.

No lo negó. Pero tampoco le explicó nada. Kyle soltó un profundo suspiro mientras se rascaba la barbilla. Llevaba medio año persiguiendo a aquella mujer e, inesperadamente, en menos de dos meses, había terminado enamorándose de ella. No podía dejar de lado algo tan evidentemente importante para su futuro.

—Esta noche has confiado plenamente en mí —insistió—. Me has confiado tu presente. Me gustaría pensar que también puedes confiarme tu pasado.

Jade se quedó mirando fijamente al hombre que tanto había llegado a significar para ella en tan corto espacio de tiempo. Un hombre que se había asomado a sus más íntimos secretos y deseos, devolviéndole su confianza como mujer. Un hombre que le había dado tanto, pidiéndole a cambio tan poco. Deseosa de aflojar el nudo que le atenazaba el pecho, apuró su copa antes de empezar a hablar:

—Conocí a Adam Beckman en una fiesta organizada por un cliente nuestro que poseía una empresa de finanzas. Adam trabajaba para él. Era un tipo seductor, y a mí me sedujo. Comenzamos a salir, y nuestra relación evolucionó rápidamente. Antes de que pudiera darme cuenta, estaba completamente colada por Adam, deseosa de hacer cualquier cosa para agradecerlo o para estar con él.

Le sudaban las palmas de las manos y se las secó en el camisón que cubría sus muslos. El corazón le martilleaba el pecho. Aparte de su familia, nadie más sabía lo devastadora, lo emocionalmente destructiva que había sido su relación con Adam.

Alzó la mirada hacia Kyle, sin saber muy bien lo que esperaba encontrar. Se mantenía callado pero atento, exudando una inmensa paciencia. Su silenciosa fortaleza le dio ánimos para seguir adelante.

—Cuando llevábamos un par de meses saliendo juntos, Adam comenzó a hacerme veladas sugerencias para que cambiara de aspecto... Mi pelo, por ejemplo. Lo tenía largo hasta la cintura, y lo llevaba suelto, como a mí me gustaba. Pero él prefería que me lo recogiera, aunque insistió en que no me lo cortara —se llevó una mano al cabello, sin arrepentirse del día en que decidió cortárselo tras su ruptura con Adam. Se había sentido orgullosa de aquel gesto de desafío—. No le gustaba que me maquillara, así que empecé a maquillarme cada vez menos. Lo siguiente fue la ropa. Adam insistió en que si iba a convertirme en la mujer de un alto ejecutivo, tendría que cuidar ese aspecto. Me sugirió que me comprara un nuevo vestuario y eligió trajes y vestidos de colores oscuros, sobrios.

Kyle seguía sin decir nada, pero se notaba que no le gustaba en absoluto lo que estaba oyendo.

—Mi aspecto exterior no fue lo único que cambió —continuó ella—. Con su personalidad controladora y dominante, Adam tenía ideas muy precisas sobre cómo debía comportarme, tanto en público como en privado. Incluso se dedicó a espiar mis salidas, a dónde iba y a quién veía. Y yo caí directamente en aquella trampa, le permití que me influenciara hasta el punto de que dejé de ser la persona que había sido antes

de conocerlo. Me convertí en una mujer dócil y sumisa a la que él moldeaba a su gusto —todo sucedió demasiado rápido. Aterradoramente rápido—. Y no me di cuenta a tiempo de lo muy destructiva para mi personalidad que era la manipulación de Adam.

Necesitada de un mínimo espacio, se levantó de la cama para acercarse al ventanal, que ofrecía una magnífica vista de la ciudad.

—¿Qué sucedió entonces, Jade? —inquirió Kyle a su espalda.

Se abrazó, estremecida. Todavía quedaba lo peor por contar. Pero ya no podía echarse atrás.

—Mi hermana y mis padres me confesaron lo muy preocupados que estaban por mi cambio de comportamiento y de apariencia —no se atrevía a mirarlo—. Una parte de mi ser, la parte que estaba enamorada de Adam, odiaba su intromisión y se obstinaba en negar la verdad. Estaba decidida a demostrarle a mi familia lo equivocada que estaba con Adam.

El silencio de la habitación era absoluto. Con el corazón encogido, Kyle esperó a que continuara.

—Ascendieron a Adam en el trabajo, y yo le preparé una fiesta invitando a la familia y amistades. Quería agradarlo, presentarme con el mejor aspecto, y también demostrar a mi familia que Adam no era tan malo como ellos parecían pensar. Así que fui a la peluquería, me maquillé, me puse guapa, me dejé el pelo suelto, casi hasta la cintura. Me compré un vestido nuevo, una túnica larga hasta los tobillos, con una abertura lateral... —una leve sonrisa asomó a sus labios—. Recuerdo haber pensado, cuando me miré en el espejo, que por primera vez desde que salía con Adam me sentía guapa, femenina y deseable. Mi último pensamiento fue que esperaba que a él le gustase también —soltó un profundo suspiro—. Pero cuando llegó a casa y me vio hablando con un compañero suyo de trabajo, se puso furioso —se estremeció al recordarlo—. Delante de todos, me dijo que no quería que nadie lo viera en compañía de una mujer que vestía y se comportaba como una mujerzuela, y abandonó la fiesta que yo le había organizado.

—Canalla —musitó Kyle.

—Me sentía absolutamente humillada —soltó una amarga carcajada. No se sorprendió de que se le llenaran los ojos de lágrimas: llevaba tres años intentando contenerlas—. Quería morirme de vergüenza.

Lo oyó levantarse de la cama y vio su reflejo en el ventanal mientras se le acercaba por detrás. El contacto de su duro cuerpo cuando la abrazó por la cintura, apretándola contra su pecho, la hizo entrar en calor.

—Cariño... —la besó tiernamente en el cuello—, lo siento tanto...

Cerró los ojos, absorbiendo su energía mientras intentaba recuperar la compostura.

—Al principio me quedé destrozada —admitió—. Pero mi hermana y mis padres me ayudaron a superar la crisis. Sin la influencia diaria de Adam, me di cuenta del enorme control que había ejercido sobre mí. Y fue entonces cuando me juré a mí

misma no volver a dejar que ningún hombre se me acercara lo suficiente... para manipularme de esa manera.

Kyle entrelazó los dedos sobre su cintura, intentando calmar el temblor que aún sacudía su cuerpo. Ahora entendía su renuencia a relacionarse con él o con cualquier otro hombre. Y, sobre todo, sus fantasías cobraban pleno sentido. Con un amante imaginario, Jade se sentía lo suficientemente segura para expresar sus deseos y necesidades, sin la amenaza de sentirse controlada, porque era ella quien dictaba el nivel de intimidad.

—Así que, después de Adam, te rebelaste — pensó que, como la bella mariposa de su tatuaje, había salido de su capullo. Había emergido al mundo.

—Sí, me rebelé —se apoyó sobre su pecho—. Salí y me compré ropa vistosa, colorida. Fue mi manera de superar lo que había sucedido. Y para demostrar lo muy independiente que era, un día decidí hacerme un tatuaje. Algo elegido por mí y que nadie podría quitarme.

Kyle sonrió. Comprendía perfectamente su rebelión. Él había combatido la indiferencia de su padre con todo tipo de actos de desafío que, en el fondo, se le parecían mucho. Consciente de que durante aquella noche habían dado un paso de gigante, la hizo volverse en sus brazos y la miró fijamente a los ojos:

—Pues a mí me encanta tu mariposa. Lo que no me gusta tanto es la idea de que alguien más la vea...

—Aparte del artista que me la tatuó, tú eres el único hombre que me la ha visto. Y desde luego el primero que la ha tocado.

—Y prefiero que nadie más lo haga.

Demasiado tarde se dio cuenta del tono posesivo, casi dominador que había utilizado. Su reacción, cuando la vio estremecerse de nuevo, se lo confirmó.

—Tigresa... —le acarició tiernamente una mejilla con el dorso de la mano—. Yo no pretendo controlarte. Siempre respetaré tu independencia, jamás intentaré gobernar tu vida — las emociones que había estado conteniendo hervían en su interior, luchando por surgir a la luz—. Pero hay algo que necesitas saber.

—¿Sí?

—Me estoy enamorando de ti —para su propia sorpresa, pronunciar aquellas palabras le resultó más fácil de lo que había esperado. Y eso que era la primera vez que lo hacía—. No, me corrijo. Ya estoy enamorado de ti.

Se lo quedó mirando consternada, con la boca abierta. No era la reacción que había esperado, pero ya tendría tiempo de acostumbrarse a la idea.

—Sé que acordamos vivir una aventura sin compromisos... —él mismo había creído en un principio que eso sería suficiente—. Pero, en algún momento del proceso... he acabado enamorándome de ti.

—Oh, Kyle... —alzó una mano para acariciarle una mejilla, conmovida por una confesión que encontraba tan dulce... como inquietante—. Yo te quiero mucho, pero...

«Tengo demasiado miedo de volver a entregarme a alguien. De dejar que mis

sentimientos me nublen nuevamente el juicio». En realidad, temía que eso ya le hubiera sucedido. Una trémula sonrisa se dibujó en sus labios.

—Dame un poco de tiempo, ¿de acuerdo?

—Todo el que quieras —se llevó su mano a los labios para besarle la palma—. Todo el que necesites. Y mientras piensas en ello, ¿por qué no disfrutamos de este tiempo que tenemos para estar juntos? Te deseo, Jade. No creo que pueda hartarme nunca 'de ti.

—Sí —susurró. A ella le sucedía lo mismo. Sólo de pensarlo se quedaba sin aliento.

De un solo movimiento, Kyle se bajó el calzoncillo, lo hizo a un lado y la acorraló contra la pared con su cuerpo duro, excitado. Arrancándole un gemido, le devoró los labios mientras sus manos buceaban bajo el camisón. Luego, levantándola en vilo de las nalgas, rozó su húmedo sexo con la punta de su erección. Jade se aferró a su cuello y enredó las piernas en torno a sus caderas: lo necesitaba con toda su alma, más allá de un nivel puramente físico.

Esa vez, la tomó rápida, violentamente, atrayéndola con fuerza hacia sí, al encuentro de sus embates, una y otra vez., hasta que Jade se derrumbó sobre él, desmadejada, con los dedos enterrados en su pelo. Su apasionado asalto fue salvaje, implacable. Afirmando las manos en su cintura, la hizo arquearse hacia él para enterrarse completamente en su interior, creando una exquisita fricción que la dejó estremecida.

La terrible tormenta de deseo estalló finalmente en una marea tan intensa de placer que Jade despegó los labios para gritar, chillar su nombre. Mientras alcanzaba un glorioso e impresionante clímax, que desencadenó inmediatamente el de Kyle, su corazón admitió lo que su mente aún no estaba preparada para aceptar.

Que ella también se había enamorado de él.

Capítulo 10

Una vez que el último cliente de la tarde se hubo marchado, Kyle cerró la puerta del local y apagó el flamante neón de la entrada, Bar Restaurante La Oveja Negra. El neón había sido un regalo sorpresa de Jade.

Ante sus protestas por el elevado precio del regalo, Jade le había echado los brazos al cuello para sugerirle a continuación que se le ocurrían varias maneras de compensarla... y darle un apasionado beso que consiguió excitarlo al instante.

Aunque tampoco necesitaba mucho para desearla. Bastaba con una mirada. Un roce. El aroma de los melocotones... Aquel día habían terminado en el sofá de su oficina recién decorada.

Durante el último mes habían menudeado los episodios de ese tipo: habían hecho el amor con una desquiciada urgencia que Kyle jamás antes había experimentado. Día a día, hora a hora, cada vez estaba más profunda, locamente enamorado de ella. Quería hacer con ella cosas inimaginables hasta entonces: tejer lazos, compromisos que había evitado durante toda su vida. Por todo lo cual, el secreto que aún le ocultaba le recordaba más que nunca la conciencia.

De repente, el contacto de su mano en su brazo lo devolvió a la realidad. Girándose, la estrechó en sus brazos.

—¿Te he dicho ya que la inauguración será un éxito?

—Cien veces por lo menos —respondió él.

Jade llevaba asegurándose durante toda la semana. Kyle, por el contrario, no las tenía todas consigo. Se había endeudado y tenía miedo de que su negocio terminara hundiéndose, como tantos otros negocios en aquellos días, dejándolo con una factura que nunca pudiera llegar a pagar. De esa manera, para colmo, su familia tendría la prueba definitiva de que seguía siendo tan temerario e irresponsable como siempre.

—Pues entonces hazme caso —lo abrazó. Aquel día llevaba un vestido singularmente corto. Y sin sujetador—. Conozco mi trabajo, Kyle, y tú conoces el tuyo. Juntos formamos un gran equipo.

«Y no sólo laboralmente hablando», pensó Kyle, cediendo al impulso de acariciarle la espalda desnuda y atraerla hacia sí.

—Además, ¿cómo puede la nueva Oveja Negra no ser un éxito? Mírala bien.

A pesar de la nube de deseo que lo envolvía, Kyle miró a su alrededor. El ambiente era justo lo que había deseado y planeado: de una sutil sofisticación. Clásico y elegante, pero al mismo tiempo cálido y acogedor. Los suelos de parquet relucientes, las paredes forradas de madera, las ventanas con sus nuevos marcos y cenefas a juego con los del restaurante... Al ver a sus empleados recogiendo el bar, tuvo que admitir que también estaba encantado con los uniformes que llevaban, incluido Bruce.

—Y a juzgar por todo lo que se comenta por ahí, tengo la impresión de que La Oveja Negra va a dejar al Roxy's fuera de combate. Incluso mi padre se ha quedado impresionado.

Kyle bajó la mirada hasta sus labios, tan cerca de los suyos. Se le aceleró el pulso. La sangre le ardía. Con un esfuerzo, tuvo que recordarse que no estaban solos en el local.

—Fue muy amable al venir, y tu madre también —le dijo, sincero. Teniendo en cuenta que su propia familia calificaba su profesión de poco respetable, apreciaba muchísimo el incondicional apoyo de la familia de Jade—. Y Grey y Mariah, claro.

—Les caes bien a todos. Mejor que bien. ¿Sabes una cosa, Kyle Stephens? A veces pienso que eres demasiado perfecto para ser real.

Se disponía a besarla cuando de pronto se contuvo, desvanecida su euforia por aquella última frase. Desde luego que no era perfecto, y el mayor de sus defectos era el engaño en que la tenía respecto a su diario. Un engaño que cada día le pesaba más y más.

—Hay algo increíblemente sexy en tu uniforme —le susurró Jade al oído mientras deslizaba los dedos por sus tirantes, hasta la cintura del pantalón—. He tenido cierta fantasía...

Kyle soltó un gruñido y le puso un dedo sobre los labios, sabiendo exactamente en qué consistía aquella fantasía y cómo terminaba... Una fantasía que le encantaría llevar a la realidad. Más tarde.

—Espérame un momento, tigresa —repuso, acariciándole el labio inferior con el pulgar—. Todavía tardaremos una hora más en cerrar el local. Y si no te marchas ahora mismo, nunca podré salir de aquí. Aparte de que mis empleados se quedarán impresionados con las hazañas sexuales de su jefe...

Minutos después, se encontraban en la acera, al lado del deportivo de Jade. Kyle le abrió la puerta.

—Ya sé que es tarde, pero... ¿qué te parece si te pasas por mi apartamento cuando termines? Así podríamos celebrar la próxima inauguración en privado. Aparte de que tengo una sorpresa para ti.

Instintivamente, adivinó que se no trataba de un regalo tangible. A la luz del farol de la calle, en sus ojos verdes brillaba una emoción que sólo había visto desde que le confesó que estaba enamorado de ella. Y aunque no había insistido más, había sabido ya en aquel entonces que sus sentimientos eran igual de intensos. El indisimulado placer que iluminaba su expresión y, sobre todo, la manera en que se entregaba a él cuando hacían el amor, le decían mucho más que las palabras que tanto estaba esperando escuchar.

El descubrimiento de que ella también se estaba enamorando de él lo convertía en el hombre más feliz de la tierra. Pero también en el más culpable, por haber utilizado su diario de fantasías para seducirla.

—¿Y bien?

—Cariño, tendría que estar loco para rechazar una oferta semejante.

—Te esperaré —le prometió, sonriente, antes de subir a su deportivo.

Con las manos en los bolsillos, Kyle se quedó observándola hasta que abandonó el

aparcamiento. Sólo cuando las luces traseras del deportivo se perdieron en la distancia, se volvió para entrar en La Oveja Negra. Se sentía como si flotara. Al fin lo había conseguido. Nunca se había sentido más orgulloso de algo en toda su vida.

Le había pedido a Jade su confianza, y ella, a pesar de la amarga experiencia que había tenido, se la había dado. Ya no habría más secretos ni mentiras entre ellos. Había llegado la hora de devolverle el diario.

Después de ponerse una bata de seda sobre el corto camisón negro que había elegido especialmente para Kyle, Jade atravesó el dormitorio y abrió las cortinas para dejar entrar la fresca brisa nocturna. Al otro del patio ajardinado, el apartamento de Kyle se hallaba a oscuras. Esperaba que permaneciese así durante el resto de la madrugada, ya que planeaba despertarse por la mañana en sus brazos.

La espera se le estaba haciendo interminable. Había tardado tres años en abrirse para volver a confiar en un hombre. Era inevitable que hubiera acabado enamorándose de Kyle. De alguna manera había encarnado al amante de sus sueños, en todos los aspectos.

Cada vez más inquieta, se puso a pasear por el apartamento, esperando escuchar en cualquier momento la llamada a la puerta. En un intento por relajarse, se sentó en el borde de la cama, cerró los ojos y se imaginó la noche que se avecinaba como si fuera una de sus fantasías. Quería ser todo lo que Kyle pudiera desear en una mujer, en una amante. Quería demostrarle lo que sentía por él, y decírselo también de palabra.

De repente, un rumor procedente de la terraza la sobresaltó. Abrió los ojos y descubrió, consternada, una oscura figura trepando a la barandilla de hierro forjado y entrando en su apartamento de un salto...

Surgió de las sombras de la terraza, recortada su figura alta y esbelta a la luz de la luna... Aquella antigua fantasía asaltó su mente, y tuvo que pellizcarse para convencerse de que no se lo estaba imaginando... Hasta que la figura avanzó hacia ella. ¡No era una ilusión, era un intruso! Con un grito de terror atascado en la garganta, recogió el teléfono inalámbrico para pedir ayuda y saltó al otro lado de la cama para dirigirse hacia la puerta.

—Jade, soy yo, Kyle...

Se giró en redondo, con la adrenalina corriendo a torrentes por sus venas. A la débil luz de la mesilla, pudo ver que era Kyle. Allí estaba, tan sensual como siempre, de carne y hueso. Todavía llevaba su uniforme del bar, con su camisa blanca, pantalones negros y tirantes, y una pequeña mochila colgada al hombro.

—¡Maldita sea, Kyle, me has dado un susto de muerte! —volvió a dejar el teléfono en su lugar, estremecida.

—Pues no parecías asustada, por lo menos al principio. Como si estuvieras esperando que alguien entrara por la terraza...

Su observación la irritó. ¿Cómo podía haberlo adivinado?

—Eso es ridículo.

—¿Me estabas esperando? —continuó acercándose a ella—. ¿Estabas pensando en mí?

Intentó sobreponerse, desechando aquellas sospechosas coincidencias entre realidad y fantasía. Nada conseguiría estropear la celebración de aquella noche. Rodeó la cama y se dirigió a su encuentro.

—Sí, te estaba esperando.

—¿Y en qué pensabas exactamente? —inquirió él con voz ronca.

—En lo mucho que te deseo —desatándose la bata, se la deslizó por los hombros—. En lo mucho que te necesito.

A Kyle se le secó la garganta cuando vio su camión negro. No llevaba braguita. La visión fue lo suficientemente erótica como para distraerlo de su propósito original.

—¿Me deseas?

—Siempre.

Con una provocativa sonrisa en los labios, empezó a desatarle el nudo de la corbata: tras sacárselo del cuello de la camisa, lo dejó caer al suelo. Luego le bajó los tirantes y se concentró en desabrocharle los botones de la camisa. Tan hipnotizado estaba Kyle por sus gestos, que apenas era capaz de respirar.

Le sacó los faldones de la camisa de debajo del pantalón y deslizó las palmas de las manos por su pecho, por su vientre plano y duro, hasta llegar a la cintura del pantalón. Acto seguido le desabrochó el botón y le bajó la cremallera.

—¿Te acuerdas de la sorpresa que te tenía reservada?

—Sí —contestó con voz ronca.

La honda emoción que veía brillar en sus ojos no pudo conmoverlo más.

—Te amo, Kyle Stephens. Más de lo que nunca creí posible amar a alguien.

Gimió para sus adentros ante aquella dulce declaración, y ante la fácil destreza con que le bajó el pantalón y el calzoncillo por las caderas y los muslos. Antes de que se diera cuenta de sus intenciones, ya le había rodeado el miembro erecto con los dedos.

Cerró con fuerza los ojos. Agarró con fuerza la correa de la mochila que todavía colgaba de su hombro, obligándose a recordar sus honorables intenciones para aquella noche.

—Jade... necesitamos hablar.

—Después —replicó mientras deslizaba sus labios húmedos y ardientes por su vientre, sus caderas... hasta que Kyle sintió la caricia de su lengua.

Un gruñido brotó de su garganta, provocado por la increíble sensación de placer que le proporcionaba su boca, más allá de todo pensamiento racional. Dejando caer la mochila que contenía el diario, enterró los dedos en su cabello. «Más tarde», decidió también, tan excitado por el atrevimiento de Jade, que no le quedaba más remedio que ceder y entregarse. De alguna manera, casi sin darse cuenta, consiguió descalzarse. Jade lo desembarazó del resto de la ropa.

Cuando quedó completamente desnudo ante ella, Jade se incorporó para darle uno de los más eróticos besos que había recibido en su vida. Sin interrumpir el beso, lo empujó suavemente hacia la cama hasta que sus piernas tocaron el borde. Bastó una leve presión de sus manos en su pecho para que cayera sobre el colchón. Luego se sentó a horcajadas sobre él, con su húmedo y ardiente sexo sobre su vientre.

Le costaba respirar. La quería tan desnuda como él, así que hizo un intento por despojarla del camisón.

—No —sacudió la cabeza mientras le sujetaba de las muñecas y se las inmovilizaba contra el colchón, a cada lado de la cabeza.

En aquella posición, sus senos quedaban a escasos centímetros de su rostro, y Kyle se aprovechó de ello. Intentó acceder a un pezón con la lengua, por debajo de la tela, y lo consiguió..

Jade perdió el aliento y se echó hacia atrás, soltándole las manos.

—Mira.

Se sacó el camisón por la cabeza y lo lanzó a un lado. Kyle se embebió de su desnudez, aprisionado por sus largas y bien torneadas piernas.

Inclinándose sobre él y rozándole el pecho con las puntas de los senos, empezó a besarle la mandíbula, el cuello, los hombros. Al echarse hacia atrás, su sexo húmedo, sedoso, tropezó con su miembro duro, insoportablemente excitado. Bastó un solo y fluido movimiento para que encajase a la perfección.

Sus recíprocos gemidos de placer llenaban el silencio del apartamento. Su instinto masculino la urgía a tocarla, pero se refrenaba. Aquella era su seducción, su turno. Y estar a merced de Jade, ahora se daba cuenta de ello, ya era más que satisfactorio. Con los párpados medio cerrados, vio cómo empezaba a moverse suave, lenta, sinuosamente.

De repente, Jade bajó la cabeza y se encontró con su mirada. Una sensual sonrisa se dibujaba en sus labios. Sus ojos de un verde dorado brillaban de calor, de pasión y de... amor. Era una sensación abrumadoramente maravillosa ser el destinatario de una emoción semejante... Y fue aquella mirada de adoración, de completa confianza, la que desencadenó su orgasmo. Con un fuerte gruñido se abandonó a aquel placer inefable, se dejó arrastrar a lugares desconocidos, en los que nunca había estado antes. Lugares con lo que hasta entonces sólo había soñado.

A final, la tempestad de deseo terminó y Jade se derrumbó sobre su cuerpo, saciada. Cuando le susurró al oído que lo amaba, Kyle rezó para que continuara sintiendo lo mismo cuando le hubiera dicho lo que tenía que decirle.

Jade salió de la bañera después de disfrutar de una buena ducha caliente, esperando encontrar a Kyle todavía durmiendo en la cama, donde lo había dejado una hora antes. No estaba, pero el ruido de los platos procedente de la cocina y el aroma a café recién hecho le aseguraron que no se había marchado.

Tampoco lo había esperado, se dijo mientras escogía un sencillo vestido veraniego del armario y se lo ponía. En varias ocasiones de la noche anterior Kyle le había mencionado que necesitaban hablar, pero, afortunadamente, no le había resultado nada difícil distraerlo de aquella idea para que pudiera concentrarse en satisfacer sus eróticas demandas. Hacer el amor con Kyle nunca sería aburrido, no cuando se complementaban de una manera tan perfecta. No cuando parecía conocer exactamente lo que quería, lo que necesitaba, incluso antes o mejor que ella misma.

Sonriéndose, recogió su ropa dispersa por el suelo y la dobló para guardarla. Fue entonces cuando descubrió la pequeña mochila que había llevado. Supuso que se trataría de una simple muda de ropa, pero le extrañó que pesara tanto. Moviéndose por la curiosidad, la abrió y metió una mano: sus dedos se cerraron sobre el lomo de un libro.

Nada más sacarlo, se quedó asombrada. La mochila resbaló entre sus dedos. Aquel diario de tapas burdeos se parecía terriblemente al que ella había perdido. Pero cuando lo abrió, comprobó que era el suyo. Kyle lo había tenido durante todo el tiempo en su poder.

Un gemido escapó de su garganta. Empezó a temblar de manera controlable mientras pensaba en las variadas formas que Kyle había tenido de seducirla, en las similitudes entre aquellos episodios y sus fantasías. Por eso parecía conocerla tan bien. Sus más íntimos pensamientos, sus secretos más personales. Se sentía vulnerable. Desnuda. Y traicionada.

Casi no podía respirar. Su relación, su amor... Todo había sido una mentira. Para Kyle, ella no había sido más que un desafío. Un desafío que había conquistado con increíble facilidad. Conociendo como había conocido sus fantasías, había podido controlar sus reacciones e influenciar sobre sus sentimientos. Y ella, en el proceso, se había enamorado perdidamente de él. Por segunda vez en su vida, se había dejado engañar por un hombre. ¿Acaso nunca aprendería?

La humillación le quemaba la sangre. Se odió a sí misma por no haber visto lo obvio, por no haber descubierto la verdad escuchando la insistente voz interior que se lo había advertido, que la había incitado a sospechar. Pero odiaba aún más a Kyle por haberse aprovechado de ella y de su diario de fantasías. E intentó aferrarse a aquel destello de furia hasta que logró que cristalizara en una rabia ciega, destructora.

Estaba dispuesta a luchar. Esa vez sería ella quien controlaría el final de aquella farsa.

—El café está listo, tigresa —anunció Kyle a su espalda mientras entraba en su dormitorio—. ¿Te apetece una taza?

Jade no se lo pensó: sólo reaccionó de manera puramente emocional. Girándose en redondo, se acercó a él y lo abofeteó con todas sus fuerzas.

—Canalla, ¿cómo has podido hacer algo tan vil y despreciable?

No le dio oportunidad a contestar. En cualquier caso, Kyle se había quedado tan asombrado, que parecía incapaz de pronunciar palabra.

—Aunque quizá sea ésa la explicación... No tienes moral, ¿verdad? Simplemente

querías pasártelo bien y yo era un objetivo fácil.

Con gesto ausente, se tocó la mejilla dolorida.

—¿De qué estás hablando?

—De esto —alzó la prueba inculminatoria, resistiendo el impulso de tirársela a la cabeza—. ¿Te resulta familiar? Es un diario personal, privado, de fantasías, Kyle. Mis fantasías. Y mira —añadió con burlona sorpresa mientras lo abría por la portada y se lo acercaba a la cara—. Incluso tiene mi nombre escrito. Alguien honesto lo habría devuelto antes de quedárselo y leerlo.

Kyle retiró el libro para mirarla a los ojos, tensa la mandíbula. Había un brillo extraño en sus ojos... ¿arrepentimiento, quizá? Seguro que no, pensó Jade con amargura. Alguien que había elaborado un plan tan retorcido no podía ser capaz de un sentimiento semejante.

—Jade...

—¿Dónde lo encontraste? —le espetó—. Quiero la verdad. Al menos ten la vergüenza de decírmela.

—Estaba en la caja de libros que compré en el mercadillo de objetos usados del complejo.

—Antes de comprar los libros... ¿sabías que el diario estaba en la caja?

Kyle vaciló, tenso todo su cuerpo a la defensiva.

—Sí.

En el fondo de su alma, Jade había esperado una negativa por su parte. Le dio la espalda y cerró los ojos con fuerza, intentando sobreponerse al dolor que le desgarraba las entrañas. Así que su persecución y conquista habían sido deliberados, espoleados por la lectura de sus más íntimas fantasías. Y ella, desesperada por recibir afecto y cariño, había sucumbido a su plan. Se estremeció al darse cuenta de lo ingenua que había sido. Una vez más.

—Jade, me gustaría que me dieras la oportunidad de explicarme...

Se giró en redondo, lanzándole una mirada incrédula.

—¿Qué hay que explicar... —le preguntó, lanzando el diario sobre la cama deshecha—... aparte del hecho de que has utilizado mis fantasías para explotarme, tanto física como emocionalmente?

No le pasó desapercibida la mueca de dolor que esbozó Kyle al escuchar aquellas palabras.

—Cuando descubrí tu diario... me pareció una oportunidad de llegar a conocerte mejor.

—¡Fue una invasión de mi intimidad! —exclamó—. Te serviste de mis fantasías para realizar tus propias versiones morbosas y perversas...

—¡No fue eso en absoluto!

—¿Ah, no? ¿Y qué pasa con la noche del baño en la piscina? ¿O el episodio de los melocotones en la oficina de tu bar? ¡Si hasta me repetías las mismas palabras que había escrito yo!

Le ardía la cara de vergüenza cuando evocaba aquellos humillantes recuerdos, la disposición con que se le había entregado... Hasta que acabó enamorándose de él. Pero todo había sido una farsa.

—¿Compraste o no compraste mi diario con la intención de utilizar mis fantasías para seducirme?

Vio que respiraba aceleradamente. Su silencio ya era suficiente prueba de culpabilidad, pero a ella no le bastaba.

—¡Maldita sea, contéstame! —insistió, furiosa—. ¿Lo hiciste o no con esa intención?

—Sí —murmuró, reacio, y se pasó las dos manos por el pelo en un gesto de frustración—. Lo hice, sí, al principio. Pero me pareció lo suficientemente inocente como para que no...

—¿Te parece inocente manipular los sentimientos de alguien? Dime, ¿leíste mis fantasías y te compadeciste de mí? ¿Vine a ser como un caso de caridad del que decidiste ocuparte? Pobrecita Jade, tan frustrada que se dedicaba a escribir sus fantasías en vez de buscarse un hombre...

Indignado, la agarró de los hombros.

—¡Por el amor de Dios, Jade, yo nunca me compadecí de ti! Me sentía atraído, y aunque sabía que tú también te sentías atraída por mí, no bajabas la guardia y seguías sin darme una oportunidad. Fue entonces cuando descubrí tu diario, y empecé a preguntarme por qué te mostrabas tan reservada, tan cerrada. Tus fantasías eran algo seguro, una manera de evadirte sin tener que soportar la amenaza de resultar herida. Esas fantasías me permitieron acercarme lo suficiente a ti para descubrir quién eras realmente, quién era la verdadera Jade.

—Y mientras tanto... —se liberó bruscamente— te lo pasaste en grande representando el papel de amante de mis sueños, ¿verdad? Dime, ¿disfrutaste mucho manipulándome, haciendo que mi mente confundiera la realidad con la fantasía? ¡Anoche mismo entraste en mi dormitorio por la terraza, exactamente igual que la fantasía que había escrito! Y trajiste contigo el diario. ¿Qué esperabas? ¿Que lo leyéramos juntos en la cama? —inquirió, sarcástica.

—Anoche vine precisamente con la intención de devolvértelo.

—Y, con ese noble gesto, ¿se suponía que esperabas arreglarlo todo?

—No —cuando descubrió su ropa sobre la cómoda, se puso el pantalón sin dejar de mirarla—. ¿Pero no se te ha ocurrido pensar que si yo no hubiera traído anoche ese diario, tú jamás te habrías dado cuenta de que lo tenía? —dejó que asimilara sus palabras mientras se subía la cremallera y abrochaba el botón—. Yo no tenía que devolvértelo, Jade. Pude habérmelo quedado, o arrojado a la basura, y tú nunca lo habrías sabido. Si te lo devolví fue porque elegí hacerlo.

Aunque no quería darle la oportunidad de redimirse, Jade no pudo evitar preguntarle:

—¿Entonces por qué lo hiciste?

Se acercó a ella, y aunque hasta el último de sus instintos la urgía a apartarse, descubrió que no podía. De repente le acunó el rostro entre las manos, no dándole otra oportunidad que la de mirarlo directamente a los ojos.

—¿Que por qué decidí devolverte el diario? Porque cuando me enamoré de ti, me di cuenta de que lo que había hecho era un error, una injusticia. Y de que no quería que ningún engaño se interpusiera entre nosotros.

Jade no quería creerle, no quería tragarse más mentiras. No, quería infligirle el mismo daño que él le había infligido a ella.

—La culpa es un sentimiento muy poderoso, ¿verdad? Tú lo sabes por experiencia —y, por lo que le había contado, Kyle había cargado con su propia culpa durante diecisiete años.

Aquel golpe bajo lo tomó desprevenido, pero se recuperó en seguida.

—Sí que lo es. He hecho muchas cosas en mi vida de las que no me siento nada orgulloso, y muchas más de las que me arrepiento. Por eso mismo me convencí de lo importante que era ser completamente sincero contigo.

—¿Jugando el papel de persona responsable después de haberme mentado? —se burló.

—Sí. Maldita sea, ino quiero perderte! Créeme, yo nunca quise hacerte el menor daño. Te quiero, Jade.

Descubrió, horrorizada, que estaba a punto de echarse a llorar.

—Pues tienes una manera muy extraña de demostrarlo. ¿O es que eso también es un juego? ¿Haces realidad mis fantasías, me dices que me quieres y luego pretendes que me sienta lo suficientemente agradecida, o lo suficientemente estúpida, como para que te declare amor eterno?

—Admito que nunca esperé enamorarme de ti. Pero tampoco te mentí acerca de mis sentimientos. Ni una sola vez.

—Yo sí que te mentí —replicó dolida, amargada—. Porque no te quiero. Te odio —se abrazó, desgarrada por la rabia, deseosa de desahogarse y descargar su tensión sin que Kyle estuviera delante. Ya habría tiempo para eso después, cuando estuviera sola—. Yo confié en ti, y tú me traicionaste de la peor manera posible.

—Jade... —le suplicó, intentando acercarse nuevamente a ella.

—No quiero oír nada más —retrocedió, alzando un mano—. Déjame en paz. Tú ya te divertiste bastante, y admito que el sexo estuvo muy bien, pero yo no estoy hecha para las aventuras superficiales.

Kyle no discutió, aunque tuvo que hacer un enorme esfuerzo para contenerse.

—Me iré. Por ahora —recogió el resto de su ropa y, sin pronunciar otra palabra, abandonó el apartamento.

Jade se apoyó en pared para sostenerse, pero las piernas se le doblaron de todas formas. Resbalando hasta quedar sentada el suelo, enterró la cara entre las manos y se puso a sollozar. Un violento dolor le atravesaba las entrañas, destrozándole el corazón.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Lo había conseguido. Había logrado mantener el control de la situación. Había puesto fin a su relación con Kyle con cierta dignidad. Pero entonces... ¿por qué se sentía como si acabara de perder todo lo que más le importaba en el mundo?

Capítulo 11

Jade se estaba retrasando.

Kyle miró su reloj por cuarta vez durante los últimos quince minutos, y desvió luego la vista hacia una de las ventanas del salón, esperando a que el deportivo rojo apareciera en el aparcamiento. Según la conversación que había mantenido con la secretaria de Jade unos días atrás, tenía una cita a las diez en punto para sacar fotografías del nuevo bar y restaurante para la carpeta de trabajos de Casual Elegance. Cuando preguntó, disimulando su interés, si Jade estaría presente en la sesión fotográfica, le dijeron que por lo general solía acompañar al fotógrafo.

Después de una semana sin verla, y dada la habilidad de Jade a la hora de eludirlo, sabía que aquella sería su única oportunidad de hablar con ella. Desde que salió de su apartamento, estaba desesperado. Marcharse de allí con la idea de darle tiempo para que reflexionara había sido el mayor error de todos los que había cometido. Desde aquella mañana, lo único que había conseguido era escuchar la voz de su contestador telefónico, donde le había dejado una multitud de mensajes sin respuesta.

Sus esperanzas se desinflaron de golpe cuando vio que otro coche entraba en el aparcamiento. Un minuto después, Mariah bajaba del vehículo seguida de un hombre de pelo oscuro, que se apresuró a descargar el equipo fotográfico. Los esperó en la puerta, frustrado. Mientras veía acercarse a Mariah, intentó mantener la compostura, ignorante de lo que habría podido decirle Jade sobre su relación.

El fotógrafo fue el primero en entrar.

—Buenos días.

Kyle le devolvió el saludo y el hombre pasó al salón, donde empezó a preparar su equipo. Mariah se detuvo frente a él, sosteniéndole la mirada. No había animosidad alguna en sus ojos azules. Simplemente se lo quedó mirando fijamente, con expresión dulce y tranquila.

—Hola, Mariah —pronunció, rompiendo el silencio.

—Pareces decepcionado de verme —una satisfecha sonrisa asomó a sus labios—. Supongo que es una buena señal.

A Kyle le asombró ese comentario.

—No es nada personal... —se obligó a relajarse—. Esperaba ver a Jade, pero debí imaginarme que hoy no vendría después de haberme evitado durante toda la semana.

—No me has ofendido en absoluto. Al menos ahora sé a ciencia cierta que la quieres.

—Por supuesto que la quiero —repuso, apretando la mandíbula.

Mariah se volvió hacia el fotógrafo, que parecía haber terminado con sus preparativos.

—John, por favor, empieza con el restaurante. Ya sabes lo que quiere Jade que figure en la carpeta de trabajos.

—De acuerdo —respondió el profesional antes de alejarse hacia el comedor.

Juntando las manos detrás de la espalda, Mariah se dedicó a pasear tranquilamente por el salón, observando las mejoras realizadas.

—Para serte sincera, después de lo que Jade me dijo que hiciste, tenía mis dudas sobre tus intenciones.

—¿Te contó lo que pasó?

—No te sorprendas tanto, Kyle. Somos amigas y lo compartimos todo. Pero después de verte, y dado que tienes un aspecto tan desolado como ella, tengo que suponer que entre vosotros ha habido algo más que un simple diario de fantasías sexuales.

—Yo nunca quise hacerle daño, Mariah. Admito que lo que hice fue un error...

—Una inmoralidad —precisó ella.

—Bueno, sí —asintió, reacio.

—Una injusticia.

Incapaz de negarlo, volvió a asentir enérgicamente.

—Sí.

—Y una jugada descaradamente sucia.

Kyle frunció el ceño, con las manos en las caderas. Aquella mujer lo estaba acorralando, pero no podía negar la verdad.

—Y deshonesto.

—Sí.

—Y absolutamente imperdonable.

Dudó al escuchar ese último comentario. No quería creer que Jade nunca podría perdonarlo. Pero Mariah seguía esperando, y no se daría por satisfecha hasta que se humillara completamente ante ella.

—¡Sí! Fue algo imperdonable.

—Entonces, hasta el momento, estamos de acuerdo —añadió ella con tono suave.

—Sí, estamos de acuerdo, pero lo que sucedió como resultado de mi descubrimiento de ese diario fue algo que no estaba preparado. Y a lo que tampoco estoy dispuesto a renunciar.

Mariah arqueó una ceja.

—¿Y qué es lo que sucedió?

Kyle no estaba acostumbrado a hablar de esa manera de sus asuntos personales, pero sentía la imperiosa necesidad de encontrar a alguien que fuera capaz de comprenderlo.

—Me enamoré de ella. Detrás de aquella mujer cínica e irónica, descubrí a una mujer tan dulce y generosa que me hizo sentirme valioso, poderoso, invencible. Nadie me había llegado nunca al corazón como lo hizo ella. Lo cierto es que el contenido de aquel diario me cambió.

—¿De veras? —Mariah ladeó la cabeza, aparentemente sorprendida por aquella confesión.

—Las historias de aquel diario me permitieron conocer a Jade, me hicieron comprender por qué no me había permitido que me acercara a ella, ni a mí ni a ningún otro hombre. Y mientras fui retirando una a una todas aquellas capas de reserva, empecé a quererla más y más, de una manera que nunca había podido imaginar.

Mariah digirió aquella información antes de añadir:

—Sufrió mucho con cierta experiencia que tuvo.

—Lo sé. Ella me lo contó todo. Me contó de qué manera consiguió Adam destruir su autoestima...

Se interrumpió al tomar conciencia de la verdad que tenía ante sus ojos y que no había visto hasta entonces. Hasta el momento, no se le había ocurrido comparar la traición de Adam con el engaño del que le había hecho víctima. Tanto Adam como él la habían manipulado de formas diferentes, destrozando la confianza que había tenido en ella misma. ¿Cómo podía sorprenderse entonces de que lo aborreciera tanto?

—Jade probablemente piensa que soy aún más canalla que Adam.

—Casi —repuso Mariah con una leve sonrisa.

—Gracias —soltó una amarga carcajada—. Eso hace que me sienta muchísimo mejor — sintiéndose derrotado, aplastado, se dejó caer en la silla más cercana y alzó los ojos al techo. Suspirando, continuó—: Estos últimos meses que he pasado con Jade me han hecho darme cuenta de lo que tanto echaba de menos en mi vida. Amor. Cariño. Una familia. Ahora quiero cosas que nunca había deseado antes ...y quiero tenerlas con Jade.

Mariah cruzó los brazos sobre el pecho con expresión feliz, satisfecha.. y preocupada a la vez.

—¿Se lo has dicho a ella?

—No me dio la oportunidad —se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas—. Diablos, si ni siquiera se pone al teléfono ni ha contestado a los mensajes que le he dejado en su casa y en el trabajo. ¡No me abre la puerta de su apartamento! Se me están acabando las opciones, Mariah, y cuando más tiempo pase, más llegaré a odiarme.

—Sí, está muy dolida —repuso Mariah con tono suave—. Pero yo sé que ella te ama. Y sólo te odiará si dejas de hacer una cosa: arreglar las cosas entre vosotros dos.

Se la quedó mirando fijamente, preguntándose cómo diablos iba a conseguirlo cuando Jade se negaba a establecer contacto alguno con él.

—Mariah —la llamó en aquel momento el fotógrafo, asomando la cabeza por el arco de entrada—. Necesito tu consejo con un par de fotos.

—Ahora mismo voy, John —pero no se movió, sino que continuó mirando a Kyle—. Jade está convencida de que la has utilizado, de que todo eso del diario de sus fantasías no ha sido más que un juego para ti. ¿Es eso lo que quieres que ella piense, que siga pensando?

La respuesta de Kyle fue inmediata. Clara como el cristal:

—¡Diablos, no!

Y a continuación soltó un gruñido, dándose perfecta cuenta de su error. Le había dicho que la amaba, pero nunca que la quería en su vida de manera permanente. Nunca había llegado a hacerle ni una sola de las promesas que tanto se merecía. No le extrañaba, por tanto, que pensara que la había utilizado.

Aun así, no tenía ni la menor idea de lo que podía hacer para corregirlo. Maldijo su diario de fantasías: una parte de ser deseaba no haber puesto jamás las manos en aquel condenado libro. Pero sin el diario, nunca habría descubierto a la verdadera Jade. Ni la maravilla que significaba el amor de una mujer.

Era una situación hartamente compleja. Y paradójica. Aquel diario había sido parte esencial de su relación con Jade. Le había servido para alcanzar las más altas cumbres de la pasión... y las más hondas simas de la desesperanza.

De repente se le ocurrió una idea. Sonrió. Era el primer destello de esperanza que había experimentado durante toda aquella semana. Sabía que sería muy arriesgado. Pero también sabía que era la única posibilidad que tenía de reparar el daño que había hecho.

Iba a revivir, a hacer renacer su relación. Y de la misma manera en que había empezado dos meses atrás.

El abultado paquete cayó al suelo en el instante en que Jade abrió el buzón. Maldiciendo al nuevo cartero que lo había atascado de aquella manera, recogió el resto de su correspondencia antes de que siguiera el mismo camino. Dado que era sábado por la tarde, tendría que esperar hasta el lunes por la mañana para presentar la correspondiente queja.

Exasperada, e ignorando por un momento el paquete que seguía en el suelo, revisó rápidamente las cartas. Cuando tropezó con una factura dirigida a Kyle, se le encogió el estómago. Había estado temiendo que llegara ese momento, y la mejor solución que se le había ocurrido era deslizar la carta por debajo de su puerta, cuando no estuviera en casa. Así, de paso, podría devolverle la copia de la llave que le había entregado apenas unos días antes de su discusión.

Sabía que no podría evitar a Kyle para siempre, no cuando residían en el mismo complejo. Pero tampoco se sentía preparada para volver a verlo. Durante las últimas semanas, la furia y la humillación se habían desvanecido, dejándole únicamente un inmenso y doloroso vacío. Quería odiarlo, pero su corazón no se lo permitía tan fácilmente. A pesar de lo que le había hecho, lo echaba de menos. Echaba de menos el calor y la intimidad que habían compartido. Y por las noches suspiraba por su contacto y por la manera en que le había hecho sentirse viva con una palabra susurrada, una caricia fugaz.

Pero no podía olvidar el engaño del que le había hecho víctima. No podía olvidar que le había arrebatado sus fantasías y secretos más íntimos para utilizarlos de

manera deliberada con el fin de seducirla. Todo aquello era imperdonable. ¿Pero entonces por qué le resultaba tan difícil aceptar esa verdad?

Nada deseosa de analizar los contradictorios sentimientos que la habían acosado desde que lo expulsó de su vida, volvió a cerrar el buzón y recogió el paquete del suelo. Se dirigía hacia su apartamento cuando se extrañó de que no figurara el remitente. Además, no recordaba haber encargado nada recientemente por correo.

Una vez en casa, dejó las llaves y las cartas sobre la mesa y rasgó el sobre. Curiosa, pero cauta, vació el contenido. Un diario de tapas verde esmeralda cayó sobre la mesa.

El pulso empezó a atronarle en los oídos. En la cubierta estaban los nombres Kyle y Jade grabados en oro, junto con el año actual. No había ninguna carta adjunta, nada que explicara por qué había recibido aquel diario. Aunque tampoco necesitaba ninguna nota para saber quién se lo había enviado.

Temblando de curiosidad, lo abrió. En la página de portada había una corta dedicatoria escrita a mano:

*A Jade. Para llenar toda una vida de fantasías y recuerdos.
Te quiero, Kyle*

Se dejó caer en la silla más cercana y releyó aquellas palabras, insegura sobre su significado o sobre las intenciones de Kyle al escribirlas. Cuando se puso a hojear el diario, descubrió que todas las páginas estaban en blanco, menos la primera:

Tú eres todo lo que soñé en una mujer. Te veo como mi mejor amiga, alguien que conoce mis más profundos secretos, temores y fracasos, y me acepta como soy. Te veo a mi lado como mi esposa, compartiendo mi vida y todas las pruebas y triunfos que nos depare el destino. Te veo como mi amante, cálida, apasionada y sensual. Te veo como madre de nuestros hijos. Te veo a ti y a mí formando una familia. Envejeciendo juntos. Compartiendo alegría y creando recuerdos. Te necesito en mi vida y en mi futuro.

Esta es mi fantasía. Y quiero hacerla realidad contigo.

Jade cerró el diario y lo apretó contra su pecho, con la última línea resonando en su cerebro y en su corazón. Las emociones que tanto se había esforzado por controlar anegaron de pronto su alma vacía. Era una frase tan sencilla y a la vez tan poderosa...

Le estaba dando a elegir. Esa vez no había manipulación o coacción alguna. Había desnudado su alma para depositar sus sentimientos a sus pies. Le correspondía a ella decidir si aceptaba el regalo que le ofrecía, o se aferraba al dolor y a la traición, rechazando su intento de conseguir su perdón y su amor.

Pero lo amaba. Lo amaba lo suficiente como para perdonarlo. Lo suficiente como para creer que nunca le había hecho deliberadamente ningún daño. Y para admitir que

no era en absoluto como Adam.

Suspiró, contemplando el diario. No podía comparar a ambos hombres. Adam la había dominado y controlado, tanto física como emocionalmente. Kyle la había descubierto por medio de sus fantasías, había descubierto a la mujer vulnerable que se escondía detrás de la fachada que presentaba cotidianamente al mundo. Y había tratado de satisfacer todas sus necesidades, seduciéndola, persuadiéndola, esperando pacientemente a ganarse su confianza. Sin la íntima información contenida en aquel diario, ella jamás habría consentido que se le acercara.

Y mientras Adam la había desdeñado y había dado por terminada su relación sin mirar atrás, Kyle seguía insistiendo, luchando por ella. Por ellos.

Acarició las letras doradas de la cubierta, con sus dos nombres grabados juntos. Era fácil aferrarse a su resentimiento. Era más fácil culpar a Kyle que enfrentarse a sus miedos. O parapetarse detrás de sus fantasías que arriesgar su corazón. Pero eso ya lo había hecho. Su corazón ya no le pertenecía. A lo que se arriesgaba ahora, en cambio, era a perder a Kyle. Había llegado la hora de dejar de esconderse detrás de sus fantasías y aceptar la realidad. Y su amor por Kyle.

Se estaba volviendo loco. No había otra explicación para el leve aroma a melocotones que lo recibió nada más abrir la puerta de su apartamento. Por un instante cerró los ojos y se quedó inmóvil en el umbral, convencido de que aquel aroma que tanto le recordaba a Jade no era más que una ilusión que se disiparía una vez que entrara en casa. Deseoso, sin embargo, de aferrarse a aquella fantasía, aspiró a plena pulmón la densa fragancia.

No había vuelto a saber nada de Jade desde que le envió el diario días atrás, y aunque su instinto lo impulsaba a perseguirla, a encararse con ella, lo último que quería en el mundo era presionarla. La decisión de aceptarlo, de perdonarlo, tendría que ser suya. Y él tenía que confiar en ella lo suficiente como para esperar que al final hiciera la elección adecuada. La única posible, en realidad.

Entró por fin en el apartamento, cerró la puerta y volvió a detenerse en seco. El pulso se le disparó mientras contemplaba la escena que se ofrecía ante sus ojos. La pequeña mesa del comedor había sido dispuesta para un pequeño banquete, con mantelería de lino y dos juegos de desayuno de porcelana china y fino cristal. Había un plato de marisco, carnes variadas, quesos, fruta fresca y cruasanes, y una botella de champán enfriándose en un cubo de hielo. Sonaba una romántica música de fondo y las cortinas habían sido corridas, aislando la habitación del resto del mundo. Dos velas ardían en el centro de la mesa, al lado del diario de tapas verde esmeralda que le había remitido a Jade... abierto por la primera página en blanco y con un bolígrafo preparado.

Aquella visión fue inmediatamente sustituida por otra: la de la mujer que acababa de aparecer junto a la mesa. Llevaba un vestido blanco de encaje, largo, de

estilo antiguo, con botines de piel del mismo color. Parecía un sueño, hasta el punto de que temió por un instante que fuera un fantasma convocado por su imaginación.

Hasta que la oyó suspirar y se rompió aquel etéreo hechizo.

—Hola —lo saludó con voz levemente temblorosa.

—¿Qué es todo esto? —inquirió, parpadeando asombrado.

Una sonrisa asomó a sus labios.

—Estoy retomando la fantasía que dejamos interrumpida.

El pecho casi le estalló de júbilo. Habría sido tan fácil cerrar la distancia que los separaba, estrecharla en sus brazos y besarla hasta hacerle perder el sentido... Pero todavía quedaban asuntos por resolver entre ellos, y no quería que nada lo distrajera de lo que todavía tenía que decirle.

Le sostuvo la mirada. El cerco dorado de sus ojos verdes brillaba a la luz de las velas.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

—No he estado más segura de nada en toda mi vida.

—Entonces... ¿me perdonas? —le preguntó, esperanzado.

—Sí

Su respuesta fue firme y clara. Kyle empezó a acercarse, lentamente.

—Sabes que yo nunca pretendí hacerte el menor daño...

—Sí, lo sé.

Por fin se detuvo frente a ella, para hacerle la pregunta más importante de todas:

—¿Crees que te amo?

—Sí —contestó, sonriente—. ¿Y tú? ¿crees que yo te amo?

—Sí —pronunció Kyle con voz ronca.

De repente, las palabras no bastaban para expresar lo que estaba sintiendo. Necesitaba demostrárselo... y lo hizo, tomándola suavemente de la nuca y besándola en los labios.

—Ah, Jade, yo nunca había sentido nada de esto antes... —le confesó cuando se apartó al fin—. Nunca soñé siquiera que podría querer o necesitar tanto a alguien...

—Kyle...

—Durante toda mi vida he evitado los compromisos y las relaciones porque me resultaba mucho más fácil estar solo. Estaba convencido de que no necesitaba a nadie. Pero te necesito a ti, Jade. Necesito que creas en mí y me aceptes como soy.

Un brillo de comprensión relampagueó en sus ojos.

—Creo que ambos nos necesitamos mutuamente.

—Y quiero compartir cosas contigo. Un futuro. Una familia —de repente, al ver que fruncía el ceño, se alarmó—. ¿Qué pasa? ¿Es que tú no quieres?

Jade se mordió el labio con gesto preocupado.

—¿De verdad que quieres tener hijos... teniendo como tienes a una hija que ya es casi una adulta?

Kyle se echó a reír de puro alivio.

—Claro que sí, Jade. Por complacerte, por mí como si tenemos media docena. Quiero verlos crecer y quiero estar a su lado, al contrario de lo que me pasó con Christy. Soy el primero en reconocer que con dieciocho años no estaba preparado para formar una familia, pero ahora sí que lo estoy y eso es lo que quiero tener ahora. Contigo.

Volvieron a besarse. Cuando se separaron para tomar aliento, Jade alzó una mano para acariciarle una mejilla con un gesto de adoración.

—Tenía tanto miedo de confiar en ti... —admitió—. Miedo de dejarme controlar de nuevo por alguien y perder mi identidad en el proceso. Pero tú me hacías sentirme viva, y me devolviste la confianza en mí misma.

—¿Y qué hay de tus fantasías?

—Las he dejado atrás, en el sitio en que debían estar. Yo me refugiaba detrás de ellas porque tenía miedo de que volvieran a manipularme, a utilizarme. Pero tú me has dado una mayor libertad. Y la confianza suficiente para expresarme tal como soy, sin fingimientos.

Kyle le tomó suavemente la mano y le besó la palma.

—Tú eres mi amante imaginado, el hombre que siempre he querido. A partir de ahora, ese diario conjunto —desvió la mirada hacia el libro de tapas verde esmeralda que descansaba sobre la mesa— será el único que necesitaremos.

—Nos va a llevar algún tiempo llenar todo ese tomo de fantasías...

Jade ladeó la cabeza, soltando una ronca y sensual carcajada, antes de deslizar una mano por la bragueta de su pantalón.

—Oh, yo creo que estás a la altura de ese desafío.

—Probablemente lo llenemos en una semana... —murmuró, excitado, mientras la acercaba hacia la mesa y retiraba con una mano platos y cubiertos, haciendo sitio.

—¿Tan rápido? Entonces tendremos que comprar otro.

Jade abrió mucho los ojos cuando, alzándola en vilo, la sentó en el extremo de la mesa. Sonriendo malicioso, se instaló entre sus piernas y fue subiéndole lentamente el borde del vestido, desnudando sus muslos.

—¿Sabes? —empezó con un provocativo murmullo—. Yo también he tenido una fantasía contigo. Soñaba que te hacía el amor en la mesa del comedor de mi casa y me daba un verdadero festín contigo... ¿Crees que esta fantasía servirá para nuestro diario?

—Cuando la pongas en práctica, te lo diré.

Kyle se echó a reír, sabiendo que jamás se cansaría de la frescura de aquella mujer, de su fuego, de su pasión.

—Será un placer.

La despojó de la braguita de seda y la lanzó a un lado. Pero antes de que pudiera tocarla íntimamente, ella le sujetó la muñeca cuando apenas estaba a unos centímetros de su objetivo.

—Oh, casi me olvidaba, señor Stephens...

—¿De qué se trata?

Jade se giró a medias para recoger algo entre los pliegues del mantel. Poniéndole el sobre en el pecho, fingió un suspiro exasperado.

—He recibido otra factura suya en mi buzón.

Con su mano libre, Kyle tiró también la factura al suelo.

—¿Sabes? —simuló un tono reflexivo, como si estuviera meditando sobre ello—. Un día te dije que sólo había una manera de acabar de un vez con estas continuas confusiones de nombres y de direcciones.

—¿Y cuál es?

—Cásate conmigo y haz realidad mi fantasía.

Una sonrisa de inmenso deleite asomó a los labios de Jade.

—Ésa es una fantasía que estaré más que encantada de satisfacer.